¡PUTA GUERRA!

TARDI 1914 - 1919 VERNEY

EDICIÓN INTEGRAL

NORMA Editorial

¡PUTA GUERRA!

TARDI 1914 - 1919 VERNEY

EDICIÓN
INTEGRAL

NORMA Editorial

ÍNDICE:

¡PUTA GUERRA!

1914 ..... página 7

1915 ..... página 23

1916 ..... página 39

1917 ..... página 55

1918 ..... página 71

1919 ..... página 87

DOSSIER

1914 ..... página 104

1915 ..... página 109

1916 ..... página 116

1917 ..... página 123

1918 ..... página 130

1919 ..... página 136

UN POCO DE VOCABULARIO DE LAS TRINCHERAS ..... página 142

1914

"La movilización no es la guerra. En las circunstancias presentes, aparece, por el contrario, como el mejor medio para asegurar la paz con honor."
Raymond POINCARÉ. Presidente de la República, 2 de agosto de 1914.

"Creo que estos acontecimientos son muy afortunados, los llevo esperando hace cuarenta años. Francia se rehace, y en mi opinión, no podría rehacerse sino mediante la guerra, que la purifica."
Alfred BAUDRILLART. Obispo. Le Matin, 16 de agosto de 1914.

*Encontrarás una definición de todas las palabras marcadas con asterisco en las páginas 142-143.

¡Había que ver la de material costoso que se destruía! ¡Y pensar que yo conocía gente que no tenía ni una cacerola!

En los pueblos derruidos vimos por fin a los alemanes. Era la primera vez que echábamos el ojo a nuestros enemigos. No parecían mala gente... En realidad, se nos parecían.
Eran prisioneros y yo hubiera dado cualquier cosa por estar en su lugar. Para ellos la guerra había acabado.

Al caer la tarde nos cruzamos con dragones que observaban las avanzadillas alemanas. Traían consigo, en una carreta de verdulero ambulante una porquería de arma de repetición para detener el avance de los alboches*. Y seguro que los detendrían, eso nadie lo dudaba.

Se tenía que haber pensado antes en las desgracias que se avecinaban. ¡Yo lo pensé, y eso que no era más espabilado que los otros! ¿Pero cómo hubiera podido yo solo advertir al mundo entero? ¿Me habrían dejado hablar? ¿Hubieran hecho caso a lo que decía un obrero del torno de la calle Paroyaux? ¡No!

Era entonces que empezaba de verdad el siglo XX, con sus entusiasmos guerreros y sin imaginación alguna. A mí, en cambio, me sobraba imaginación. Me veía cadáver, embarcado a la fuerza en la multitud de imbéciles, junto a miles, a millones de otros cadáveres, y la cosa no me hacía ninguna gracia.

Los otros, los que seguían en la Estación del Este, ya se imaginaban echándose un trago de cerveza en la Alexanderplatz.
Solo las madres eran conscientes de estrechar en sus brazos a los futuros huérfanos de guerra, y los vagones de ganado (8 caballos, 40 hombres) eran para ellas ataúdes sobre ruedas, enganchados los unos a los otros, camino de los cementerios militares.

Tampoco los alemanes, "elegidos para civilizar el mundo y misioneros del progreso humano", que decía su Káiser, veían más allá del alza de sus fusiles... Salvo algunos a los que nadie hacía caso, claro.

Elegantes bailarines vieneses, hijos de buenas familias, aristócratas cultos y poetas rebanaban ya los senos de las mujeres serbias por haber asesinado al archiduque. La máquina estaba en marcha: el juego de las alianzas. En aquellos primeros días de agosto, Europa iba a sumergirse en el horror.

El amable panadero berlinés ya se veía en los Campos Elíseos, mojando un bollo en su café con leche y alegrándose la vista con las mujeres de París, tan lozanas y bonitas... ¡Cuánta imaginación!
Paris

¡Y es que hacía falta mucha carne humana para satisfacer el apetito insaciable de nuestros amos!

¡Y hacía falta mucha carne para alimentar a los hombres que iban a morir, con las tripas al aire, llenas de la chicha caliente y apestosa de las bestias!

¡Y es que hacía falta carne, porque éramos ovejas camino del matadero, éramos carne de cañón!

Incluso sin brújula y sin mapas del Estado Mayor, nos dimos cuenta, al poco tiempo, que no íbamos por buen camino. "¡Esto es como en los '70!", comentaban los veteranos. ¡Era la retirada!
Yo me sentía muy solo. Había hecho mal en alejarme de la jauría, pero eso era propio de mí. No tenía el espíritu de sacrificio colectivo libremente consentido.

Era un fastidio tener que caminar a cielo descubierto. Una bala disparada por un malvado Máuser manipulado por un boche cabroncete podía mandarte al suelo y convertirte, tras temblar de canguelo un segundo antes, en un muerto inútil.
No me daba por cometer imprudencias de las que acaban mal, y en aquel matadero soleado, la idea de volver a casa se me pasó por la cabeza.

Yo sería un muerto muy majo, evaporado en la confusión. Una suerte de putrefacción anónima, un desaparecido. ¿Quién se preocuparía por un obrero de la casa Biscorne de la calle Panoyaux, en el distrito XX de París? El pobre la palma en medio de la indiferencia.

El día había sido cálido y mortífero. La cosa hubiera podido quedar ahí, pero nos advirtieron de la presencia de soldados prusianos en un bosquecillo más abajo del prado de pasto donde estábamos.

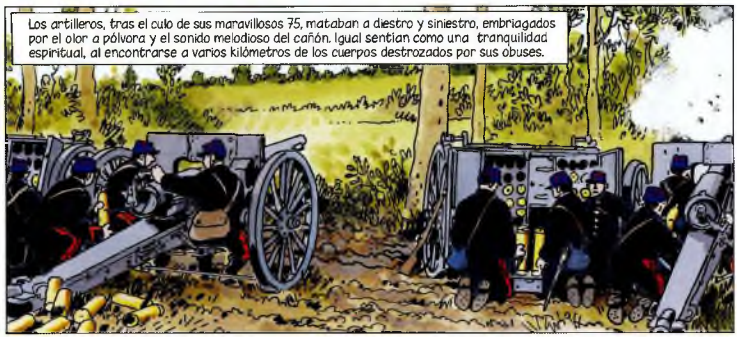
Apenas se les veía. Su posición era mucho mejor que la nuestra.

No se pudo hacer nada para evitar lo que se preparaba. Alguien debería haber gritado: "¡Esto acabará mal!" Pero nadie dijo nada. Era demasiado tarde. Era pedir demasiado: habíamos perdido el mecanismo de la reflexión.

Nosotros, con nuestras flambreras de hojalata y toda la quincalla que llevábamos a la espalda, parecíamos una feria de chatarrería. Añádasele a eso el jaleo de marmitas, bidones, palas, y puede decirse con seguridad que no éramos nada discretos, tanto más que con nuestros disfraces de circo éramos dianas estupendas.

En mal momento se le ocurrió al teniente que nos levantáramos de la alfalfa, en mitad de aquella porquería de prado, sin otra protección que los dientes de león contra las balas que los boches se disponían a metérnos en la barriga.

Cuando dio la orden de aquel asalto imbécil, no me llegaba la camisa al cuerpo. Encogí la cabeza entre los hombros y pegué la culata contra mi vientre.
El teniente no tuvo mucho tiempo para hacer el payaso. Incluso hoy día me pregunto si hicimos bien en seguirle.


Los artilleros, tras el culo de sus maravillosos 75, mataban a diestro y siniestro, embriagados por el olor a pólvora y el sonido melodioso del cañón. Igual sentían como una tranquilidad espiritual, al encontrarse a varios kilómetros de los cuerpos destrozados por sus obuses.

Volvió la calma... Sólo se oían los gritos de los agonizantes. Durante el asalto, bajo una lluvia de obuses, me había distanciado para hacerme el muerto en el bosque. Temblaba como un flan todavía cuando noté que un prusco echaba una cabezadita apoyado sobre mi hombro.
¿Había planeado lo mismo que yo? ¿Había querido salvar el pellejo pasando olímpicamente del desenlace de aquella matanza que no iba con él? Casi lo encontraba simpático, aunque yo no estaba seguro de nada.

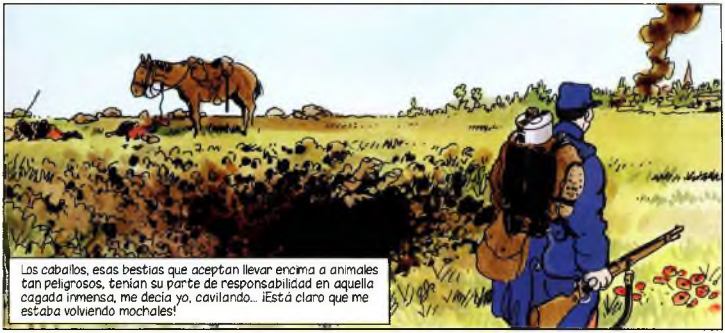
Y entonces apareció un casco puntiagudo que no nos vio. No tardé mucho en comprender qué venía a hacer allí, tan lejos de los suyos.
¡Había venido a hacer caca sobre el suelo de Francia, hija mayor de la Iglesia!
?
No sé si hizo de vientre o se cagó de miedo. ¡Lo que sí sé es que el muy cerdo no tuvo tiempo de limpiarse!
Unos dragones le perforaron las tripas. ¡Se quedaría descansado el tipo! Se acabó la guerra... Se acabaron las vacaciones, el picnic a orillas del Marne, los merenderos... los paseos en barca.

No he vuelto a ver las nalgas de aquel mierdoso. Dejé a mi "prusco" con sus sueños de conquistas y me di el piro.
Los dragones, crin en el casco y gruesa grupa, se reunieron con unos colegas que montaban unos percherones que ya apestaban a carroña.

Unos ulanos muy enfadados y decididos a ensartarlos cargaron sobre ellos. Los caballos siempre me han dado miedo. Prefiero, con mucho, la bicicleta.

No sé si procedía de la casa Krupp o de la Schneider la que se les vino encima a los jinetes. ¡Sea como sea, los artilleros se lucieron!

¡Los hicieron pedazos! De los caballos y de los hombres, muy pocos volvieron contentos de su día en el campo.


Los caballos, esas bestias que aceptan llevar encima a animales tan peligrosos, tenían su parte de responsabilidad en aquella cagada inmensa, me decía yo, cavilando... ¡Está claro que me estaba volviendo mochales!

Un tirador de las tropas "indígenas" que no la habían palmado en Gagny, y a los que uno todavía no se atrevía a llamar marroquíes, me informó sobre la posición de mi regimiento.

Visto y no visto, me sumé al rebaño. Los alemanes retrocedían, al parecer. Había que ir tras ellos sin pérdida de tiempo.

Por el camino vimos aficionados, como nosotros, o profesionales, como los british*, que se reían de nuestros equipos antiguos y de nuestros pantalones rojos. Y es que con aquella facha de payasos que teníamos, éramos perfectos para ejercitar el tiro al plato.

Los belgas habían abierto las compuertas para inundar a los invasores, y los flamencos y su rey andaban chapoteando en el barro, aferrándose a un último pedacito de tierra, mientras que los boches desfilaban al paso de la oca por la Grand-Place de Bruselas.

Llegó el otoño. Los cañones se calmaron un poco por falta de munición de una y otra parte. Fue una ocasión fallida de pararlo todo. Se hicieron hogueras, y mientras los muertos no identificados se volvían humo, empezamos a tomar posiciones. Los alemanes se habían replegado para atrincherarse mejor, con la intención, no hay duda, de volver para enseñarnos a preparar el chucrut.

Los tommies* tampoco estaban descontentos del desplazamiento. "Dios y mi derecho" contra "Dios está con nosotros"... ¡La cosa, obligatoriamente, tenía que acabar mal! ¿Pero quién podía ser ese señor Dios? ¿Otro hipócrita de esos que comían a dos carrillos?
"Cada cual a lo suyo y Dios contra todos": ¡Esa era la buena fórmula mágica para los niños!

La gran pregunta que inquietaba a los "comerranas" era saber si los escoceses, que iban al encuentro de la muerte con valor, llevaban calzoncillos, o si sus cataplines sonaban como castañuelas bajo sus "faldas".

Yo acababa de participar en la batalla del Marne. No había entendido nada de las estrategias, claro que no me habían explicado nada. ¡Por eso no sabía que acababa de entrar victoriosamente, y con los dos pies en la mierda, en la historia de Francia!

Cavamos las primeras trincheras. El tiempo de los soldaditos de plomo en hileras de cuatro, ocho o dieciséis se había acabado. Nos habíamos convertido en cavadores que mantenían en buen estado sus propias fosas comunes.

Desde lo hondo de nuestras tumbas, comprendimos que aquello iba para rato. Los alboches no parecían dispuestos a volver a casa, y nosotros estábamos bastante lejos de Berlín. En Navidad, la tregua se volvió confraternidad, sobre todo entre ingleses y alemanes. Les salió del corazón. Unas horas intercambiando pitillos y bombones, antes de regresar cada cual a su agujero para volver a matarse.
Lo único que entendí yo, es que teníamos guerra para largo.

1915

"La mejor manera de vencer al enemigo es, en principio, matarlo. Conviene insistir en estas verdades elementales, que son la evidencia misma, ahora que las sensaciones son recientes. Después de la victoria, sería demasiado tarde." General CHERFILS. L'Écho de Paris, 04/1915.

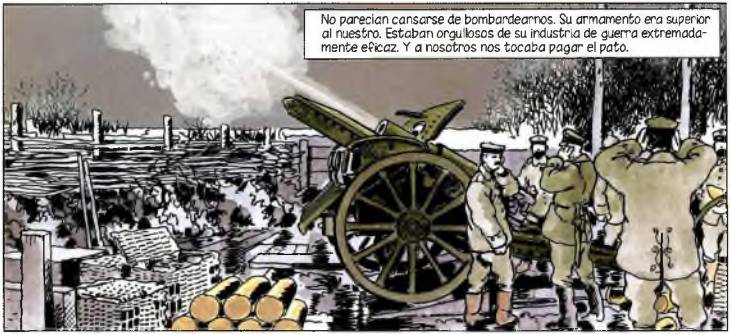
"Es una de las sorpresas de esta guerra y una de sus maravillas el papel resplandeciente que juega la poesía." Paul BOURGET. L'Écho de París. 20/06/1915.

Éramos como vagabundos, consolidábamos nuestras madrigueras en los momentos de calma y nos helábamos el culo en las almenas, con la mirada fija en los de enfrente, el canguelo en la tripa y una gota en la nariz.

El bruto tosia con regularidad. Los alemanes contestaban. A veces eran ellos los que, sin avisar, tomaban la iniciativa de la carnicería. Y los hombres eran reducidos a papilla de carnaza y de barro, huesos rotos, carnes abiertas, cuerpos dislocados, restos humanos nada bonitos... ¡El horror! ¡El horror! ¡El horror!

¡Lo que yo hubiera dado por verlos allí, en el corazón del brasero, a todos ellos: Joffre, el Presidente, el Káiser, los ministros, los curas, los generales, y hasta a mi madre por haberme traído al mundo!

Los alemanes, que gustaban de trabajar la madera, habían organizado minuciosamente sus trincheras. Se notaba, al ver lo bien instalados que estaban, que tenían intención de quedarse un buen rato, con el objetivo de romper nuestras líneas y de hacernos devolver la merienda. Pero tampoco se lo pasaban en grande que digamos.


No parecían cansarse de bombardearnos. Su armamento era superior al nuestro. Estaban orgullosos de su industria de guerra extremadamente eficaz. Y a nosotros nos tocaba pagar el pato.

Replicábamos, claro, atrapados por aquella salvajada que se explicaba por el odio alimentado por una y otra parte desde hacía más de cuarenta años. Ahora era el aliento pestilente de un monstruo que se escapaba de las bocas de los cañones.

¿En qué estado creen que empezábamos un nuevo día de la puta guerra en primera línea, después de haber pasado otra noche más en lo hondo de un refugio húmedo y glacial, tendidos en una paja convertida en estiércol, acompañados por ratas y piojos, con el hedor de pedos, de pies y de los cadáveres que se pudrían fuera?

¡Teníamos mucho miedo de no acabarlo vivos, aquel puto día de guerra empezado en primera línea!
Pero ¿qué hacíamos para seguir allí, con la certeza de recibir una bala boche en toda la jeta o un obús boche en el coco? Lo mejor era empezar el día con un buen lingotazo y apañárselas para tener la tripa llena.

Mejor hubiera sido meternos lo más profundo y dejar nuestros fusiles asomando por la trinchera. Pero teníamos encima a los gendarmes, que se habían portado como verdaderos carroñeros, rematando a los soldados rezagados y agotados. Estábamos, como quien dice, pillados entre dos clases de enemigos. Una bala teutona o el paredón. ¡"Abandono del puesto en presencia del enemigo", doce balas francesas en el corazón!

Nuestro margen de maniobra era bastante limitado en nuestra situación de futuros muertos por Francia. En ese estado empezábamos un día nuevo de la puta guerra en primera línea. Así que aguantábamos heroicamente la posición.
En la trinchera, como en todas partes, siempre hay un capullo que te jode a base de bien.
Esa mañana fue Calipot el que estaba de guardia y el que vio a los dos boches que aprovechaban la neblina para cortar la alambrada.

¡El capullo de Calipot, al que nadie le había pedido nada, le dio a uno!

¡La réplica no se hizo esperar!

Nos afanamos, por ambos lados, a enviarnos metódicamente y con aplicación, proyectiles más o menos rudimentarios, con el objetivo de matar la mayor cantidad posible de hombres.
Se disipó la bruma... Era el momento ideal para una salida.
Los alboches replicaron sin preparación de artillería pesada. Un ataque sorpresa, en cierto modo, para vengar a los podadores de alambradas. ¡No teníamos ganas, pero tuvimos que ir!

Vi cómo el cabo Morille, que la noche anterior me había mostrado con orgullo una foto de sus dos niñas, hundía la bayoneta en el tórax de un joven alemán. También vi al teniente, inspector de hacienda en la vida civil, cargarse con su revólver a su segundo prusco.
¡Por esos asesinatos que nos obligaban a cometer legalmente, en tiempos de paz nos hubieran guillotinado!

Todo eso parecía salir de las profundidades infernales del ser humano como un fuego que solo se calmaba a la hora de enterrar a los muertos, para luego volver a arder con más fuerza.

Nuestro novato había palmado de golpe, una pena herida, no como la de Boulier, que debía de estar caminando con una pata de madera pero lejos de aquí, por los bulevares... el muy potroso.

Nuestro novato se había presentado ocho días antes. Brugnon lo había tomado bajo su protección. Yo apenas hablé con él, pero la muerte del chaval me había afectado. ¿El chaval?... ¡Sólo tenía dos años menos que yo! En seis meses de guerra, habíamos envejecido veinte tacos, y parecíamos viejos bandidos sanguinarios dispuestos a todo.

Cuando no se tiene mucha instrucción y se ha trabajado siempre en Biscone, calle Panoyaux, cuesta más entenderlo. Pero lo que empezaba a ver claro es que nos habíamos convertido en bestias, un rebaño de brutos acostumbrados a las heridas terribles, a las tripas abiertas, a los miembros arrancados del tronco... No son cosas que pasan allá en el pueblo.

Un día, en una trinchera aislada encontramos a Cloutier con el chopo en la boca. Un momento de depresión... Cuando no se ve la luz en el túnel, cuando nada te alegra la vida, cuando crees que te ha caído la perpetua, cuando no sabes si volverás a ver a tu chica, cuando puede pulverizarte un obús, uno hace cosas así. A no ser que estuviera harto de darle al pico y a la pala.

Al cabo de ocho días en primera línea, nos relevaron. En la retaguardia nos esperaban ejercicios en el manejo de las armas. ¡Nos vino bien ese descanso después del follón de la vida de trincheras! Nos cruzamos con súbditos de Su Majestad el rey de Inglaterra, que se dirigían al frente.

Los ingleses esperaban que las tribus de su imperio colonial, que habían "educado" y a las que habían enseñado las ventajas de su magnífica civilización, participaran un poco en su guerra, aunque sólo fuera por quedar bien, para hacerles un favor a sus "bienhechores"... ¡Para que no fueran siempre ellos los únicos en tirar del carro!

También la dulce Francia había dudado en movilizar sus tropas de África del Norte y su "Fuerza Negra". Nuestros senegaleses venían de lejos. Los habían traído en cargueros, amontonados en las calas, para ir a palmar al frío y al barro. La República, en su inmensa generosidad, se sentía orgullosa de ofrecerles la insignia del honor de morir por la Patria.

Me preguntaba qué había sido de mi boche dormido, el del bosque donde los dragones habían destripado a su compañero cagón. ¿Estaba muerto?... ¿Prisionero?... ¿En un hospital?

Repartieron el correo en la roulante*. Y luego, los cocineros, que lo saben todo, nos dieron que el batallón tenía su primer permiso de seis días. ¡El peluquero no paraba!

Nos dimos cuenta que molestábamos a los civiles con nuestro hedor y nuestra suciedad. Nos llamaban "los peludos". Nos obligaban a viajar aparte para no molestar.
En París había cantidad de suboficiales emboscados a los que había que saludar y que pardaban del brazo de encantadoras enfermeras, luciendo sus heridas de guerra, debidas al parecer por abrir a la brava un tintero de un ministerio. Se veían muchos cojos, viudas y huérfanos...
Me apresuré a librarme del uniforme. No tuve valor para visitar a mi madre, pero fui a ver a Louise a la tienda en la que trabajaba, y luego me presenté en la tasquita de la calle Panoyaux, no lejos de la casa Biscorne. En el bar me enteré de que su hijo había perdido las dos piernas en Charleroi. Tampoco tuve fuerzas para ir a ver a mi patrón.

El permiso se me pasó volando. Estábamos tan contentos de volver a nuestro rinconcito de la trinchera, donde lo habíamos pasado tan bien, que por nada del mundo hubiéramos renunciado a él.

Los vagos que habían ocupado el lugar en nuestra ausencia no habían conseguido sacar ni medio centímetro de tierra en dirección a Berlín.

Nos dieron que Brugnon no había vuelto del permiso. Se había colgado en el hueco de la escalera de su edificio, en la calle Cátines. Dejó una nota que decía que no aguantaba más, que no contaran con él. Lo comprendimos... Nadie se lo reprochó.

¿Y cuántos muertos había habido mientras que lo pasábamos en grande en la retaguardia? ¡Los melindres obscenos del capellán volvían la situación aún más grotesca!

Así que ideas descabelladas empezaron a metérsenos en el coco... Chanchullos infalibles para escapar del matadero. Estaban los bebedores de aceite de sardina hirviendo -la ictericia segura-, unos días en el hospital. Y luego toda la serie de mutilaciones, que eran mucho más eficaces para salir de aquel infierno, a cambio de despedirse de una pierna o un brazo. Reconozco que pensé seriamente en destrozarme un dedo pulgar, pero había matasanos que eran unos cabrones delatores, ¡y podías acabar ante el pelotón de ejecución!

Nos espabilábamos para intentar escapar a la carnicería, pero los asesinos que querían liquidarnos se las sabían todas. ¡Alerta, gases!

En los días tranquilos mirábamos los aeroplanos, y nos decíamos que tenían mucha potra al estar por encima de tanta mierda y del gas mostaza.

¡Pobre marioneta secándose al sol en el tendedero!

Con tantos ataques, me sorprendía seguir vivo. ¡Olía con el gas!

En mayo, Italia declaró la guerra a los Imperios centrales. Había tardado en decidirse por un bando..., pero se entiende.
En Julio nos dieron cascos de chatarra y un nuevo uniforme azul. Fueron muy amables, pero eso no nos facilitó la vida.

¡Pobre tipo, muerto por nada, pudriéndose entre las líneas!

Oíamos los golpes de pico, a la espera de que llegara el relevo a sacarnos de la ratonera en la que estábamos. Vauquois, se llamaba el sitio.

Al pueblo de Vauquois se lo habían comido por debajo, no quedaba nada. A eso lo llamaban "la guerra de las minas".

¡Que toneladas de explosivos te exploten en el culo no tiene maldita gracia, se lo digo yo!

Fue el relevo quien se encontró enterrado en el fondo de un cráter gigantesco.

Salimos de allí disparados. Los pobres que nos reemplazaron también habían oído los golpes de pico, y luego nada más, y luego una gran deflagración, y luego nada más. Vauquois se llamaba el pueblo.

En noviembre me pareció reconocer a mi alemán, el roncador del bosque. Nos dimos de cara. Nos apuntamos, tontamente, como dos críos, y ante lo ridículo de la situación, dimos media vuelta, sin disparar. Cada cual volvió a su campamento. Ese día me alegré de no haber matado a nadie. Y también de que él no me hubiera matado.

En cuanto a los aviones, cambiamos de opinión.

¡No se acababa nunca la puta guerra en primera línea!

1916

"Cuando termine este año de guerra, podéis todos vosotros considerar
vuestra obra con orgullo y medir la grandeza del esfuerzo realizado."
Orden del día a los ejércitos franceses. J. JOFRE, Cuartel General, 29 de diciembre de 1915.

"El año que empieza os traerá, amigos míos, el orgullo de ver la derrota del enemigo,
la alegría de volver a vuestras casas para festejar la dulzura de la victoria junto a los que amáis."
Carta del presidente de la República, Raymond POINCARÉ, el 1 de enero de 1916.

Aquello era un disparate. En la gran olla en la que estábamos, nos esforzábamos por mantener unas posiciones en medio de un estercolero. Una suerte de morgue al aire libre.
Para enterrar a los compañeros, teníamos que esperar la noche, procurando no ser deslumbrados por una bengala que nos convertiría en sombras a las que se dispara por un kilo de azúcar o por una cesta de alimentos en la Feria del Trône.

En enero nevó, parecía todo más limpio, pero trozos de carne humana caían de vez en cuando como copos rojos sobre el sudario asqueroso del campo de batalla.

Hacía un frío de cojones. No pueden hacerse una idea del estado de nuestros pingreles ni del olor que despedíamos. Con hambre canina esperábamos el rancho, que en el mejor de los casos nos llegaba embarrado. Eso significaba que el repartidor se había aplastado contra el suelo, volcando la marmita. En el peor de los casos, por el camino la sopa se condimentaba con metralla, y pasábamos de ella.

A los boches también les habían regalado un gracioso sombrero de acero. La primera vez que vi uno fue durante la batalla, sobre el cráneo del cadáver de un teutón alto y joven cortado por la mitad.

Nuestra división recibió la orden de cambiar de sector. Cuando unos pobres reservistas ocuparon nuestro lugar en las trincheras, comprendimos que había necesidad de carne fresca y que habían pensado en nosotros. ¡Faltaría más.

Los tommies se habían pegado al coco un barreño de hierro, un "Brodie", que decían ellos. Estaban preparando una ofensiva decisiva.
Los hunos*, que decían ellos, iban a ser destruidos, aniquilados, totalmente aplastados, ¡y sería el fin de la guerra! Era una ofensiva magnífica en la que también teníamos que participar, ¡y de solo pensarlo nos alegrábamos un montón!

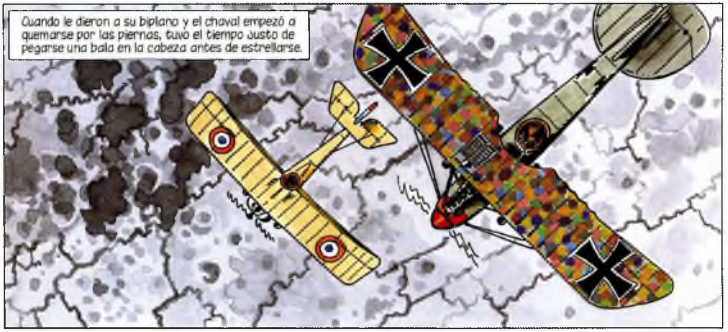
El 21 de febrero empezaron a encarnizarse sobre un pueblo estratégico y simbólico, según decían. Yo no hubiera dado ni una perra por conocerlo, pero el Kronprinz, el nietoño de Guillermo*, quería apoderarse de él, después de haberlo hecho pedazos.

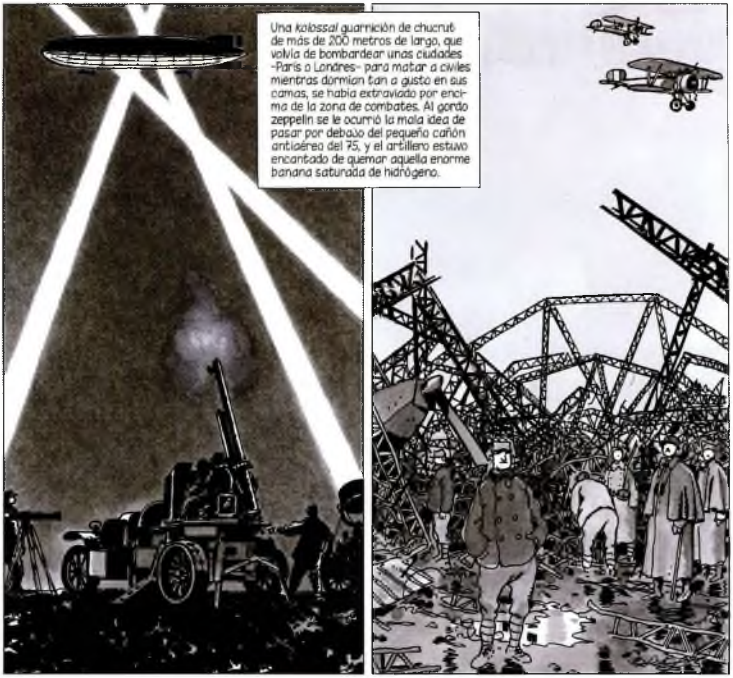
Los civiles habían salido por pies, los obuses boches machacaban el lugar y su guarnición parapetada en la ciudadela. La subprefectura dejaba mucho que desear, y vomitaba en el Meuse por los vientres abiertos de sus feas casas.

Fue a defender esa ciudad ya en ruinas, nada bonita de ver, si es que alguna vez lo había sido, que nos enviaron allí a morir.
VERDUN
5 km

Había un trafico de culpa en los caminos que llevaban a la masacre, y equipos de reservistas los pasaban canutas para conservar en buen estado las vías de acceso al matadero. La matanza necesitaba una mano de obra abundante para tener cada día su cupo de hombres. Esos peones camineros del infierno eran veteranos que habían dejado atrás la edad de ir a la escabechina.

Godet, uno de esos temibles torturadores, tenía un hijo aviador y se hacía mala sangre por el chaval, se comprende. Yo hablé una o dos veces con Godet, no más.


Cuando le dieron a su biplano y el chaval empezó a quemarse por las piernas, tuvo el tiempo justo de pegarse una bala en la cabeza antes de estrellarse.


Una kolossal guarnición de chucrut de más de 200 metros de largo, que volvía de bombardear unas ciudades -París o Londres- para matar a civiles mientras dormían tan a gusto en sus camas, se había extraviado por encima de la zona de combates. Al gordo zeppelín se le ocurrió la mala idea de pasar por debajo del pequeño cañón antiaéreo del 75, y el artillero estuvo encantado de quemar aquella enorme banana saturada de hidrógeno.

La ofensiva había empezado. Los boches se habían empeñado en pasar por Verdún. Nosotros no queríamos. El bosque de Caures no les dirá nada... Galipot, Morile, Fluet, Flétán y tantos otros tipos cayeron allí en balde.

Se camufla la artillería para que no la vean los aviones franceses.

¡Aferrado al borde de un hoyo y muerto y bien muerto estaba mi prusco del bosque! Así qué no había acabado la guerra en un hospital ni en un campo de prisioneros. ¿Y cómo iba a acabarla yo aquella puta guerra?... ¿En qué estado volvería este merda a su casa?

Se camufla la artillería para que no la vean los aviones alemanes.

Estaban los que se dejaban acompañar dócilmente al puesto de socorro, sin los ojos, sin cara, sin boca, sin lengua, con las tripas en las manos, dejando oir tan solo débiles estertores.

Y luego estaban, más numerosos, los que se quedaban en el terreno, como Raoul, que me costó reconocer. De civil, era repartidor en la casa de vinos Nicolas, y le llamaban Nectar, y eso que no bebia. Los otros borrachines del regimiento le tomaban el pelo.
Raoul no era muy querido. Le reconcomia algo que habia hecho. Se confesó al capellán. "He matado a un hombre". "¡Sólo has cumplido con tu deber de buen Francés ante Dios y ante los hombres, cosa que merece celebrarse con un trago!", le dijo el cura. Pero a Raoul le jodia por dentro lo que habia hecho, y asomó la cabeza por encima del parapeto. No tuvo que esperar mucho. ¡Una granada de mango acabó con él!
No encontró consuelo en el meapilas, ni tampoco entre sus compañeros. He de decir que por la torpeza de Raoul, un alemán se cargó a Fluet allá en el bosque de Caures. Me costó reconocer a Raoul...

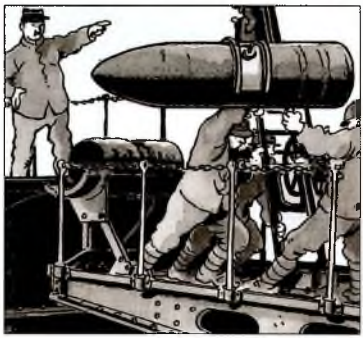
¡La Via Sagrada! ¿Por qué no la Santa y Gloriosa calzada que lleva al paraiso bajo una lluvia de pétalos de rosas y con efluvios de incienso? Más atroces serán nuestras heridas y mejor nuestro lugar en las nubes del gas mostaza, a la derecha de nuestro "Sangrador". ¡A mí, los chupacirios siempre me han dado ganas de vomitar en la pila de agua bendita!

La Via Sagrada... ¡Y un huevo! ¡La noria de las cruces de madera!

Los descendientes de "tus antepasados galos" te dieron herramientas y te hicieron currar en tu casa para ellos. Hoy te han invitado a ir a su casa, te han dado un fusil y te han ordenado que mates a cuantos bárbaros boches se te pongan a tiro. Puede que mueras por ellos, pero si haces bien tu trabajo, ¡tendrás una bonita cruz de guerra de bronce!

Ahora que no puedes avanzar, los alemanes no te maltratan tanto, pero te guipan de reojo. Te tienen algo de miedo a ti, al "salvaje" portador de la cultura francesa, cortador de cabezas y de orejas boches. Al preguntarte quiénes son los bárbaros, igual quieren que te revuelvas contra tus amos, los defensores de la civilización, que te han enviado sin escrúpulos al matadero.

Se industrializaba cantidad, la dichosa guerra, ¡y encima con grandes beneficios a costa de nuestros cadáveres!



Automóviles, aeroplanos, motos, autocamiones, salchichas* y grandes cañones... ¿A que es bonito el progreso? Habíamos entrado de cabeza en el siglo XX, o mejor dicho, ¡habíamos entrado con los pies por delante!

En febrero, el fuerte de Douaumont, desarmado como los otros veinte fuertes que "defendían" Verdún, fue capturado por los alemanes. Lo tomaron por encima. No tuvieron que disparar ni un solo tiro.

La cuarentena de terribles toriaux que protegían Douaumont estaban jugando a las cartas cuando vieron aparecer a los alboches.
Supimos tres meses más tarde que un Feldgrau* ocupado en recalentar su escudilla de patatas con coles en la enfermería, había provocado una explosión tremenda. ¡800 de sus amigos resultaron pulverizados! Bronzier quería que le hicieran un monumento. Y Gustave estaba convencido que aquel bravo servidor del "príncipe clown" trabajaba para nosotros. Cuando decía eso, Gustave hablaba en serio.

Y luego, en verano, los tommies empezaron su gran ofensiva en el Somme*.

Los "quemadores de doncellas", según el cura, querían comerse a los hunos. Para eso, habían convocado a australianos, hindúes, canadienses, neozelandeses, y también canadienses franceses. Y con una preparación de artillería de mucho cuidado.

Echamos una mano a los ingleses, por aquello de participar, pero no tan importante como previsto, porque Verdún nos había agotado.

Nuestros "enemigos hereditarios", según el profe, querían hundir las líneas de nuestro enemigo común. Que yo, que no tenía enemigos, tuviera que ir allí, me parecía demasiado.

Los british se sacaron de la manga un arma muy moderna y de la que se sentían muy orgullosos.

¡De Douaumont a Vaux, los alemanes habían tardado 100 días en avanzar 3 kilómetros! Eso explica la dureza de los combates y lo cruda que era nuestra bienvenida

En el pequeño fuerte de Vaux, peleamos arriba y abajo, en los fosos, en las casamatas, con granadas, con metralletas, con gases, con lanzallamas, a la bayoneta y con las manos desnudas. Después de cinco días de asedio, los desdichados emparedados en esa tumba pestilente ya no podían más. Sin agua, bebían su orina y acababan por rendirse. ¡Eran ellos, los primos del fuerte de Vaux!... No hubiera querido estar en su lugar.

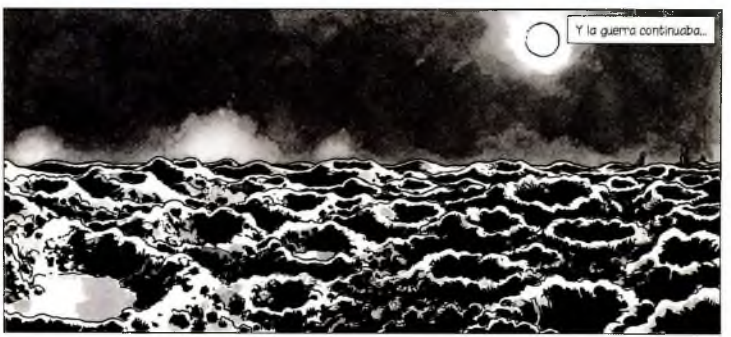
Por necesidad u obstinación, nuestros jefes, poco ahorradores en vidas humanas y en obuses, dieron la orden a la gran artillería sobre raíl de destruir Vaux y Douaumont, para que tan magníficas, costosas e inútiles fortalezas volvieran a ser francesas. ¡Y no les hablo de los otros fuertes de la región!

Vaux, totalmente en ruinas, fue recuperado en noviembre. Destrozado, pero francés para siempre, desde los baúles de los fosos a las chimeneas de ventilación.

Los alemanes no habían podido pasar por Verdún, y en el Somme, los ingleses no habían progresado.

A finales de año, Louise me envió una carta que superó sin dificultad el control postal. Ahora trabajaba en Puteaux, en una fábrica de calibrado de obuses. Era su granito de arena en la guerra, que decía ella.

Había dejado a su patrona y la floristería de la plaza Gambetta. Louise no se daba cuenta, claro, era preciso estar allí para entenderlo...

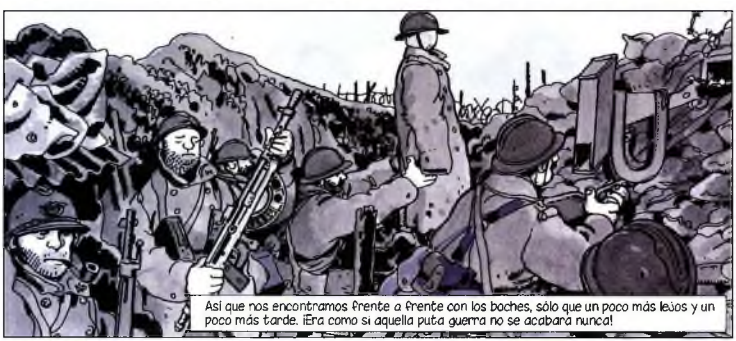

Y la guerra continuaba...

1917

"¡Nunca ningún jefe tuvo un poder tan grande como el del generalísimo de 1914!
Y nunca un jefe decepcionó tanto las esperanzas depositadas en él."
Teniente coronel (titulado) MELOT en La Vérité sur la guerre.

"La experiencia ha dado sus frutos, la victoria es segura, os doy mi palabra,
el enemigo lo aprenderá a su costa." El 15 de diciembre de 1916, NIVELLE, el nuevo generalísimo.

Si los alemanes retrocedían, era para reducir su frente y atrincherarse mejor... Ya nos la habían jugado antes. Las pocas casas que quedaban en pie las habían destruido antes de replegarse, dejando tras ellos caminos minados y pozos envenenados. Tenías que andarte con mucho ojo al caminar y solo beber vino.


Así que nos encontramos frente a frente con los boches, sólo que un poco más lejos y un poco más tarde. ¡Era como si aquella puta guerra no se acabará nunca!

También se masacraba en el mar y se contaba por toneladas lo que se iba a pique. Pero de un periscopio a otro era el mismo blanco, la misma idea, y el mismo desdichado al que se asesinaba en nombre de la patria... porque éramos todos hijos de una patria y ésa, precisamente, era nuestra desgracia.

Los alemanes, asimismo, se dejaban destrozar en lo hondo de sus trincheras, con la ilusión de palmarla por su patria. Además, morían con el estómago vacío. En Berlín ya solo se comían nabos, pero como Guillermo todavía no hacía cola para conseguir patatas, la guerra continuaba.

Dimos un trago de tintorro al tipo que habíamos querido matar y que, herido, acababa de rendirse. Era absurdo, pero así lo querían las convenciones. Sabín se hubiera cargado a gusto al ametrallador boche que había liquidado a Fretón y a Lamantín.
A veces no hacíamos prisioneros. Eso iba contra las reglas, pero que hubiera reglas donde estábamos, ¡era una tomadura de pelo de las grandes! Ya era tarde para lecciones de urbanidad.

Y una noche volví a ver a mi alboche del bosquecillo. Incluso me sacó del hoyo en el que yo me hundía. Así pues, no había muerto en Verdún, como yo pensaba. Seguía vivo... No pudimos ponernos a charlar porque no hablábamos la misma lengua, una lástima.

Una meseta llena de artillería y de blocaos, eso se suponía que teníamos que tomar desde abajo frente a las ametralladoras. Íbamos a conseguirlo en un periquete, bajo la nieve de aquel mes de abril. Era la ofensiva de la victoria tan anunciada desde hacía semanas por aquel viejo carca de Nivelle. ¡Estábamos en Craonne, y no sé de peor lugar en el mundo que ése!

Los tiradores senegaleses, que naturalmente iban en las primeras oleadas de asalto, cayeron por miles para nada.

Estábamos en Craonne y acabábamos de heredar todas las sífilis.

¡La cuesta costaba lo suyo! Si tenías la suerte de cruzar la alambrada de púas, luego tenías que trepar. Lanzábamos las granadas, que regresaban rebotando, y entonces bajábamos a todo correr, pero luego teníamos que volver a subir.

¡Volvíamos una y otra vez, sin conseguir pisar la jodida meseta! Abajo, la llanura era azul. Chapoteábamos entre las vísceras. Estamos en las manos de un individuo incompetente y terco, muy bien colocado en la jerarquía de los asesinos.
Los alemanes, que habían excavado galerías, nos dejaban pasar, para dispararnos mejor por detrás.
¡Veíamos a los compañeros volverse negros sobre el "tendedero"; otros llamaban a los camilleros, a su madre o a la Virgen Santa, pero todos, seguro, hubieran querido ver al general en su lugar! Aquello no era serio. ¡Delirios de agonizante, seguro, que les hacía perder la cabeza!

Paulet François, que cantó a gritos junto a otros la canción de Craonne*, fue denunciado por un chivato.

Y más grave aún: se había negado a volver al frente, porque habían hecho huelga. El consejo de guerra hablaba de motín, aunque ningún oficial había sido maltratado por los hombres de su compañía.
Todo lo que declaró Paulet se volvió contra él. Les dijo que ya no podía más. Expresó su desánimo y su rebeldía, tras los asaltos inútiles y mortíferos del mes de abril. Y algo peor: se negó a denunciar a quienes le habían enseñado el texto de la canción.
Sabía, cuando entró en la sala, que su suerte estaba echada ya antes de abrir la boca. Sus "jueces" le dijeron: "¡Usted no es digno de ser francés!"... ¡Como si eso fuera algo importante!

No hubo circunstancias atenuantes para Paulet... Otros tuvieron más suerte. Tras haber cumplido su indigno trabajo, el "tribunal" se fue con la conciencia tranquila y bastante orgulloso de pertenecer al ejército francés.
Encerraron a Paulet en un sótano. Afuera, dos gendarmes montaban guardia. Había oído decir que unos gendarmes habían sido abatidos por varios soldados, por llevar a un consejo de guerra a un joven guripa que había birlado tintorro. Eso fue como un bálsamo para Paulet. Se negó a recibir al capellán y no tocó la comida que le llevaron, pero como le habían dejado su tabaco, lió un cigarrillo esperando a que se hiciera de día.

Al alba, un pelotón llevó a Paulet hasta un muro junto al que habían plantado un poste de madera.
No se fusilaba dos veces en el mismo sitio, pero por él se saltaron el reglamento, porque habían hecho servir el poste la víspera.
Pasaron por delante de las tropas. El condenado iba encuadrado por cuatro soldados y un sargento. Redoblaron los tambores. Era el reglamento.

El piquete de ejecución, en dos filas, estaba compuesto de cuatro sargentos, cuatro cabos y cuatro soldados, cuyas armas habían cargado antes de la llegada del soldado condenado. Era el reglamento.
Uno de los del consejo de guerra estaba presente. También estaba el capellán, y el secretario judicial, que leyó el extracto del juicio, mientras ataban a Paulet al poste. Quisieron vendarle los ojos, como está prescrito en el reglamento. Rehusó.
François Paulet no se interesaba por el siniestro ceremonial que se desarrollaba a su alrededor. Sólo pensaba en Rose y en su hijo que iba a nacer. Se decía que no tenía que servir de carne de cañón a los responsables de la matanza en curso.
Le habían convertido en asesino y ahora se lo cargaban porque se negaba a seguirles el juego. Confiaba en que el bebé sería niña, para no tener que llevar armas, y si era niño, que naciera muerto.

El pelotón avanzó hasta ponerse a seis metros del condenado. El brigada al mando se colocó a cuatro pasos a la derecha y dos hacia delante. Levantó el sable. Los doce hombres apuntaron al pecho de Paulet, era el reglamento. Paulet se preguntó si lo que contaban -lo de las balas de fogueo- iba en broma o qué. El brigada dio tiempo al piquete a que afinara la puntería. "¡Apuntad bien, si no queréis prolongar su sufrimiento!" ¡FUEGO!

Lo más lógico hubiera sido cargar los fusiles y liquidar a nuestros jefes. ¡Entonces sí que se podría hablar de un motín en toda regla! Y hubiese estado bien que los alemanes hicieran otro tanto. Pero en vez de eso, asistimos sin movernos a la ejecución de François Paulet, y no me sentí nada orgulloso de mí.

Un suboficial le dio el tiro de gracia, apoyando el cañón del revólver sobre su oreja, a cinco centímetros del cráneo, como mandaba el reglamento.

La tropa desfiló delante de Paulet. Algunos murmuraron: "Muerto por Francia; te vengaremos." Todos tararearon la canción de Craonne."

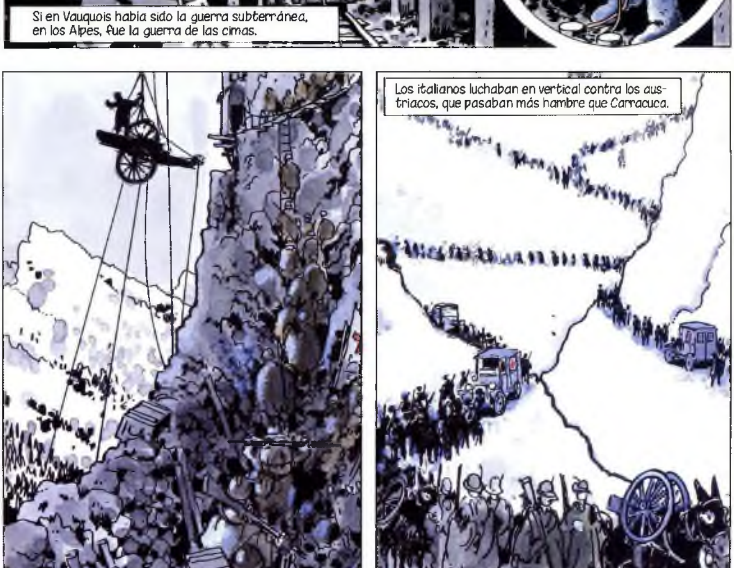
¡Ah, qué bien le queda al general Nivelle su bonito uniforme! ¡Cuando pienso en el montón de tipos a los que les sentaba mal y que murieron por haberlo llevado puesto!

Una vez sofocados los "motines", mejorado el rancho, ensalada, gruyère y chocolate, reestablecidos los permisos y despedido el general, conseguimos tomar por fin la jodida meseta. ¡Nos había llevado siete meses! Los alemanes iban a reconquistarla en veinticuatro horas, en 1918!

De Craonne a la meseta de Chemin des Dames no hay mucho trecho. Nos tomamos nuestro tiempo, y dejamos por el camino a algunos camaradas, antes de llegar al lugar.
Y eso que el nombre, Chemin des Dames*, es bonito.

Los rusos ya no tenían ánimos para luchar a nuestro lado. Estaban formando soviets, los oficiales ya no podían contenerlos, así que los retiramos del frente y los enviamos a su campamento de La Courtine, en Creuse. Yo, obrero del torno de la casa Biscorne de la calle Panoyaux, hubiera ido a Moscú a ver cómo era una revolución, porque eso no era lo mío. Nos dejábamos llevar al matadero cantando la "Internacional".

Si en Vauquois había sido la guerra subterránea,
en los Alpes, fue la guerra de las cimas.


Los italianos luchaban en vertical contra los austriacos, que pasaban más hambre que Carracuca.
Los italianos también fusilaban mucho, "para dar ejemplo". Entre la guerra de las minas o la guerra de las cimas, no sabría decir cuál era la más abominable. Entre un general italiano y uno francés, no sé a cuál habría que matar primero.

En septiembre, los ingleses las pasaron canutas por el lado de Passchendaele, en el Flandes belga.

Ya no era un ejército profesional que se estancaba, sino unos reclutas venidos a morir en aquel barrizal, bajo la lluvia.

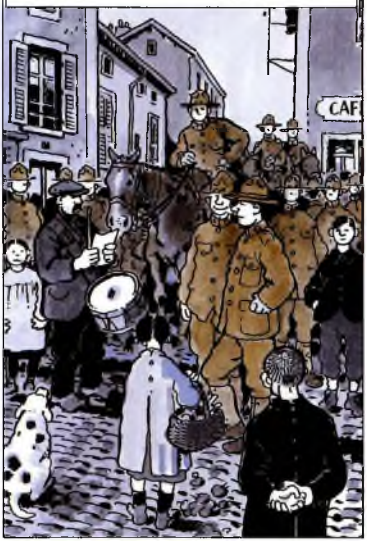
Para resarcirse de las pérdidas, la talla reglamentaria del futuro sacrificado disminuyó a la baja, hasta un metro cincuenta, y desde el principio de la guerra se formaron batallones de soldaditos. Yo vi algunos. Los Bantam, les llamaban. Me enteré de que era el nombre de una raza de pequeños gallos de pelea.
Esos Bantams se cansaban enseguida, no eran buenos para la matanza. Los trataron de degenerados. Fusilaron a unos cuantos. Entre un general inglés y uno francés, no sé cuál es más cerdo... Sigo sin tenerlo claro.

El agua del té no siempre llegaba a la hora a su destino.

Los alemanes se aferraban al terreno.

Los british se hundían metódicamente.

En noviembre, los americanos, que habían llegado a últimos de junio en barcos, estaban entre nosotros. Los muy suertudos disfrutaban de un viaje de varios siglos en el pasado. Se lavaban en pelotas en la fuente del pueblo podrido donde les habían acantonado, tenían papel higiénico, y hasta se cepillaban los dientes, lo que espantaba a los paletos del lugar. Total, un cuerpo expedicionario en la tierra de los asquerosos cerdos.



A los hijos del tío Sam sólo les faltaba haberse traído los abalorios y la sal. Eran muy simpáticos con nuestras abuelas, los niños y las jovencitas. Más tarde, costó saber qué opinión se habían hecho de una Europa en pleno caos... Al fin y al cabo, también ellos venían del mismo purín que nosotros.

Mientras los sammies* se entrenaban para coger a los alemanes con lazo, nosotros continuamos.

La guerra nos quemaba las tripas y en el hedor de nuestras vidas irrisorias, yo me aferraba a una esperanza: volver a casa, ¡se perdiera o no aquella guerra que no era la mía! ¿Qué hacer para no ir a parar a una de esas fosas comunes excavadas por cuadrillas de tonquineses*?

LE FIGARO
En diciembre tuvimos diez días de permiso.

1918

"Afirmo que la victoria depende de nosotros... Los vivos tienen que rematar la obra de los muertos."
CLEMENCEAU, 10 de junio de 1918

"No, ni en sus sueños más ambiciosos, Francia no osó esperar que el último cuarto de hora pasaría tan deprisa."
Léon BAILBY, L'Intransigeant, 7 de noviembre de 1918

¡En marzo, los boches nos dieron la sorpresa de pasar al ataque! ¡Un avance fulgurante! ¡Pero no íbamos a dejarlos pasar, con lo que nos había costado! ¡A los ingleses, en Picardía, les dieron una buena paliza! ¡Aquello fue Waterloo!

Intentamos detener a los hunos, que decían nuestros asociados british, pero no pudimos. ¡Aquello era Trafalgar! ¡Pero esta vez los ingleses estaban viviendo la misma pesadilla que nosotros!

Gd.Gw.298/16
Los alemanes bombardearon también París y Londres. ¡A los civiles, que estaban en el catre, les cayó una buena!

¡Y de pronto otra puta sorpresa! A más de cien kilómetros de la calle Panoyaux, varios cañones de largo alcance regaban el centro de París. ¡A saber de dónde disparaban, los cañones aquellos! ¡Igual podían cargarse Notre-Dame, total, para lo que servía... aparte de alimentar ideas de guerra santa!
Otras piezas de artillería nos machacaban en nuestras líneas. Parecía que todo redoblaba de intensidad como un último sobresalto de energía. Ofensivas así, como patadas en los huevos, no nos hacían ni puta gracia.

Fue que no se trataba tampoco de una guerra de "Derecho", o sea para salvar a la civilización, sino de una guerra para preservar los intereses de los grandes podridos de pasta: Schneider, St. Chamond, Fiat, Krupp, Vickets, Renault, A.E.G., Fokker, Hotchkiss y los otros, y ya puestos, incluso Biscorne!

Los sammies, que habían traído máquinas de escribir, bañeras, jabón, cortacéspedes, ambulancias, medicamentos para curar la sífilis y trenes, pero ni un solo cañón, ni aviones, ni tanques, luchaban con nuestro material y el de los ingleses.
AMERICAN AMBULANCE
Trajeron, en cambio, los esclavos que les habíamos vendido hacia la mar de tiempo para recoger el algodón del Sur. A sus negros no los equipaban igual. No esperaban de ellos heroicidades, no fuera que al final fuerán a creérselo. Los querían obreros o mulateros. ¡Nosotros, a los hombres de las tropas coloniales los poníamos en primera línea, que muriesen por Francia! Y les habíamos prometido muchas cosas que no pensábamos cumplir, claro.

El sector americano, por falta de experiencia, era un follón. Las ambulancias, llenas de heridos, esperaban horas, como en los peores atascos de las calles de Nueva York.
TO AMERICA VIA BERLIN

La guerra aquella tenía que durar y durar. Y después vendrían otras. ¡Lo de "la última guerra" me hacía reír! Venía siendo así desde lo del Cromañón. Desde la guerra por el fuego a la guerra por el petróleo o por las bananas. ¡Siempre la misma canción: la canción de los huesos triturados! ¡La historia del nunca acabar!
AEG
DWM

Los alemanes avanzaban. París estaba amenazado. Y nosotros volviamos a estar a orillas del Marne. Si mi alemán del bosquecillo seguía vivo y deambulando por allí, a lo mejor eso le traía recuerdos.

Los tommies retrocedían. Nosotros también. Los estrategas boches lanzaban a la batalla sus últimas fuerzas. Ganar o perder parecía ser la divisa imbécil, inscrita en letras góticas en un despacho de un gran Estado Mayor. Con el estómago vacío y el índice crispado sobre el gatillo, los Feldgraus nos estaban rompiendo los huevos.

Volvemos a ocupar el Chemin des Dames que los alemanes nos habían quitado. ¡Era el descalabro total! Uno se preguntaba si había valido la pena, un año antes, pasarlas canutas por aquel terreno.

A los sones de la gaita bretona, el culo al aire y las rodillas ensangrentadas, así iban a pelear los escoceses. Era como un juego macabro y folclórico, a mayor gloria del Reino Unido.

No era buena idea luchar en el aire, haciendo piruetas tan graciosas y ligeras que nos dejaban perplejos a nosotros, que teníamos los pies metidos en barro.
El seductor de la escuadrilla siempre acababa por tierra, quemado vivo en su cacharro, antes de poder dispararse un tiro en el coco. Su guapa novia lloraría un poco la pérdida del as de las alturas, que acababa de escribir una página heroica y totalmente nueva en la historia de la guerra.

En Julio, el ejército americano las pasó negras en el bosque Belleau, pero los boches no pudieron contenerlos.

A Berlu se lo cargaron cuando estaba viñando. Lo decapitó un fragmento de obús. En la mano tenía el "rascaculos", en el que había grabado el Sagrado Corazón de Jesús, protector de Francia y de los poilus*. No tuvo tiempo de limpiarse el culo.

En septiembre volvimos al Chemin des Dames. ¡El cuento de nunca acabar! Pero esta vez los alemanes acabaron por replegarse. Los sammies avanzaban por Argonne; los tommies por el norte, y nosotros por Champaña. Incluso vimos italianos en la región, que habían venido, al parecer, a echarnos una mano.

Era la ofensiva general, pero camino de Berlín nos topamos con algunos duros de desalojar. Hacía ya quinientos días que una birra me esperaba en la mesa de un café de la Alexanderplatz... La cerveza debía de estar tibia. ¿Se la habría bebido alguien en mi lugar?

No era todavía hora de contar nuestra guerra a los nietos. Además, ¿tendríamos ganas de hablar de aquella inmunda carnicería, aquel suicidio colectivo, que era para vomitar?
LET ME REST IN PEACE
IV

Los boches decían "Kamarad". Teníamos que haber comenzado así en ambos bandos, evitando las masacres organizadas por los de arriba, pero nos servimos del fusil que nos habían puesto en las manos, y el resto siguió solo.

Cuando supimos que la gripe española mataba a miles en la retaguardia, nos dijimos que estábamos mejor donde estábamos.

Estábamos en la alfalfa, persiguiendo a los alemanes. Nos percatamos que los árboles tenían hojas y eso me hizo pensar en el teniente del principio. Ya llevaba cuatro años criando malvas en un campo en cuesta, tras habernos lanzado a un asalto imprudente. Desde aquel mes de agosto, yo había sabido seguir vivo, y no era momento de hacer tonterías.

Alguno de nosotros seguía con ganas de apretar el gatillo, como Feugerolles, cuya mujer e hijos estaban en territorio ocupado. No había tenido noticias de ellos. ¿Los habían separado? ¿Se habían llevado la mujer a Alemania para hacerla trabajar fabricando aquellos obuses que luego les tiraban sobre la azotea? ¿Viviría con un bávaro? Entendíamos su rabia de querer disparar sobre los boches que huían. No era cuestión de mantener principios, ahora que nos habían convertido en asesinos con total impunidad.

La última vez que vi a Collin fue el 17, al pie del Mort-Homme.
Collin, antes de la gran matanza, se chiflaba por la pesca con caña. Estaba allí, en el hoyo, observando el vaivén de las moscas sobre los dos cadáveres que no podíamos sacar afuera sin que nos pegaran un tiro.

Y allí, en el hoyo, pensaba en sus cañas y en sus moscas y en su nuevo carrete que no había tenido tiempo de probar.
Collin se veía a orillas del río, con el tintorro fresco en la corriente, su reserva de gusanos en una cajita de hierro y el gusano ensartado en el anzuelo, retorciéndose todavía... ¿Eran los cadáveres quienes le hacían pensar en eso? ¡No lo creo!

No pudo pensar mucho más el pobre Collin.
En menos de una décima de segundo, se convirtió en un pedazo de carne sanguinolenta. Un anzuelo al rojo vivo le atravesó de parte a parte, hurgando entre sus vísceras, que le salieron del vientre por un desgarro.

Lo evacuaron al puesto de socorro. El mayor había tomado su decisión: Ni hablar de ocuparse de los heridos en la trinca. Iban a palmarla, y además no estaba equipado para operar.

Detrás del puesto se encontraba, junto al montón de cruces de madera, una acumulación de miembros arrancados y de restos humanos pegajosos sobre unas camillas, agitados por el paso de las ratas y el hormigueo de gusanos blancos.

Los camilleros lo llevaron allí... y eso que Collin todavía vivía.

Del puesto de socorro a la ambulancia y de la ambulancia al hospital, solo se acordaba de la caída en un agujero lleno de gusanos que se retorcían sobre el ser desollado en que se había convertido de la cabeza a los pies. Además, ¿dónde estaba su cabeza? ¿dónde sus pies?

En la ambulancia, las sacudidas eran tan tremendas, su sufrimiento era tal, que perder el conocimiento hubiera sido un alivio, pero no lo perdió. Seguía vivo, retorciéndose en el extremo de su anzuelo.

A Collin le hicieron una carnicería. Lo remendaron como pudieron, pero sin piernas ni manos, se le acabó pescar con caña.

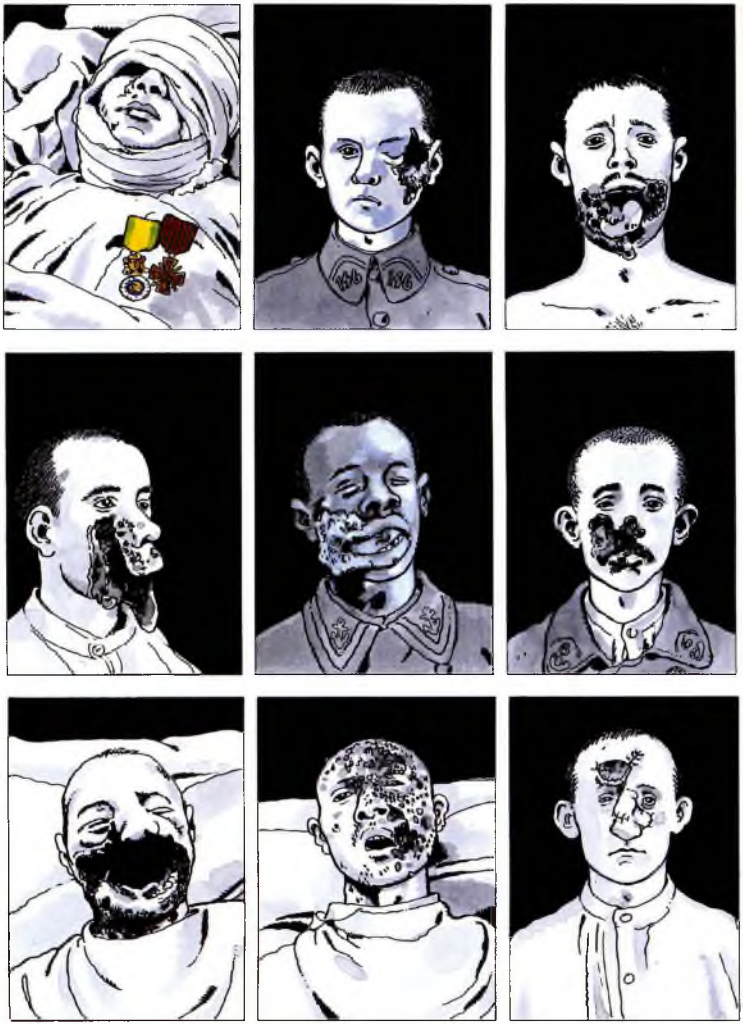
Más tarde, en el hedor de la sala común, le dejaron una medalla.
Más tarde aún, le hablaron de gangrena y de emplastos rellenos de larvas comedoras de carne podrida. Collin les debía la vida. Tras amputaciones y largas operaciones -38 en total-, acabaron por ponerlo "en pie". Para entonces, la guerra hacía mucho que había acabado.

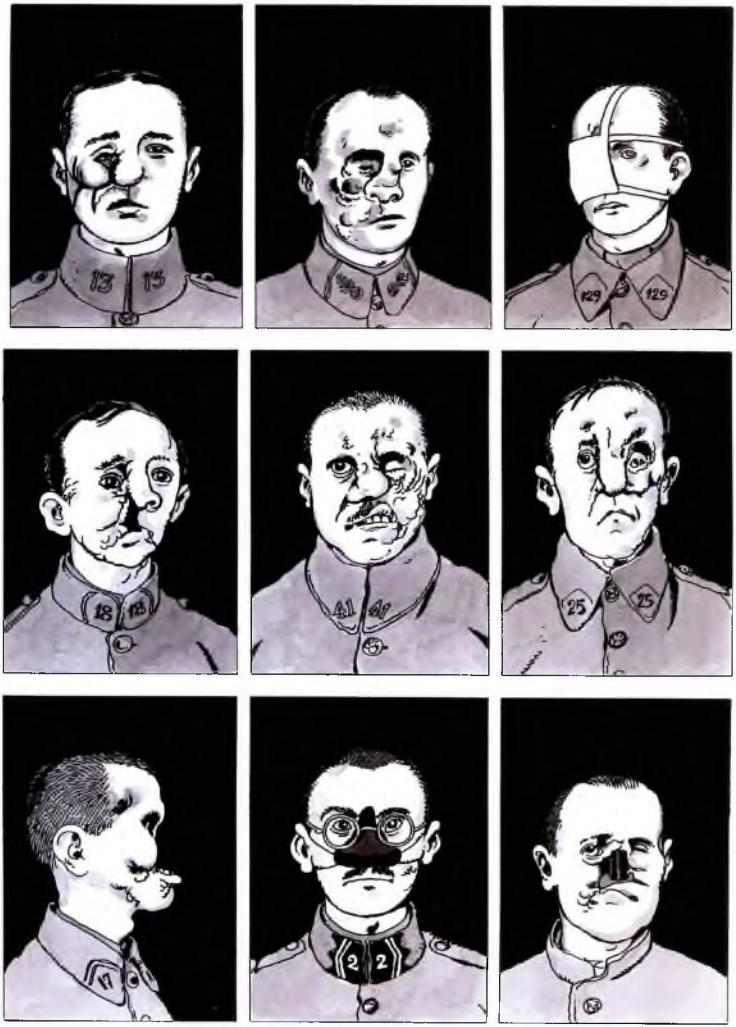
En la hora undécima del día undécimo del mes undécimo de aquel año de 1918, se firmó el armisticio. No era la paz, pero nos dimos por contentos. ¡Ya era hora! Mi alemán y yo ya no podíamos más. Nuestros verdugos habían hecho una pausa. El repentino silencio nos embruteció. Ni un solo cañonazo a lo lejos para tranquilizar nuestras orejas.
Los franceses fueron al encuentro de los alemanes, quienes, a su vez, se acercaron a nosotros. Pero en nuestro sector, los oficiales impusieron orden. ¡Cada cual en su campo! Unas bengalas que lanzaron de noche crearon unos fuegos artificiales gigantescos. Pero la guerra podía volver en cualquier momento.

Los últimos alemanes, que se quedaron allí hasta el final para fastidiarnos, nos dijeron adiós. Era la primera vez que los veíamos de espaldas. Se retiraban en buen orden, con armas y equipajes. La guerra podía volver a prender como un fuego mal apagado, nada de hacer tonterías.

Iban a volver a sus casas con el corazón limpio, no se había destruido ningún pueblo alemán, en cambio habían dejado a su paso un rastro imborrable.
Aunque las ciudades alemanas no habían sufrido, los hombres mutilados, las viudas y los huérfanos iban a llorar desconsoladamente, igual que nuestras viudas y nuestros hijos. El día de después, sangrante, iba a ser terriblemente doloroso, salvo para los proveedores de prótesis. En nuestro país sería el tiempo de la "mano nacional" fabricada por los poilus sin piernas.

¿Por qué mostraron desnudos a esos hombres, destrozados por el miedo? Se habló de la "obusidad", se les trató de simuladores. ¿Por qué se les mostró así? ¿Por razones médicas o para humillarlos más? En diciembre, al alemán que había empleado durante cuatro años toda su ciencia en volver más eficaces los gases de combate, iban a concederle el premio Nóbel de química!
¡Cómo nos habían tomado el pelo! La supercheria me había vuelto malo, y ni la cruz de guerra puede aterrizar el odio que te tengo, "nuestro buen amo."




13
15
129
129
18
18
41
69
25
25
2
2

1919

"La guerra europea, convertida más tarde en mundial, ha sido un acontecimiento horrible: no se vio iluminada por ningún principio, por ningún pensamiento, por ninguna gran idea."
Francesco NITTI, presidente del Consejo italiano (1919-1920)

"Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales."
Paul VALÉRY

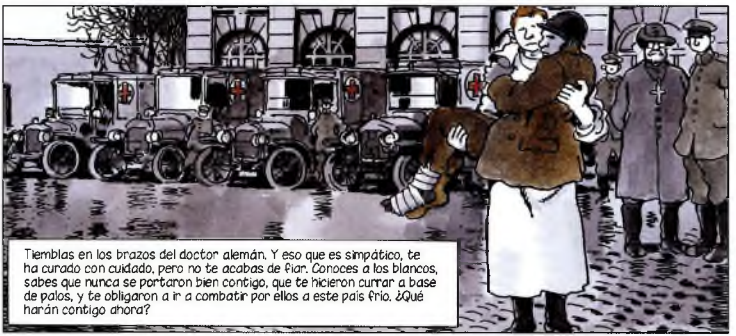
De civil eras relojero en Colonia, y te desesperas en ese rincón podrido de Francia. Pero vete a saber por qué dentro de diez segundos ahí será el infierno. Te salvarás de los obuses, serás capturado por tiradores angelinos que te arrancarán las charreteras para guardarlas como recuerdo, pasaras mucho miedo, pero tendrás suerte. Tu hora no ha llegado todavía.

Es al menos la quinta vez que empiezas a escribir esa carta a tu madrina de guerra. Desde que te envió su foto, no sabes qué hacer. Tienes tantas cosas que decirle, y es tan difícil y duro escribir sobre lo que pasa.

Demasiado para un cazador que apenas sabe leer, y se limita a obedecer. Dentro de poco te destinarán a primera línea y no tendrás tiempo ni de dársela al cartero, esa carta por fin terminada.

Durante cuatro días estuviste soportando el fuego enemigo, junto a tu compañero, acercándole a la boca unas galletas en el extremo de un palo. No se le podía sacar con cuerdas del cráter en el que estaba sin poner en riesgo su vida. Erais del mismo barrio, currabais en la misma fábrica, os alistasteis el mismo día. Cuando tu compañero bebió su último trago de barro de Flandes, te sumiste en la locura y la cabeza se te quedó colgada en la batalla de Passchendaele.

¿Por qué saliste del agujero? Hubieras podido mear dentro de esa ratonera, eso no hubiera cambiado gran cosa. No acaba más nunca esa partida de mailla... Tres trozos de metralla te atravesarán el casco y el cráneo. Ese lugar lleva bien el nombre que tiene: "El barranco de la muerte."


Tiemblas en los brazos del doctor alemán. Y eso que es simpático, te ha curado con cuidado, pero no te acabas de fiar. Conoces a los blancos, sabes que nunca se portaron bien contigo, que te hicieron currar a base de palos, y te obligaron a ir a combatir por ellos a este país frío. ¿Qué harán contigo ahora?

Los alemanes no entienden que países "civilizados" usen a salvajes para hacer la guerra. Lo cierto es que son los países "civilizados" los que se portan como salvajes!

Los "voluntarios" que han traído para el golpe de mano son profesionales de la navaja y de la botella, unos tipos con unos expedientes tan cargados como su aliento. El capellán les ha dado la absolución en un periquete; es lo más prudente en vista de lo que tienen que hacer. Salir a hacer prisioneros para hacerlos hablar, por si uno de ellos está al tanto de los secretos de Guillermo. Si, alertados por el jaleo, los alemanes se han ido, ¡tanto mejor! Vuelves corriendo y le dices al capitán que has degollado a unos diez que no querían rendirse... Le traes un pico o una alambrera boche para demostrarle que has estado ahí. Eres un limpiador de trincheras, ¿no? Te darán cuatro días de permiso para esnifar tranquilo la coca que chorizaste en la enfermería... ¡Y ya está!

So pretexto de "picoteo", han multiplicado las pérdidas gracias a los hallazgos inútiles de la Oficina de Invenciones.

Una especie de concurso barato de la gilipollez militar francesa... en el que los soldados pagamos el pato.

A fabricar árboles muertos de cartón piedra, falsos cañones, falsos cadáveres, rocas de cartón, periscopios para vigilar a los del enemigo, raíles de madera para engañar a la vigilancia aérea. A moldear, a pintarrajear en amarillo orín, marrón caca, verde espinaca... Se diría un almacén de juguetes, la sección de camuflaje, sólo faltaban los soldaditos de plomo para darle un toque más real.

Antes de la guerra, escribías novelitas de aventuras de cuatro cuartos, bastante mal pergeñadas. Aquí llevabas un diario en un cuaderno que tenías escondido. Contabas nuevas vidas miserables día por día. Real y crudamente... Hasta que un obus te partió por la mitad. No encontramos tu cuaderno, ni nuestras miserias que allí contabas, nuestros gritos desesperados, nuestro sufrimiento, nuestros aullidos de dolor, nuestro testimonio. *todo* se perdió, como metido en una botella y arrojado a un mar de sangre y barro.

Te ordenaron filmar las destrucciones de los vándalos boches, el teatro de guiñoles de los ejércitos, la misa, la vida al aire libre, sana y alegre, del poilu, y las reconstrucciones de asaltos, de los generales barrigudos y otros elementos tragándose con ansia un asqueroso trago de tintorro, rodeados de soldados de la cocina rodante y buenos "padres del regimiento". Y también de cadáveres alemanes, mucho más decorativos que los nuestros, para reconfortar a las madres. Eras una herramienta de propaganda, todos éramos muy valientes en aquellas imágenes oficiales pasadas por la censura.

Tú, el cura, caminabas solo con tu bastón de peregrino y un fusil. No sabíamos qué te traías entre manos. Algunos decían que te gustaba hacer méritos recitando a los boches la oración de los agonizantes... Es posible... Nunca se supo. "Si Jesús viviera, empuñaría un fusil francés para disparar contra los alemanes", decías. Una tarde te fuiste al infierno, no volvimos a verte. ¡Tardamos tres días en darnos cuenta de que ya no estabas allí!

Están las que trabajan en el campo y también las que, por un salario miserable, curran en la fábrica. Mano de obra abundante, dócil y más rápida que la de los hombres... Tu hombre necesita fusiles, gases, aeroplanos: ¡Al tajo! ¡Y ojo con las manos seccionadas por la máquina! Al final de la guerra lo dejarás, porque hay que dejar el sitio a los hombres que vuelven de las trincheras. ¡No tienes derecho a voto, así que a callar y para casa! ¡A fabricar niños, ahora que ya has fabricado armas para matar!

¡Estabas demasiado cerca de las líneas! No supiste justificarte. Tu acento alsaciano te traicionó. Juzgado y condenado a toda prisa por espionaje, y ejecutado. Total, un poco de sangre más sobre la nieve...

Hacer una labor de zapa en la roca a tres mil metros de altura para hacer saltar a los austriacos de ahí arriba, no te sienta bien. Tú estás abajo y tu moral está por los suelos, además, te hielas los huevos y tienes los nervios desquiciados. Total, que vuelves a Agrigento, donde hace mejor tiempo.

Tú que no te aguantas sobre las patas, los pulmones destrozados, y las manos en papilla, ves que el gas se te viene encima, y no puedes ponerte la máscara. ¡A los cabrones de camilleros que te habían dicho que vendrían en tu ayuda, ya les puedes esperar sentado!

Te filmaron en ese pueblo de Vosges porque tenías una sonrisa bonita y la mirada algo triste del que se dirigía a primera línea. ¿Cuál es tu nombre? ¿Y tu edad? ¿Y tu trabajo? ¿A qué pensabas dedicarte? ¿Tenías hermanos en el frente? ¿Tienes madre? ¿Esposa? ¿Hijos? Tu bonita cara de víctima designada, dócil y conmovedora, les ha gustado. Representabas para ellos al valiente soldado francés lleno de buena voluntad, ese sacrificado por anticipado, al que le habían dicho que iba a entregar su vida por la patria. ¿Les creíste? ¿En qué follón te han metido, con la de cosas que tenías por hacer?... ¿Conseguiste volver?

En la Cour des Invalides, te sumaste a la fiesta, mi general, distribuyendo baratijas a desdichados sin brazos ni piernas, mientras confiabas en que tu servicial ordenanza te consiguiera una buena mesa en Maxim's.

Soldadito del mes de agosto, con tu pantalón de un rojo vivo, intentas pasar inadvertido, pero detrás de las amapolas no hay mucho sitio. Hacías tu entrada en la Historia, disfrazado de soldado de opereta, muertito del mes de agosto.

Te mueres de hambre, y ahora que te han hecho prisionero, tienes que posar para el fotógrafo con una buena hogaza de pan francés en las manos. No es lo mismo que aquello que te dan y que parecía un pan. Unos ponen morros; otros, menos estúpidos, se dan por contentos. La guerra no les necesita. Algunos feldgraus muy jóvenes fuman puros, regalos del Káiser, y eso preocupará a los americanos, inquietos por su salud. Pero que les hayan puesto un Mauser en las manos cuando eran adolescentes no escandaliza a nadie.

Tuviste tanto canguelo cuando corriste hacia los ramales de la trinchera, con las balas silbando a pocos centímetros de tu casco, la cabeza encogida, que te quedaste partido en dos, incapaz de incorporarte, paralizado por el miedo, condenado, si sales de ésta, a sufrir bajo los electrodos del bueno del doctor Vincent en Val-de-Grâce.

Y eso que no era tu primer asalto. Habías visto caer a tu lado a las tres cuartas partes de tu compañía. Tuviste mucha suerte. ¿No le dijiste a tu madre que saldrías vivo de aquella guerra, que la bala boche que debía matarte no había sido fabricada todavía?... ¡La frase te hizo gracia! Pero hoy te metes en lo hondo del refugio, te escondes, ya no estás seguro de nada, tienes miedo, has echado la pota, te has puesto perdido el pantalón cuando la primera oleada enemiga ha franqueado el parapeto. Te descubrieron en tu propia mierda y verde de canguelo. Las que te mataron fueron doce balas francesas.

Te has dejado pillar, y no está tan mal. Es mejor que una buena herida... Que sigan sin ti, si les apetece. Te van a enviar a un campo, pero te da igual, has salvado el pellejo, y cuanto más te alejes del frente, mejor. En Dache, Silesia, te hacen arrancar patatas, a ti que no sabes nada de la tierra, ¡y te dolerá mucho la espalda! Volverás molido, dejando atrás, sin pesar, a la chica de la granja que has dejado preñada, que se dice, y al volver a tu casa encontrarás a tu mujer encinta por un prisionero boche que tuvieron la mala pata de hacer trabajar en su fábrica. Te verás obligado a cambiar de barrio.

Esperas a que te evacuen en una plaza de Gallipoli. La disentería, la malaria, el dengue y, en Londres, la incompetencia de los jefes, retardarán la caída del imperio otomano... Y los turcos seguirán exterminando a los armenios.

¡Helmut, tu salchicha arde! Saltas de la barquilla, pero tu paracaídas no tendrá tiempo de abrirse.

Chapoteas en el pus, en esa sala donde has visto morir a tu hermanito. Por haber observado a tu madre, sabes el tiempo que se requiere para hacer de un bebé un adulto. ¡La infinita paciencia que le llevó educarle, y las angustias que pasó cuando estuvo enfermo, hasta el día en que, en edad de ser soldado, fue liquidado en una décima de segundo! Haces el bien a los que sufren, mientras piensas en tu hijo que solo tiene unos meses. Sin noticias de su padre en el frente, ayudas a los agonizantes.

Hay que reconocerlo, los ingleses son los únicos que no se marean. Así que esos cabezotas de anglichés*, aficionados a las batallas navales, sacaron inútilmente a su armada de acero a las aguas frías del Jutland -¡un desastre!-, dejando el sitio en lo sucesivo a los U-boats* boches. Guillermo no quería que le estropearan su hermosa flota de guerra. Les tenía mucho cariño a sus juguetes.

Para olvidar un poco aquella puta guerra en la que andabas metido, no pudiste evitar las ganas de tocar las primeras notas de 'Tipperary'. No podías saber que tus manos de pianista se quedarían en Cambrai. No podías imaginar que los hunos habían puesto una trampa explosiva en el piano... mi-fa sol sol
sol la si do mi
mi re do la do sol

¡Pobres bestias de carga! El adoquinado del Norte es duro para los débiles.

No te costó encontrar objetos flotantes entre los restos de 23.600 toneladas de chatarra.

Es tu última salida desde que te has incorporado a la escuadrilla y acabas de derribar a tu primer Fokker! ¡Será homologado y eso hay que mojarlo! Como siempre te han gustado los cacharros rápidos, tu moto te espera detrás del hangar para que llegues cuanto antes al comedor para celebrarlo con champán. Tu SPAD va bien, sólo tiene unos pocos agujeros en el plano de sustentación. La próxima vez tu moto se quedará detrás del hangar. Se la quedará tu mecánico como recuerdo tuyo.

Nunca quisiste hacerle daño a nadie, pero acabas de matar a un hombre más. Cuando te encontraste cara a cara con ese Jovencísimo boche, ¡no lo dudaste! Temblaba de miedo, y no parecía mal chico... Pero le disparaste sin dudar. También tú tenías miedo. Así que le disparaste. El chico tardó bastante en palmar a tus pies. Cuando se te acercó, no llevaba fusil y levantaba los brazos: "¡Kamarad! ¡Kamarad!", decía. "¡Eres un cabronazo!", te dijo Flocon, que lo vio todo. Te faltó muy poco para cargarte también a Flocon, no sabes cómo te contuviste. Y luego te alcanzaron trocitos de metralla. Tu herida es leve, volverás a combatir y te salvarás.

"No enfadarse, limitarse a admirar", estaba escrito en un cartel de la fachada en ruinas del ayuntamiento de Péronne. Los alemanes saquearon la ciudad antes de largarse. Y ahora entras en otra ciudad: Cambrai, en llamas. Desde Canadá a los confines del Somme hay un buen trecho, y te hubiera gustado ahorrártelo.

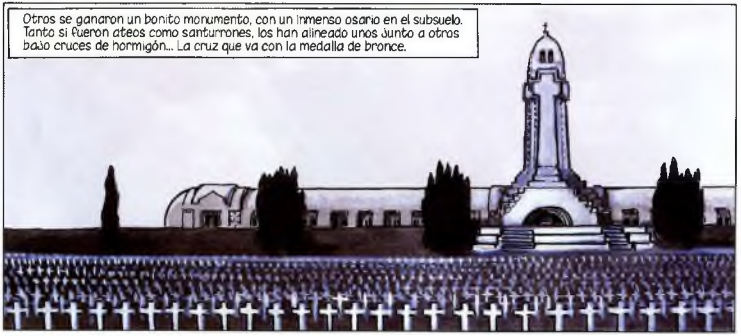
Hay niños que trabajan duro en las minas para alimentar los altos hornos donde transforman el acero en cañones. Pequeña esclava, hay que ver que te tratan bien y que estás contenta con tu suerte. El agente de la propaganda te obliga amablemente a sonreírle a la cámara. Veremos la película en todos los países neutros y se sabrá que Alemania ha sabido hacer de los territorios que ocupa paraísos para los niños.

Ya está, es la derrota, las tropas aliadas ocupan Alemania. Te cuesta quitarte el sombrero ante el paso de ese convoy fúnebre. Llevan a la estación los restos mortales de un soldado francés para que descanse en su casa, al otro lado del Rin. Te cuesta quitarte el sombrero, pues los franceses han matado a tu hijo. Dicen que cayó en la cota 304, pero no encontraron su cuerpo.

Tú, que perdiste los ojos en el Chemin des Dames, si vieras a los emboscados del ministerio desfilar en primera línea, te volverías malo, tú, que ni siquiera tienes ojos para llorar. Oyes las campanas y los cantos patrióticos, imaginas los bailes y las payasadas, pero la alegría está tan fuera de lugar después de cuatro años de guerra como las canciones picantes al final de un entierro.

En París, en el aniversario del armisticio, había una multitud. Veías desfilar a los cojos y no podías por menos de alegrarte por haber regresado con todos tus dientes, y te sentiste tan sodidamente mal que decidiste no volver a visitar el monumento a los muertos, en noviembre. A los que no volvieron, los seguías viendo vivos: Gallipot... Potard... Fléton... Morille... Fluir... Cloutier...

Tuviste que recoger muchos pedazos dispersos y pegajosos de tus compañeros. Buscaste sus placas y objetos personales. Los chupatintas enviaron formularios a las familias: *Muerto por Francia el...* 17 noviembre de 1916 *en...* la azucarera de (nombre ilegible) en el Aisne... *Causa de la muerte...* Heridas de guerra... *Nacido el...* 29 agosto 1948. O sea que tenía veintidós años mi abuelo, Henri-Maxime-Joseph. *Grado...* soldado, 149º regimiento de infantería. *Nº matrícula en el cuerpo* 16330. *Nº matrícula de reclutamiento* B78... *Clase* 1914.


Otros se ganaron un bonito monumento, con un inmenso osario en el subsuelo. Tanto si fueron ateos como santurrones, los han alineado unos junto a otros bajo cruces de hormigón... La cruz que va con la medalla de bronce.

A Berlín regresan los héroes, y así es como vuelves a casa. Te cubren de flores, igual que cuando partiste para la matanza. Has vuelto y representas el nuevo espíritu del futuro... Ahora hay que recuperarse. Transformar las derrotas en victorias, no es la primera vez que funciona ese engaño. El pobre chasqueado, al que han engañado como a un chino, recupera la confianza. Confianza en su patria, en un dios o en un jefe. Y muy pronto, pondrás tu destino en manos de uno de los tuyos, que ha conocido como tú el infierno de las trincheras. ¡Y todo lo pasado no habrá servido de nada!... Sí, claro, algunas cabezas lúcidas verán llegar la catástrofe, pero de momento Guillermo se pega la gran vida en los Países Bajos, aquí reina la revolución y esto no puede seguir así, debe reinar el orden, la joven república alemana debe imponerse.

¿Y dónde está el alemán del bosquecillo? ¿Sigue vivo? ¿Anda peleando en las calles de Berlín? ¿En qué bando? ¿En las filas espartaquistas? ¿O con los Cuerpos Francos? ¿Sueña con un mundo mejor? ¿Volveremos a encontrarnos?... ¡Pero entonces que sea sin fusiles en las manos!
Koch Str.

Sólo me queda una mano, la izquierda, la otra se quedó en Argonne. Adiós, Biscorne. Además, había decidido no currar más para tí. Ayer me crucé con su hijo, que iba en una silla de ruedas empujada por una señora de la Cruz Roja. Ni siquiera me reconoció. Louise ha recuperado su trabajo en la plaza Gambetta... Vende crisantemos.

JEAN-PIERRE VERNEY

DOSSIER

JEAN-PIERRE VERNEY

1914

Estamos a **28 de junio de 1914**. Un sol radiante brilla sobre París y, en el hipódromo de Longchamp, el presidente de la República, Raymond Poincaré, asiste a las carreras de la tarde.
Allí, un funcionario del Quay d'Orsay (sede del Ministerio de Asuntos Extranjeros) le anuncia discretamente que el archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austrohúngaro, acababa de ser asesinado, al igual que su mujer, en la

pequeña población bosniaca de Sarajevo.
Nadie imaginaba entonces que ese simple suceso iba a arrastrar, casi por unanimidad, a los más grandes pueblos de Occidente, a una aventura bélica.

¿Quién va a pensar, al saber de la noticia, que mañana la flamante civilización europea va a doblegarse bajo el peso de antagonismos nacionales, y someterse ante los mecanismos implacables de las alianzas militares?
¿Quién puede presentir la llegada de furiosas pulsiones belicistas y las locuras de las jornadas por venir, hinchadas progresivamente por opiniones públicas exacerbadas?

¿Quién se atrevería a desconfiar de los diplomáticos? ¿Acaso no tienen sentido común para convencer a los jefes de Estado de que no hagan caso de las presiones

de todos sus generales, cegados por sus planes?
Ni que decir tiene que esos oficiales se preparan, desde hace años, para la gran confrontación. Pero la ardua responsabilidad de poder declarar la guerra no es de su competencia.
Así pues, en 1914, esa Europa, suerte de faro de la civilización, a quien nadie disputaría su resplandor universal, no tenía nada que temer... salvo a sí misma.
En Francia, las elecciones legislativas acaban de ser ganadas por el Bloque de izquierdas. La campaña ha sido dominada con fuerza por la tan polémica y reciente ley que prolonga a 3 años el servicio militar, y también por el proyecto de implantación de un impuesto sobre los ingresos y la defensa de la laicidad. Sin embargo, desde el 19 de junio, esa nueva Cámara ha votado un préstamo de 800 millones de francos destinados a armamento. Al otro lado del Rin, una escuadra inglesa acaba de hacer una visita de cortesía a la marina alemana en el gran puerto militar de Kiel. Conviene saber que los tres soberanos, el de Inglaterra, el de Alemania y el de Rusia están emparentados. Descienden de la difunta reina Victoria. Nicolás II de Rusia y Jorge V de Inglaterra son primos hermanos y primos del emperador de Alemania Guillermo II.
Esa Europa de 1914 se encuentra radicalmente dividida en dos grupos distintos y antagonistas. Por un lado, la Triple Alianza, formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia; por otro, una

Triple Entente que reune a Francia, Rusia e Inglaterra.
Como era de esperar, esa situación solivianta rivalidades, revela intereses diferentes, atiza competencias comerciales, estimula orgullos nacionales, estigmatiza apetitos colonialistas. Eso a veces ha provocado tensiones, e incluso suscita rumores guerreros, pero de hecho, las crisis siempre han encontrado una solución diplomática.
Es verdad que desde hace 30 años, una carrera de armamento y de efectivos militares, como una suerte de juego sutil aunque peligroso, empuja a Francia y a Alemania a armarse cada

vez más para hacer frente a un posible adversario a su altura.
Ahora bien, el rápido desarrollo de la potencia marina de guerra alemana inquieta, irrita y ofende a la Gran Bretaña, que se sabe dueña de los mares y no acepta ese tipo de competencia.

Por otro lado, en los confines de la Europa oriental, los países balcánicos acaban de vivir dos guerras y, en consecuencia, la retirada del ocupante turco de sus antiguas conquistas. Si bien las diplomacias europeas han participado activamente en

La Guerre Sociale
Défense Nationale d'abord!
ILS ONT ASSASSINÉ JAURÈS
Nous n'assassinerons pas la France
Vive Jaurès!

Regimiento francés en marcha hacia la frontera

los dos tratados que establecen las nuevas fronteras de esa región, no han podido evitar que Bulgaria saliera como la gran perdedora, con sus pretensiones territoriales descartadas en provecho de Grecia.

También es verdad que, desde hace diez años, millones de europeos se han apuntado a las tesis pacifistas de la potencia Internacional obrera y confían en el socialismo para preservar la paz. En Francia, Jean Jaurès, diputado socialista, verdadera "voz del pueblo", es el guía ineludible de esa Internacional. Y aunque el hombre reconoce las necesidades y las obligaciones de la defensa del país para preservar la independencia nacional, tenía en mucho las esperanzas del proletariado y de la CGT. Hacer la guerra en la guerra mediante la huelga general y por qué no, la insurrección, era para la clase obrera, tanto alemana como francesa, el remedio milagroso que podía oponer a los burgueses, a los vendedores de cañones y a todos los que te enviaban a la guerra.

Por lo tanto, no hay razón para preocuparse.

Y así transcurren las cálidas jornadas de julio. En Viena, los funerales discretos de la pareja principesca han concluido y los culpables han sido encarcelados. En Alemania, el Káiser declara a los cuatro vientos su fidelidad incondicional al viejo emperador Francisco-José, que va a celebrar sus 84 años, y a continuación regresa en un crucero.

Así que nada hace pensar que las relaciones entre el Imperio austrohúngaro y el pequeño reino de Serbia hayan empeorado. El estrépito del atentado ya sólo es un murmullo lejano. Sin embargo, en la sombra, unos cuantos se disponen a jugar con el destino de millones de hombres.

Brutalmente, el 23 de julio, Austria envía un ultimátum humillante a Serbia. Las diplomacias europeas intentan reaccionar, pero los clavos belicistas ya están profundamente incrustados en la madera de la cruz sobre la que va a crucificarse el mundo. El 25 de ese mes, el zar de Rusia, que acaba de recibir en visita oficial al presidente francés Poincaré, hace saber que él está del lado de Serbia. Y el 28 de julio, Austria, que se sabe respaldada por el Káiser Guillermo II, abre el gran baile al declarar la guerra a Serbia. El vals de las movilizaciones puede empezar. Tocad a rebato, redoblen los tambores, ya está aquí, para todos..., pero con la creencia tenaz de que sólo durará este verano.

A partir del 30 de julio, unos entusiasmados, otros maldiciéndo y disciplina para la mayoría, más de diez millones de hombres son llamados a filas. En Francia, pese al asesinato de

Jaurès, se forma "la Unión sagrada" ante el invasor. Y se dice adiós a las ilusiones de la Internacional obrera y al espejismo de sus acciones pacifistas.

El 2 de agosto, cuando toca cosechar y en la víspera de las vendimias prometedoras, obreros, patronos, campesinos, burgueses, comerciantes, todos reunidos por la ley, empiezan a cambiar sus ropas de civil por el uniforme, antes de ser invitados a lanzarse sobre el enemigo hereditario. Y ello, siguiendo planes (muy secretos), sabiamente preparados desde hace decenas de años por generales convencidos de su genio y orgullosos de sus maniobras.

Agosto de 1914. Soldados franceses esperando al enemigo.

Septiembre de 1914. Tropas francesas en la batalla del Marne.

Al mismo tiempo, en París, como embriagada por el estado de guerra, una muchedumbre exaltada asalta los establecimientos presuntamente alemanes. Se saquean bares y tiendas por la sencilla razón de sus letreros de resonancia germánica. Pasa eso con muchas tiendas y particularmente las de la cadena "Maggy", que por cierto son suizas.

En aquel entonces, esa casa era muy famosa por la calidad de sus productos naturales, su leche no adulterada y sus esfuerzos con el mundo obrero para proponerle una alimentación sana y barata. Otra marca excita la furia popular, "el caldo Kub". Pero esta vez hay una razón. Desde hace meses, una campaña de prensa orquestada por la extrema derecha y a su chantre Léon Daudet destila insidiosamente que "Maggy" y "Kub" sirven de oficinas al espionaje alemán, y que los mejores carteles publicitarios del caldo Kub son objetivos para atraer la atención de las tropas de invasión. La cosa se vuelve tan seria que el 4 de agosto, el ministerio del Interior exige el arranque de los carteles publicitarios ubicados cerca de las zonas militares y de las instaladas a lo largo de las vías férreas. Esas vías férreas por las que transitan miles de trenes casi tocándose, con su carga de juventud. Sin contratiempos o apenas, como un mecanismo bien aceitado, llevan hacia las fronteras el futuro de la nación. Y en las humedades y tufos de los vagones de ganado los hay que tienen fuerzas para cantar: "*La victoria, cantando, nos abre la barrera. La libertad guía nuestros pasos. Y al norte y al sur la trompeta guerrera suena la hora del combate.*"

Para Francia, el arreglo tiene que ser ofensivo. La infantería es la reina de las batallas, la bayoneta es su antorcha y el cañón de 75 su metrónomo. ¿Cómo explicar ese desprecio del "fuego que mata", el de la metralleta y el de la artillería pesada?

Revanchista, Joffre ataca en Alsacia y acecha al alemán en Lorena, pero el teutón pasa por Bélgica. Esa violación de la neutralidad del territorio belga provoca, y es una sorpresa para Alemania, la intervención británica, mientras las ofensivas de Joffre en Alsacia y en Lorena se apagan como flores de un día. Desde el 25 de agosto, con todos sus ejércitos desbaratados, Joffre debe ordenar una retirada general.

Es el fracaso de todas sus previsiones, y sobre todo para el ejército francés, cuyas bajas llegan a ser aterradoras: hay días con 25.000 muertos.

Mientras tanto, la prensa parisina anuncia en primera página que los cosacos se encuentran a cinco etapas de Berlín, pero no puede ocultar al día siguiente, a unos lectores estupefactos, que el enemigo está a las puertas de París.

El 2 de septiembre, para dar nuevo impulso a la defensa nacional, el gobierno se repliega en Burdeos y confía a un general retirado, Gallieni, la misión de defender la capital. Se trata de un hombre que no goza de la estima de Joffre, que no deja de recordarle constantemente quién manda.

Pero, a menos de 25 kilómetros de París, los ejércitos alemanes realizan una maniobra imprudente. Convencidos que las unidades francesas están deshechas y que los restos del cuerpo expedicionario inglés se dirigen a la costa para reembarcar, los generales alemanes toman la decisión de acelerar el movimiento que les permitirá aniquilar en despoblado a las fuerzas aliadas. En contra del plan inicial, en vez de cercar París, deciden bordear la capital por el norte.

Soldados alemanes.

Soldados franceses.

Ese cambio de dirección, supone para Gallieni una oportunidad inesperada, y le lleve a atacar ese flanco frágil.

Convence a Joffre, no sin dificultad, a aprovechar esa oportunidad, lo que concluye con la batalla del Marne.

El 6 de septiembre, desde Verdún al Oise, 800.000 franceses y 60.000 ingleses se enfrentan brutalmente a 800.000 alemanes. Los combates son violentos, inciertos, pero siempre sangrientos. Delante de Meaux, un oficial muere de pie y frente a la metralla, como ha soñado e incluso escrito: "*Dichosos los muertos por la tierra*

carnal, con tal de que sea en una guerra justa." Se llama Charles Péguy. A pocos kilómetros de allí, cinco soldados, ni mejores ni peores que los otros, pero que retroceden, hambrientos, asustados, con retortijones de tripas debido a los frutos no del todo maduros que han recogido por el camino, son brutalmente masacrados con tiros de revólver por un general: ejecutados "para dar ejemplo".

taxis requisados, llegan al campo de batalla en las inmediaciones de Nanteuil-le-Haudouin.

Esos refuerzos sólo son una gota de agua en la inmensa confrontación, pero sustraen la victoria al brillante general alemán von Kluck, que tanto confiaba en dar un golpe decisivo. Y así, como una suerte de leyenda moderna, la epopeya de los taxis hace su entrada en la historia.

Pero la guerra continúa. Los alemanes, tras un breve retroceso, se recuperan y, aprovechando el terreno, se establecen desde Verdún al Oise en posiciones favorables y fácilmente defendibles.

Se empieza a esbozar una red de trincheras continuas. A continuación, los dos enemigos van a intentar desbordarse gradualmente despanzurrándose en dirección al mar del Norte. Ya nadie da crédito a una guerra corta, ni a cargas de caballería con el mar que en el frente del Este, los dos ejércitos rusos que se habían internado en Prusia oriental acaban de ser destrozados en Tannenberg y a orillas de los lagos Mazures por Hindenburg, viejo general alemán que ha dejado precitadamente su retiro.

La prensa menciona asimismo las dificultades suscitadas por la llegada masiva de decenas de miles de refugiados que han huido ante el invasor. Pero, por encima de todo, se informa a la población de todas las barbaridades cometidas por los ejércitos alemanes. Es una secuencia de detalles acerca de los pillajes, los rescates, las violaciones, los crímenes, los rehenes, las destrucciones de monumentos e iglesias. Se puede saber todo sobre los heridos rematados, los niños fusilados, los curas torturados por los "hunos", los "bárbaros", los "vándalos". Pero el pueblo sigue sin noticias de los suyos.

siones días, en los vagones "8 caballos, 40 hombres". Acostados sobre la paja manchada por el estiércol de caballos, porque a nadie se le ocurrió limpiar los vagones ni cambiar los jergones.

Y los combates continúan. Sobre las mujeres, los niños y los ancianos recae ahora la ardua tarea de seguir haciendo funcionar la economía. Hay que alimentar a los ejércitos, cambiar los aparatos usados o estropeados, reemplazar los fusiles perdidos y proporcionar a los cañones con qué rugir.

La pieza del 75, esa magnífica "joya" francesa, pero que tiene un alcance inferior al de la artillería pesada alemana, reclama obuses.

Pero no se ha previsto nada, porque se daba por descontado que la guerra no duraría más allá de seis u ocho semanas. Por otro lado, las fábricas están vacías, pues los obreros están en el frente. Así pues, hay que suplir con toda urgencia esa falta

Sin embargo, esas decenas de miles de hombres que se retiran desde hace casi dos semanas, sin avituallamiento regular, bajo un calor sofocante, sudando bajo el peso de un equipo "mal hecho" de cerca de 25 kilos y un uniforme impropio de la estación veraniega, se recuperan y vuelven a la carga.

Y muchos van a caer a la sombra de las espigas maduras. Otra iniciativa de Gallieni: unos 2.000 soldados de infantería, a bordo de varios centenares de

sable en alto para luego volver a casa por Navidad.

En la retaguardia, la población ha sido intoxicada con informaciones sobre la brillante victoria del Marne y su artesano, el general Joffre. Pero se ignora a Gallieni, la censura está de guardia y ha elegido campo. Todos los periódicos hablan del valor del ejército profesional británico, alaba la increíble resistencia del anticuado ejército belga, realza el coraje de su pueblo y lisonjea a su rey. Pero también tienen que informar

Sabe, eso sí, que hay prisioneros, heridos y muertos. Cada día, a todas las estaciones, llegan trenes cargados de centenares de víctimas. Hay que improvisar hospitales, encontrar personal, gestionar los espantosos sufrimientos de los cuerpos y también la angustia de las almas.

Resulta que muchos de los heridos evacuados, y que esperaban ser salvados, mueren de modo atroz víctimas de la gangrena gaseosa. Han estado viajando durante horas, y en ocade mano de obra, de acero, de herramientas, pero también de pólvora y de explosivos. ¿Y cómo conseguir esto último? El principal abastecedor de productos químicos, los que usan las fábricas de pólvora nacionales, es la poderosa industria alemana... La crisis va a adquirir tal importancia que a finales de 1914, Joffre estará contando diariamente el número de obuses disponibles para cada cañón. Y la historia continuará trágicamente en 1915: hablaremos de ello más adelante.

Ernest

Ernest

Por el momento, los combates se alejan progresivamente de la región parisina, pero siguen siendo violentos y mortíferos.
Tanto para el alemán como para el francés, se trata de abatir al adversario. Y así, para satisfacer las necesidades imperiosas que reclama la batalla, decenas de miles de hombres son desplazados del este al oeste, pero sin éxito notable. Y muy pronto las líneas se acercan a la frontera belga.
Ha llegado el otoño, con sus escarchas invernales. Los soldados, duramente castigados por los combates y las condiciones traumáticas de vida, tienen que enfrentarse ahora al frío y a la lluvia. Y, ni que decir tiene, no se ha previsto nada. Las telas de tiendas de campaña escasean, las mantas proceden por lo general de saqueos en las casas, y los capotes están hechos trizas.
Para acelerar la confección de ropa se contacta con el gran costurero Paul Poiret, que concibe un nuevo capote, más fácil de llevar (cuenta con un cuello doblado), más rápido de fabricar (se simplifica el corte), económico (necesita menos tela y limita el número de botones), cortado en un paño de un nuevo color, el azul horizonte. Pero todavía estamos lejos de la elegancia del soldado profesional británico y de la calidad de sus equipos. Además, los oficiales ingleses se muestran a menudo escandalizados, por no decir otra cosa, por la falta de distinción y también de nobleza de muchos generales franceses, republicanos y sin blasones.

Diciembre de 1914. Cientos de miles de heridos.

Sin embargo, el pequeño ejército británico sigue luchando al lado de sus "hermanos de armas" franceses y belgas.
Y pasan los días.
Ahora, el comunicado diario y oficial habla de peleas en la llanura baja del Yser. Para detener el avance alemán, los belgas abren las esclusas que regularizan el flujo de las mareas, y poco después la región se transforma en un inmenso lago donde se pierden los hombres, se ahogan las bestias y se enlodan los cañones. No obstante y pese a eso, los combates se redoblan en intensidad.
El bando alemán recibe la llegada masiva de toda una juventud estudiantil que se ha alistado voluntariamente en agosto. Tras una somera instrucción, va a ser inmolada trágicamente al ritmo de asaltos repetidos. Hoy en día todavía recuerdan en Alemania aquella "masacre de inocentes".
Del lado francés, son los días de la epopeya de los fusileros franceses, pero cuántas miserias para las tropas de África del Norte y del África negra que lucharon en ese sector.
Por fin, a principios de diciembre, tienen lugar las últimas agarradas a orillas del mar del Norte. La carrera hacia el mar termina en una suerte de empate.
Sobre casi 800 kilómetros de frente, los dos bloques permanecen ahora enterrados en sus trincheras. Las tropas están agotadas; las municiones, racionadas; las bajas, inmensas.
Once departamentos franceses, de entre los más ricos, empiezan a vivir bajo ocupación alemana, y la población descubre, agobiada, la dureza de las múltiples medidas impuestas por los "Kommandantur".
Peor aún es el caso de las minas de carbón y de hierro, las fábricas de hilados y los altos hornos, que representan un apreciable potencial industrial, y que están en manos de la economía de guerra del Reich.
La guerra podrá continuar.
Las fiestas de Navidad se concretan. Desde Washington, el presidente americano ofrece su mediación, mientras que el papa, en Roma, propone una gran tregua para la Navidad que se avecina. No tarda en ser rechazada por el conjunto de gobernantes, aunque se abre camino por entre las trincheras, donde alemanes y británicos, en particular, se atreven a confraternizar.

Pero es el caso de unos pocos. Los más yacen bajo tierra, muertos por la "Patria", el "Rey", el "Emperador" e incluso "Dios".

Balance del año 1914

**350.000 franceses, 250.000 alemanes
20.000 ingleses, 15.000 belgas, 200.000 rusos
murieron en cinco meses, sin contar los serbios, austriacos, húngaros, turcos y japoneses.**

Batalla del Marne - Del 5 al 13 de septiembre
Del lado francés: 21.000 muertos,
122.000 heridos, 84.000 desaparecidos.
Del lado inglés: 3.000 muertos
30.000 heridos, 4.000 desaparecidos.
Del lado alemán: 43.000 muertos,
173.000 heridos, 40.000 desaparecidos.

JEAN-PIERRE VERNEY

1915

Una vida de topo.
El invierno se ha instalado para largo. ¿Qué ha sido de las ilusiones y certidumbres populares, tan cacareadas al inicio de la guerra? ¿Qué queda de los planes y doctrinas de los estados mayores elaborados tan larga y minuciosamente para ganar la guerra en ocho semanas? Desde el mar del Norte a la frontera suiza, los combates se han convertido desde hace tiempo en una guerra de trincheras. Han tenido que comprender y adaptarse a esas nuevas condiciones de vida, pero también de combate.
En Alemania, el nuevo comandante en jefe, el general **Falkenhayn**, quiere dar prioridad a la aniquilación de los ejércitos rusos, y pretende permanecer a la defensiva en el frente francés. Los franceses y los ingleses, en cambio, quieren llevar la iniciativa.
Los ingleses, que dudan poder romper el frente al oeste, buscan otro teatro de operaciones, y se vuelven hacia Oriente. Eliminar Turquía limitaría la amenaza naval en el Mediterráneo, reforzaría

Tropas aliadas en Gallípoli (Turquía).

el cerco de Austria-Hungría y de Alemania, aliviaría el frente ruso y facilitaría las comunicaciones con ese aliado. Así pues, deciden forzar el estrecho de los Dardanelos. Una primera operación naval en el mes de febrero se salda con un fiasco. En marzo, un segundo intento, mediante una poderosa flota anglofrancesa, turcas, los soldados aliados se encuentran en una situación particularmente difícil. Los combates en un terreno hostil, las enfermedades, las dificultades para abastecerse, sin olvidar las moscas y las ratas,

obtiene idéntico resultado. En unas horas, tres acorazados, uno de ellos francés, son hundidos y

otros cuatro resultan seriamente dañados. Este nuevo fracaso lleva a los ingleses a intentar un desembarco en la península de Gallípoli, en la extremidad sur de los Dardanelos. El 25 de abril, franceses, ingleses, australianos y neozelandeses se lanzan sobre las playas, pero son contenidos y no pueden prosperar en su avance.
Envían nuevos refuerzos, pero cada vez, las tropas turcas, dirigidas por un general alemán, impiden toda progresión hacia el interior. Dominados desde las alturas por las tropas

provocan la muerte de más de 160.000 soldados, de los cuales 30.000 son franceses.
Ese ataque se convierte en un sonado fracaso. A finales de 1915, cuando Berlín y Viena, con el respaldo de los búlgaros (que acaban de incorporarse a los imperios centrales), deshacen los ejércitos serbios, se decide el reembarco y una parte de las tropas retiradas de los Dardanelos se envía a la ciudad de Salónica, en Grecia.

A principios del mes de enero de 1916 ya no hay soldados aliados en los Dardanelos. Pero un nuevo frente, bajo mando francés, se abre en los Balcanes: el llamado ejército de Oriente.
Por su parte, el general Joffre, cabezota, pero que se ve idolatrado por la prensa y como venerado por la población, se niega a aceptar el inmovilismo. Está convencido de que la iniciativa es la única manera de provocar la ruptura de las líneas alemanas y de obligar a retroceder al adversario. Así pues, va a perseverar a lo largo de todo el año en la acción ofensiva. ¿Es consciente de la incontestable superioridad de la artillería pesada alemana asociada a una inteligente estrategia defensiva? ¿Está de verdad informado del estado de cansancio de sus hombres? ¿Analiza la verdadera causa de las penurias en municiones y conoce la fragilidad de la herramienta industrial?
Habrá que esperar a mediados del año para ver instalarse un embrión de plan de economía de gue-

Artillería francesa en el frente serbio.

Primavera de 191[illegible]

rra y programas de producción.
¿Ha tomado nota de los daños causados por la doctrina de la ofensiva a ultranza?
¿Se percata de que los medios de defensa, que se perfeccionan cada día, limitan o neutralizan todas las acciones ofensivas?
¿Imagina el día a día de esos pobres tipos, andrajosos, embarrados, malolientes, helados de frío,

sin equipos apropiados, soterrados en sus madrigueras y que se preguntan si llegará el día en que eso se acabará?
Ese soldado del invierno de 1914-1915, que se parece a un trapero, tanto por su manera de vestir como por su manera de vivir, llegará a ver que los uniformes provisionales son reemplazados por los nuevos de un azul claro, que no tardó en llamarse azul horizonte. En julio se distribuyen los primeros cascos de acero, que identificarán durante mucho tiempo a la silueta del soldado francés de la Primera Guerra, haciéndole entrar en la gran historia. Sin embargo, hubo que defender ese casco.
Con la aparición de las trincheras, se observa un recrudecimiento de las heridas en la cabeza. Se requiere una protección, pero Joffre considera que el acero debe servir ante todo para fabricar obuses. Incluso afirman que dijo que no veía el interés de fabricar un casco cuando la guerra acabaría antes de que pudiera ser distribuido. Un intendente militar, llamado Adrian, propone entonces una protección provisional, un sencillo bonete de chapa, semiesférico. Fue fabricado y distribuido a toda velocidad, pero no fue del agrado de los usuarios, si bien se constató de inmediato una verdadera disminución del número de heridas en la

Trincheras alemanas en las dunas del mar del Norte.

cabeza, así como una menor gravedad.
Como la guerra siguió adelante, Adrian propuso una nueva protección más adaptada y práctica. Era un casco de acero, fácil de fabricar y poco costoso.
Cuando por fin fue aceptado, se fabricó en serie y se distribuyó rápidamente, de manera que a últimos de año más de tres millones de cascos ya habían sido repartidos entre las tropas.
Hay otro problema revelador de la falta de prelación industrial francesa: la escasez de fusiles. Los combates, la retirada y las pérdidas mensuales representan en ese principio de año más de 450.000 fusiles Lebel, o sea 1/6 de las armas disponibles. La producción cesó en 1904 y no se contempló fabricar más en caso de conflicto. El Ministerio de la Guerra se esfuerza por hacer pedidos, sobre todo en el extranjero, pero sin resultado. Una segunda solución, nada satisfactoria para las tropas del frente, consiste en transformar los 700.000 fusiles de un tiro del viejo modelo 74 llamado Gras, para que pueda usar los cartuchos de 8 mm del fusil Lebel.
En enero, 40.000 fusiles Gras reconvertidos son entregados al ejército. Pero habrá que esperar a mediados de año para que se inicie, con ayuda de la industria privada, la producción de un nuevo fusil, el modelo 07-15, a partir de un arma creada en su origen por las tropas indígenas, dotado de un cargador para tres cartuchos.

En la retaguardia de las líneas francesas

En la retaguardia de las líneas [illegible]

Granadas artesanales francesas.

El mando, en cambio, que venía estudiando y experimentando desde principios de siglo el uso de armas ligeras automáticas, se decide a reforzar la potencia de fuego de la infantería. Acuerdan, precipitadamente, la fabricación de un fusil ametrallador, a partir de un prototipo ensayado en 1910, y al parecer apto a una producción en masa. Es el fusil ametrallador modelo 1915, llamado Chauchat. Tras un arranque difícil, en octubre de 1915, la producción supera los 13.500 ejemplares mensuales. Esta arma, que será muy criticada, prefigura sin embargo las producciones en masa y de bajo coste de las armas automáticas de la Segunda Guerra mundial.

Joffre, que se va imponiendo poco a poco, pese a no tener títulos, como jefe de los ejércitos aliados, ¿está también obsesionado con el mito del ataque a toda costa? Sin tardanza, impone en el frente occidental una sucesión de ofensivas de ruptura, cada vez más potentes, pero también cada vez más mortíferas.

La cosa empieza en Champagne a principios de 1915, donde 90.000 hombres apoyados por 200 cañones viejos no consiguen sino arañar las líneas alemanas, operación que se repite inútilmente en el departamento francés de Aisne.

En primavera, el Gran Cuartel General ordena una serie de ofensivas en el frente del Artois. Y, siempre optimista, Joffre declara a Poincaré, presidente de la República: "Espero conseguir una batalla decisiva en Francia antes del mes de mayo." Ni que decir tiene que se habían obtenido éxitos locales, pero a un alto precio. Y así, en otoño, Joffre lanza su ofensiva de la victoria. 300.000 hombres apoyados por 2.000 cañones atacan en Champagne en un frente de menos de 35 kilómetros, y otros 100.000 se lanzan al asalto en la ya muy ensangrentada tierra de Artois. Por supuesto que se ganó algo de terreno, se tomaron algunas crestas, se cruzaron unos bosques, se conquistaron algunas primeras líneas. Hubo hombres, incluso, que alcanzaron en esa tierra gredosa de la Champagne, la retaguardia de las líneas alemanas, pero tuvieron que detenerse, agotados, y los refuerzos que esperaban no llegarían nunca.

Así pues, se ganaron unos cuantos kilómetros, pero la multiplicación de cementerios que jalonan la línea de fuego da idea del precio que hubo que pagar por ello. La población nada sabe de esa abundancia de cruces. Se la engaña y condiciona con una información controlada. La censura impide toda crítica contra el gobierno, el ejército, sus jefes y el estado de guerra en general. En cambio, el país se ve inundado de noticias tranquilizadoras acerca de la complicidad y los éxitos de las tropas de la Entente, el éxito del bloqueo marítimo y el hambre que se ceba en los imperios centrales. Al mismo tiempo, "la comida de coco" insiste sobre la mala calidad de las municiones alemanas, se jacta de la cobardía de los "boches", y multiplica sus pérdidas. Se mantiene al pueblo muy alejado de la realidad de la guerra. Los mismos combatientes, tanto para tranquilizar a los suyos como por pudor, callan en parte los horrores que viven cada día.

Si la obstinación, rayana en lo excesivo, y la falta de imaginación caracterizan bien esas grandes ofensivas de 1915, ¿qué decir de las operaciones locales que a lo largo de todo el año van a ser lanzadas sobre las posiciones alemanas? Su objeto, a menudo, no es otro que mantener la moral de las tropas y procurar que el enemigo se sienta inseguro, y por lo general no dejan de ser incoherentes, habida cuenta de los resultados, los costes y las bajas.

Argonne, Woëvre, Vosges, Vauquois, Éparges, Linge, Vieil-Armand, ¿cuántos sectores van a tener que enfrentarse en peleas furiosas y sangrientas,

Una de las primeras morteros franceses, el llamado "Crapouillot".

que costarán la vida a cientos de combatientes cada día y a veces durante semanas sin parar? ¿Y todo para ganar unos metros de terreno, el hoyo de una mina, un observatorio, un bosque que de bosque sólo tiene el nombre o un pueblo completamente en ruinas?

Es verdad que el trazado de líneas francesas, lejos de ser siempre favorable, podía imponer rectificaciones del frente, pero el que decenas de miles de hombres murieran por eso demuestra ante todo la cabezonería de los estados mayores, incapaces de adaptarse a esa guerra de posiciones. Y peor aún: las pérdidas eran tan desastrosas que llevaban a nuevas intentonas. Había que justificar el que los sacrificios precedentes no fueran en vano.

Esa guerra de topos exige armas, materiales y protecciones particulares, nada de lo cual hay. Mientras se espera a que la industria produzca artillería de trincheras, granadas, escudos, chapas para los refugios y alambradas de espino en cantidad, los combatientes franceses van a tener que buscar soluciones, rudimentarias pero apropiadas, para responder al tiro de los numerosos morteros alemanes instalados en primera línea, así como a los lanzamientos de granadas de mano y de fusil, distribuidas a profusión. Para las granadas, una pequeña pastilla de explosivo, una mecha, una botella o una vieja lata de conservas llena de piedras, de clavos o de esquirlas, ésa es la primera invención francesa. Por supuesto que existe una granada reglamentaria, una sencilla bola que se usaba ya en el Primer Imperio, pero generalmente como dotación para la defensa de los fuertes, que sólo llega a las trincheras en pequeñas cantidades. Así, rápidamente, los ejércitos reaccionan y fabrican, con los elementos que tienen a mano, raquetas y petardos, pero se trata de algo de lo más rudimentario.

La guerra de trincheras

Tanto militares como civiles, industriales extranjeros o franceses, cada cual tiene su invento o su modelo. Se prueban decenas de aparatos diferentes, se compran decenas de otros, pero habrá que esperar a final de año para que los combatientes reciban modelos reglamentarios, seguros y eficaces.

En cuanto a la artillería de trinchera, lo que sigue imponiéndose es el sistema D. Los pocos morteros que datan de Luis-Felipe, sacados a toda prisa de los arsenales, no bastan para compensar la inferioridad francesa. Se piensa en utilizar el cuerpo de los obuses alemanes de balas del 77 y del 105 como lanzador, y fabricar proyectiles a partir de los casquillos de artillería. Es el origen de los pequeños morteros llamados "Cellerier".

Estos morteros verdaderamente rústicos son sencillos de fabricar y fáciles de manejar, y serán a menudo, a finales del otoño y durante el invierno de 1914-1915, la única respuesta a los poderosos materiales alemanes.

Pero será un militar quien interceda con Joffre para obtener los medios de experimentar y fabricar el primer cañón de trinchera realmente serio, el mortero del 58. Y aunque fabricado a toda prisa, con elementos de aquí y de allá (no es sino un simple tubo al que se le enmanga la breve varilla de un gran torpedo de aletas), no tarda en imponerse en primera línea.

Recibió el nombre popular de "crapouillot" (sapito), fue mejorado rápidamente, y se fabricaron varios cientos de ejemplares, que podían lanzar a 200 o 300 metros torpedos cada vez más pesados y devastadores. Por lo general lo usaron los "cabezas locas", su llegada a las trincheras de primera línea no fue precisamente apreciada por el soldado de infantería, pues su presencia solía anunciar un golpe de

Septiembre de 1915. Prisioneros alemanes

mano o la preparación de una ofensiva, y sus disparos atraen y concentran las peligrosas y temidas réplicas alemanas.
De hecho, son los alemanes quienes se adaptan mejor a esa agotadora guerra de trincheras. Sin embargo, pese a su superioridad en artillería, a su estrategia defensiva y a toda una tradición de soldado atrincherado, así como la convicción de haberse instalado para mucho tiempo, el ejército alemán, a lo largo del año 1915, se verá también obligado a usar morteros y municiones artesanales.
Sin embargo, Alemania, reconocida como la primera potencia industrial y química de Europa, va a intentar superar, rápida y brutalmente, el inmovilismo provocado por el enterramiento de los combatientes. Y para ello tomará la delicada responsabilidad de emplear el gas de combate. En realidad, ya antes de que estallara el conflicto, había en Berlín, en el Ministerio de la Guerra, una sección científica que trabajaba sobre la utilidad militar de los descubrimientos científicos e industriales.

Bajo la autoridad de un químico de fama internacional, Fritz Haber, parte de los estudios estaban dedicados al uso de productos sofocantes capaces de provocar la incapacidad del adversario. Y eso en clara contradicción con los acuerdos internacionales de La Haya, firmados en 1889, que prohibía el empleo de armas químicas y líquidos inflamables.
A finales de 1914, se llevaba a cabo un ensayo en el frente ruso, pero el frío altera la gasificación de la capa de cloro, limitando sus efectos deletéreos. Los soldados rusos solo sufrieron molestias. Así pues, decidieron llevar a cabo un nuevo intento, pero esta vez en el frente occidental y en un espacio mucho más ancho.

A principios de abril, en el sector de Ypres, en Bélgica, un desertor alemán informa que el enemigo prepara una poderosa ofensiva que sería precedida por la emisión de gas tóxico. Pese a indicaciones muy precisas, la información no se toma en serio y ni se da la alerta ni se informa a las tropas. El 22 de abril, a última hora de la tarde, soldados de infantería franceses, belgas, ingleses y canadienses ven con curiosidad cómo se levanta de las trincheras alemanas una vaporosa nube verdosa. Empujada por una brisa, esa primera emisión, que no es sino una capa de cloro, provoca más de 5.000 muertos. Pero los alemanes no pueden explotar el efecto sorpresa, y esa nueva arma que debía significar el final de la guerra no va a ser, en definitiva, sino uno más de los múltiples tormentos que tuvieron que padecer los combatientes.
A toda prisa, ambos campos van a emplearse a fondo para mejorar la toxicidad de los gases utilizados, hacer progresar los medios de dispersión de los productos y proporcionar a los soldados una protección individual. Al principio son simples compresas, y luego incorporan unas gafas, y después capuchas, hasta llegar a ser verdaderas máscaras con cartones filtrantes.

En esa misma época, siempre en contradicción con los acuerdos internacionales de La Haya, los alemanes, en Argonne, utilizan por primera vez líquidos incendiarios, arrojados por medio de un lanzallamas. Esa arma no va a revolucionar la guerra, pero aumentará su lado cruel e inhumano.
También es en esa región donde una pequeña loma, la de Vauquois, coronada por un humilde pueblo lorenés, va a convertirse en un sitio relevante de otra forma de guerra: la guerra de las minas. Esa antigua práctica de la guerra de asedio tendrá lugar en esa colina durante meses. Los gastadores alemanes y los zapadores franceses van a librar una angustiosa batalla subterránea, cavando cientos de metros de galerías, cargando decenas de cámaras de explosión con toneladas de explosivos.
Y sobre la loma, los soldados de infantería, impotentes, sólo podían esperar ser relevados antes del estallido de una explosión. El pueblo será pulverizado hasta no quedar piedra sobre piedra, la cima será acribillada con cráteres cada vez más profundos, y desaparecerán decenas de hombres, sepultados o destrozados. ¿Estaba justificada aquella guerra angustiosa? Volatilizar unas decenas o centenares de metros cuadrados sólo podía servir para masacrar unos cuantos hombres más.
Ante tantas desgracias, angustias y tormentos, el soldado sólo puede esperar a que acabe aquello. Para algunos, la prueba es tan dura que no dudan en automutilarse o incluso suicidarse. Para otros, lo importante es alejarse de aquel infierno provocándose síntomas, lesiones o enfermedades: intentos desesperados para ser evacuados. Algunos médicos se complacen, sin criterio alguno, en acusar a heridos, unas veces con razón y otras sin ella, de manera

que enviarán a unos cuantos ante el pelotón de ejecución. Ahora, la justicia militar es muy rápida, y además sirve para dar ejemplo. La negativa a obedecer y el abandono del puesto ante el enemigo son cosas que no se perdonan. Más grave e inquietante es la diezma. En ciertos casos se trata de una selección de hombres elegidos al azar, que deben responder en nombre de la compañía o del batallón porque las órdenes, a menudo imposibles, no

Septiembre de 1915. Tras el asalto, soldados franceses con el casco Adrian.

han sido ejecutadas. Algunos oficiales abusan de los consejos de guerra, se cometen injusticias, crímenes evidentes, errores garrafales. Pero la disciplina debe restablecerse por encima de todo, como la fuerza primordial de los ejércitos.
Para otros, poco numerosos, quedaba la deserción o la rendición al enemigo. El mismo Joffre hace saber que cuando acabe la guerra se juzgará a los prisioneros que regresen.

Y sin embargo, la vida cotidiana en primera línea es un verdadero calvario con numerosos caminos sembrados de cruces. La muerte planea sobre las tropas permanentemente, y la higiene más elemental es imposible. Las faenas extenuantes, tanto de día como de noche, derrengan a los soldados. Las trincheras son inmundas, fangosas, fétidas y, del lado francés, donde todavía vibra la esperanza de que sea provisional, los hombres se dicen ¿a qué molestarse? La promiscuidad, el aislamiento, la falta de noticias, y ello pesa sobre todo en los hombres procedentes de los departamentos ocupados, provocan melancolía y depresiones. Ahora bien, inconscientemente, se dedican a actividades manuales para no pensar en esas cosas. Y así, en 1915 tiene lugar en el conjunto del frente toda una producción de objetos utilitarios o artísticos que no tarda en llamarse artesanado de las trincheras. Pero también es el año en que surge una prensa muy particular: la del frente. Aquellas pequeñas gacetas eran sabrosas, emocionantes y a menudo precarias, pues sus redactores, no sabiendo lo que pasaría al día siguiente, tendían a reírse de todo. Eran más o menos profesionales, sin fecha fija de aparición, e inquietaban en gran manera al Gran Cuartel General, pero a la larga, esa prensa "azul horizonte" se vio alentada por el mando.

Otoño de 1915. En la retaguardia de las líneas británicas.

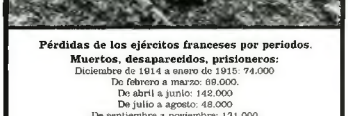
Otra gran decisión muy esperada y que va a contentar tanto a los combatientes como a sus familias, entra en vigor a partir del mes de mayo: los permisos. Claro que no son muy largos, sólo 5 días, sin contar el tiempo que se tarda en ir y volver. Pero el hecho de volver al hogar, de ver a los padres, a los hijos, a los amigos, lavarse y pasearse sin arriesgar la vida, son momentos magníficos lejos de la matanza y del infierno.
Y mientras tanto, los gendarmes y los alcaldes son los encargados de informar de los muertos a sus familiares. Pero a la manera de un último homenaje, el legislador crea la Cruz de Guerra, decoración "para los valientes", y decide en julio que, por cada soldado o civil muer-

Un taller de fabricación de artesanía de trinchera.

to por el enemigo, la mención "Caído por Francia" figure en los registros del estado civil.
Y en la trinchera, el soldado sigue encorvando el espinazo. En mayo, tiene lugar un acontecimiento que acaso llega a tranquilizarles. Italia, tras semanas de negociación y de sórdidos tejemanejes, se decide a declarar la guerra a los austriacos. Y ese nuevo frente europeo no ha de tardar en convertirse, a su vez, en un inmenso sepulcro.
Y la guerra continúa. Joffre, que carece de artillería pesada, desarma los fuertes y reúne los antiguos cañones del sistema de Bange en los sectores más peligrosos. Pueden, como mucho, lanzar un obús cada tres o cuatro minutos. Pero la artillería de campaña pasa por una grave crisis. Los nuevos obuses del 75, fabricados a todo correr, por medio de un torno y ya no de una forja, estallan al disparar en el tubo del cañón. Cientos de piezas del 75 se declaran inútiles tras haber matado y herido a sus artilleros.
Y la guerra continúa. En el frente ruso, los alemanes y los austriacos obligan a las tropas del zar a retroceder más de 150 kilómetros, pero no consiguen aniquilarlas pese a las fuerzas considerables que lanzan en su persecución.
En otoño, Bulgaria se deja contagiar por las pulsiones bélicas, y se asocia a los austroalemanes invadiendo Serbia. Atacada por el norte y el este, el grueso del ejército serbio se ve obligado a batirse en retirada hacia la costa adriática. Y los refuerzos franceses procedentes de Salónica, llegan demasiado tarde. Pero ese ejército de Oriente, desdeñado por Joffre, que quiere guardar sus fuerzas para su propio frente, dará que hablar un poco más tarde.
En Oriente Medio, en el frente del Cáucaso, rusos y turcos se enfrentan, mientras que más al sur, un ejército otomano no alcanza a cruzar el canal de Suez, pues los británicos incorporan constantemente refuerzos procedentes de la India, Australia y Nueva Zelanda. Pero se inicia una nueva tragedia: la deportación de las poblaciones armenias.
En el desierto de Mesopotamia, las tropas británicas que se dirigían a Bagdad deben replegarse para acabar rindiéndose a los turcos. La Inglaterra imperial sufre ese desaire de manos de las poblaciones árabes. Y en África, casi todas las posesiones alemanas están en manos de los aliados.
Y la guerra continúa. En diciembre, Joffre es nombrado comandante en jefe de los ejércitos franceses, y cuando le preguntan cómo van sus operaciones militares, comenta, al hablar de los alemanes: "Les voy mordisqueando." ¿Está al tanto de la cifra de muertos desde enero? Nada menos que 350.000 soldados que hay que añadir a los muertos en el año 1914.
Pero la preocupación fundamental de Joffre, de momento, es la reunión de todos los jefes de los ejércitos aliados en su Gran Cuartel General de Chantilly. Es hora de programar las grandes ofensivas de 1916. Ataquemos, ataquemos, al este, al sur, y al oeste, pero ataquemos en todos los frentes. En ese momento, en Berlín, el alto mando decide dirigir su mayor esfuerzo contra el frente occidental: Francia es el enemigo que hay que vencer, y Verdún el objetivo elegido.

Diciembre de 1916. Todos los jefes aliados en el Gran Cuartel General de Chantilly.

En las líneas alemanas.



Pérdidas de los ejércitos franceses por períodos.

Muertos, desaparecidos, prisioneros:
Diciembre de 1914 a enero de 1915: 74.000
De febrero a marzo: 69.000.
De abril a junio: 142.000
De julio a agosto: 48.000
De septiembre a noviembre: 131.000
Total: **464.000**

Número de heridos del año 1915: 1.326.911
Enfermos: **1.177.390**
Pensionados el 1 de enero de 1916: 278.000

Batalla de Champagne
del 25 de septiembre al 15 de octubre de 1915:
Muertos, desaparecidos, prisioneros: **91.509**
Heridos: **93.305**

JEAN-PIERRE VERNEY

1916

Al cabo de 16 meses de mando, Joffre ya no es el jefe incontestable. La clase política apartada de las decisiones militares desde agosto de 1914, ostensiblemente desinformada por el GCG y mantenida a raya por el generalísimo, empieza a reaccionar. Las interrogaciones y los motivos de descontento se acumulan.

Deficiencias del mando, carencias materiales notorias, torpezas diplomáticas, conducción de la guerra, son muchos los puntos que los parlamentarios recalcan y discuten. Para disipar las dudas y hacer callar ciertas críticas, el presidente del Consejo, Aristide Briand, que espera reanimar la unidad nacional, nombra a Joffre, el 2 de diciembre de 1915, comandante en jefe de los ejércitos franceses. Era algo que Joffre estaba esperando, pues opinaba que a las fuerzas francesas le faltaba un comandante en jefe. Y naturalmente ambicionaba para sí ese puesto. Así pues, era un paso importante para lograr lo que se proponía.

Cocina móvil.

Y así, el 6 de diciembre, un Joffre confiado reúne por iniciativa propia en su Gran Cuartel General de Chantilly a los principales responsables militares aliados, que aceptan por unanimidad su proposición de ofensivas simultáneas sobre el conjunto de frentes de los ejércitos de la Entente. El momento ideal para atacar debía situarse a principios de verano.

El éxito de ese gran consejo de guerra demuestra que los jefes militares le reconocían una surte de supremacía en el mando. Sin haber sido designado, estaba considerado el jefe de los ejércitos aliados. Pero el general Haig, comandante de las fuerzas británicas, también se veía en el papel de responsable de las operaciones en el frente occidental. Conforme a las directivas de Joffre, se adopta un plan de ataque en el frente occidental a principios de febrero. Dirigirá la batalla el general Foch, que estará al mando del ejército del Norte, y el ataque se realizará en el Somme con 42 divisiones apoyadas por 1.700 cañones pesados. Ahora bien, los británicos, por su lado, llevan a cabo su propia operación, en detrimento del ataque masivo aprobado en Chantilly. Del lado alemán, enfrentado a las consecuencias ahora indiscutibles del bloqueo marítimo aliado, y no habiendo obtenido la victoria esperada sobre el frente ruso, era vital acabar con la prolongación de la guerra. Y una victoria militar de envergadura sobre Francia o Gran Bretaña debería dar paso a la apertura de negociaciones. En esas condiciones, serían favorables para Berlín.

Así, Falkenhayn, el generalísimo alemán, rehén a lo largo del año 1915 de la irritante elasticidad del frente ruso, decide enviar de repente sus fuerzas sobre el frente occidental con la intención de poner toda la carne en el asador.

Sin embargo, a principios de enero, enfrascado en la preparación de su "golpe de gracia", Joffre hace oídos sordos a diferentes chismes que hablan de la región de Verdún y que llegan hasta Chantilly. Son indicios, cada vez más precisos, que se convierten en informaciones que hablan de los preparativos de un ataque alemán ante Verdún para principios del mes de febrero.

La calma antes del ataque alemán.

Fuerte de Douaumont. Enero de 1916.

21 de febrero, el barrio abierto

Los rumores llegan hasta el Parlamento y el Elíseo. Poincaré se inquieta. Hace saber a Joffre que está considerando recorrer cuanto antes la región fortificada de Verdún para percatarse por sí mismo de la situación. Pero Joffre le convence de que no lo haga, y luego se ofrece para acompañarle. Y Poincaré acepta. Espera, en Verdún, poder exponerle las cuestiones graves y urgentes que le preocupan. De hecho, ha sido informado por varias fuentes del estado pésimo de las defensas en la vanguardia de Verdún. Driant, un oficial, que al mismo tiempo es escritor y diputado, lleva semanas alarmando de la ausencia de una segunda línea y de las dificultades para obtener los materiales que deben servir para reforzar las posiciones. Unos generales, confusos por ciertas decisiones dictadas por el Gran Cuartel General, no se han hecho de rogar para informar a unos parlamentarios interesados en lo que tenían que decir. Pero el silencio de Joffre persiste. Poincaré insiste y comunica sus temores a Gallieni, el nuevo ministro de la Guerra. Y entonces Joffre, acosado, responde, tranquiliza, justifica, pero muy disgustado al verse criticado en su papel de comandante, exige saber la identidad de sus detractores. "El solo hecho de que el gobierno acepte comunicaciones de ese tipo (...) puede provocar un malestar profundo en el espíritu de disciplina del ejército."

Sin embargo, el 19 de enero, envía al general de Castelnau a inspeccionar la región. Éste, a su vuelta, hace entrega de un informe muy severo, incluso alarmista, acerca de las débiles defensas del sector.

Fuerte de Douaumont, enero

Pero Joffre, enteramente concentrado en la preparación de su batalla del Somme, no quiere dejarse influenciar. Para él, "desde el punto de vista estratégico, Verdún, visto desde el lado alemán, no se justifica". "La conclusión de la guerra solo se podrá conseguir por una conmoción de grande envergadura, y ese terreno no se presta para ello." Habrá que esperar al 10 de febrero para que, en Chantilly, admita la posibilidad de un poderoso ataque alemán contra Verdún y dé órdenes para preparar el envío de materiales, cañones (170) y tropas a la región fortificada.

En ese momento, gran parte de las unidades de asalto de Kronprinz ya están en sus puestos, agazapadas en las trincheras de salida. Los alemanes han fijado el ataque *Juicio Final*, tal es el nombre codificado de la operación, para el sábado 12 de febrero.

Pero ¿por qué Verdún?

En 1914, el lugar demostró sus posibilidades de resistencia al bloquear las maniobras alemanas y, con sus 28 fuertes y construcciones, algunos de los cuales son muy modernos, sigue siendo uno de los pilares del frente francés. En cuanto al fuerte de Douaumont, suerte de acorazado terrestre anclado delante de la ciudad, se le considera un guardián invulnerable.

En ese sector, el frente francés forma un saliente cuya punta se adentra peligrosamente en las líneas alemanas. Esa geografía pone, en ambos flancos, a las tropas francesas a merced de la artillería alemana.

La bolsa, a continuación, es atravesada en su base por el río Meuse, lo que vuelve frágil las comunicaciones y las posibilidades de abastecimientos de las tropas francesas instaladas en la orilla derecha. Del lado alemán, la importante cobertura forestal asegura el camuflaje de los preparativos para el asalto. Por otro lado, la malla de vías férreas y carreteras del campo alemán es densa y está bien estructurada. Hay una última razón, ésta dinástica. El 5º Ejército que va a atacar está bajo el mando del Kronprinz Guillermo, hijo mayor del emperador y futuro heredero del Imperio.

Y más allá de estas consideraciones militares, Falkenhayn ha convencido al Káiser de que la caída brutal de la vieja ciudad francesa tendrá un impacto considerable sobre la moral de los ejércitos enemigos y de la población francesa. Que el prestigio del ejérci-

21 de febrero, los primeros prisioneros franceses

21 de febrero, llegan los refuerzos franceses

Uno de los camiones que abastecen al ejército francés.

to alemán recobraría su vigor y que ello contrariaría muy seriamente los preparativos de la gran batalla francoinglesa que se esperaba en los meses por venir. E insiste sobre el efecto sorpresa de su operación. Al concentrarse en un frente muy limitado, se evitará con ello el tener que recurrir a efectivos de otros frentes que de esa manera quedarían desguarnecidos. En ese momento, Falkenhayn está convencido de que la potencia de su artillería bombardeando aquel pequeño sector, estrecho y parcialmente aislado de la orilla derecha del Meuse, le proporcionará de inmediato el dominio del terreno y supondrá la rápida caída de la ciudad.

Del bando francés, Joffre, que no cree en las fortificaciones permanentes desde la caída de los fuertes belgas y franceses destrozados por los obuses de los morteros pesados alemanes en 1914, ha desmantelado las plazas fuertes, transformándolas en simples zonas fortificadas. Y eso desde agosto de 1915. Siguiendo esa lógica, la artillería de los fuertes, incluidas las piezas de flanqueo necesarias para la defensa de cerca, han sido extraídas en provecho de los ejércitos de campaña. Así que en las fortificaciones sólo quedan las piezas de las torrecillas, que no se pueden desmontar. Las guarniciones permanentes, por su parte, han sido suprimidas y reemplazadas por pequeñas formaciones de viejos soldados de la reserva.

Esta negación de la fortificación permanente es un ejemplo de la ceguera que sufren las elites militares desde el principio de la guerra. ¿Cómo explicar si no esa falta de sentido común, cuando millones de hombres viven enterrados en trincheras rudimentarias? Cualquier refugio construido con hormigón debería parecerles como una baza sólida en su sistema defensivo.

Desde principios de 1915, se sabe en Chantilly del aislamiento del sector, y si bien se han realizado algunas mejoras, en febrero de 1916 sólo hay una carretera procedente de Bar-le-Duc para acceder a Verdún. En cuanto al ferrocarril, sólo hay una vía férrea que se une a la red nacional, pero se encuentra por lo general bajo el fuego de los cañones de largo alcance del enemigo. Queda, viniendo de Bar-le-Duc, un pequeño tren regional de vía reducida, llamado el Meusien, pero por el momento es incapaz de responder a las imperiosas exigencias logísticas de una gran batalla. Ahora bien, todo eso está muy lejos de las preocupaciones inmediatas de los hombres que permanecen en el sector. Para escapar al frío cortante de esos primeros días de febrero, se meten en lo más profundo de sus refugios.

En el otro lado, en una discreción absoluta, 900 cañones, de los cuales 2/3 partes son piezas pesadas, esperan su momento. La acción de esa artillería es primordial. Su potencia debe apagar todo intento de resistencia. Su brutalidad va a pulverizar las primeras líneas, y la lluvia de obuses de gran calibre, concentrada sobre las líneas de comunicaciones y la retaguardia del frente, se encargan de aislar a los supervivientes. Pero el 12 de aquel mes una espesa bruma recubre la región, lo que impide la observación de los objetivos. Se aplaza el ataque 24 horas. El 13, el tiempo sigue siendo detestable, y así sigue los días sucesivos. El 18 de febrero, las tropas de asalto, que se encuentran muy incómodas instaladas en primera línea, son enviadas a la retaguardia. Por fin, el 20 se despeja el cielo, y bajo un frío intenso, las tropas de asalto vuelven a las primeras líneas.

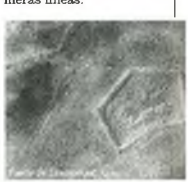
Una tierra destrozada por la artillería.

Bombardeo alemán.

Aviación francesa de observación.

Fábrica Peugeot en Audincourt (Doubs).

Depósito de municiones francés.



Una trinchera transportada por alemanes.

La cara sur de la foso del fuerte de Vaux.

Mientras tanto, el alto mando francés, que ha recibido multitud de informaciones contradictorias, vuelve a poner en duda la inminencia de un ataque sobre Verdún.

El lunes 21 de febrero a las 4 de la madrugada, solitario, un grueso proyectil de marina explota cerca de la catedral. Luego, a las 7:12 hora francesa, las 8 hora alemana, estalla un cañoneo intenso y brutal que se transforma progresivamente en un bombardeo de una violencia como nunca antes se había visto. A partir de las 15 horas el bombardeo se acentúa y a las 16:45, cuando cae la noche, la infantería alemana sale de sus trincheras y empieza a avanzar por la orilla derecha del Meuse. En un frente de 8 kilómetros, las tropas de asalto corren confiados hacia la ciudad.

Verdún.

La batalla de Verdún acaba de empezar. Va a durar 300 días y 300 noches.

El 25, como un trueno, el ejército alemán ofrece a la propaganda imperial una brillante demostración de su superioridad con la toma del fuerte de Douaumont. Ese éxito permite presagiar la caída inminente de Verdún.

Durante una decena de días, los asaltantes sacuden con fuerza las defensas francesas, pero no consiguen dislocar el frente. En efecto, desde el 25 de febrero, Joffre ha confiado al general Pétain la defensa de Verdún. Y éste la ha organizado sobre las dos orillas del río Meuse y ha puesto manos a la obra de inmediato a un problema capital para la defensa: la mortal deficiencia de las vías de comunicación.

El 4 de marzo, el gran estado mayor alemán debe admitir la evidencia: su fulgurante ofensiva ha fracasado. El 6 de marzo, Falkenhayn transforma radicalmente sus objetivos, extendiendo su ofensiva a la orilla izquierda. La determinación francesa de defender Verdún acaba de llevar a Falkenhayn a una nueva estrategia: la del desgaste de los ejércitos franceses. La aplastante superioridad de su artillería no tardará en causar innumerables bajas al enemigo, al tiempo que hundirá su moral. Ataques, contraataques, asaltos, una lucha encarnizada va a enfrentar a los dos pueblos. Una sola consigna para los franceses: aguantar.

Mort-homme, Cota 304, Avaucourt, barranco de la Hayette en la orilla izquierda; Douaumont, la Caillette, Vaux, Fleury, Thiaumont en la orilla derecha, son lugares que los combatientes van a asociar con el infierno. Se conquistan pueblos en ruinas, restos de bosques, vestigios de fortificaciones, luego se pierden, y después se vuelven a tomar, mientras que los lanzallamas y las minas se suman a las desgracias cotidianas.

Joffre, empero, considera que la iniciativa es demasiado alemana, y está molesto sobre todo por las exigencias repetidas de Pétain, que reclama sin cesar hombres y medios. Lo cual no hace sino dificultar su propia ofensiva en el Somme. A finales de abril aleja a Pétain del sangriento campo de batalla, confiando el mando del ejército de Verdún a una estrella en alza, el general Nivelle. Pero eso no cambia el día a día de los defensores, que siguen bajo el fuego de una artillería alemana dominante.

Al principio de la batalla, la aviación alemana controlaba el cielo y ajustaba los reglajes de su artillería, pero a partir de abril la aviación francesa se adueña del cielo y asegura con precisión y regularidad las peligrosas misiones de fotografía, el reglaje de los tiros y la observación aérea. Los lentos y débiles aparatos Farman y Caudron se ven cada vez más protegidos por unos cazas cada día más enérgicos y audaces que no dejan de hostigar a la aviación enemiga. Otros no dan respiro a los alemanes al especializarse en la destrucción de los globos de observación. Sin embargo, con lentitud, peda-

Después bajo el bombardeo.

Julio, en el Somme, artillería pesada inglesa.

zos de tierras tras vestigios de bosques, restos de fortificaciones tras pueblos en ruinas, los alemanes van arañando esa sangrienta tierra completamente calcinada.
Adelphe Pousse, cura de campaña, capellán del regimiento en Verdún, describe así su visita de la fortificación de Thiaumont: "Los boches, que se habían apoderado de ella, habían sido emparedados en su interior por nuestra artillería, se camina encorvado por entre la papilla humana, pues por todas partes hay una mezcla de agua, barro y cadáveres, botas alemanas de las que emergen unas tibias: soldados que han sido aplastados por la caída del techo. Nos metimos algodón empapado en menta en la nariz... Qué muerte tan atroz para los soldados que estaban allí, pues les fue imposible abrirse paso por el hormigón."
Mientras tanto, los principales responsables socialistas europeos, reunidos en la ciudad de Kienthal en Suiza, apelan solemnemente a una paz "sin anexión ni indemnización" y piden a sus parlamentarios que abandonen sus puestos del gobierno y que no voten los créditos de guerra.
Y cuántos dramas en ese paisaje lunar que no cesa de rugir, de gemir y de estremecerse. En febrero, los hombres morían de frío, ahora lo hacen de sed, mañana perecerán ahogados en el barro.

Camilleros británicos.

No hay lugar seguro. El 8 de mayo, por la mañana, una tremenda explosión sacude el fuerte de Douaumont ocupado por los alemanes. Una espesa humareda invade la fortificación, enseguida se organizan los primeros auxilios, pero 650 soldados alemanes y 25 oficiales pierden la vida. Rápidamente tapiado, uno de los pasadizos del fuerte les servirá de fosa común. Hoy día siguen reposando allí sus restos. Y los combates prosiguen. Falkenhayn, que se ha informado a fondo de los preparativos aliados en el Somme, desconfía de esa ofensiva en el frente occidental. Así pues, tiene que impedir o retrasar ese ataque. Y para ello cuenta sólo con una posibilidad: seguir lanzando asaltos contra Verdún para acabar con ese insolente ejército francés.

El 2 de junio, las tropas alemanas llegan por fin a las superestructuras en ruinas del pequeño fuerte de Vaux. Durante 5 días, en las galerías insoportables por los gases, los defensores resisten todo a la espera de la llegada de ayuda. Pero el 7 por la mañana, vencida por la sed, la guarnición se rinde. Y si bien en retaguardia la caída del fuerte quebranta un poco más a una población ya hastiada, los jefes, sobre el terreno, constatan señales alarmantes de desaliento y de pérdida de confianza. El 12, Joffre, informado, envía un mensaje a los combatientes de Verdún. "Apelo a todo vuestro valor, a vuestro espíritu de sacrificio, a vuestro ardor guerrero, a vuestro amor por la patria para aguantar hasta el final y para acabar con las últimas tentativas de un adversario que ahora se encuentra desesperado." Tiene que superar una crisis de confianza que podría, poco a poco, ir en aumento hasta hacer dudar al combatiente, minando la disciplina, debilitando la autoridad de los jefes, y por tanto hacer tambalear a los ejércitos.

Para los alemanes es algo diferente. Han llegado por fin, tras 3 meses de una lucha feroz, a la línea de sus objetivos intermedios, la fijada en febrero. Si consiguen superar ese límite, nada podrá detener su entrada victoriosa en la ciudad malherida. Y tras la caída de Verdún, acaso queda despejado el camino hacia París.
Pero el tiempo apremia, pues en el Somme la ofensiva aliada se precisa. El 23 de junio, en 6 kilómetros, 19 regimientos lanzan un ataque del que depende el desenlace de esa lucha que empezó hace 120 días. La situación, muy rápidamente, se vuelve alarmante y seguidamente crítica para los franceses. La última línea defensiva, la que domina Verdún, se encuentra ahora al alcance de las tropas de asalto del Káiser. Pero el avance victorioso ha sido frenado.
Durante 10 días se desarrollan combates de gran violencia. Los dos adversarios se sacrifican por un puñado de ruinas, por restos calcinados de un bosque, por cimas machacadas por la artillería, por barrancos envenenados por el gas e infectados por la pestilencia. En esa tierra ultrajada, que parece como revuelta por una gigantesca labranza, se suceden los ataques. En un mismo día, ciertas posiciones van a cambiar varias veces de ocupantes. Para los hombres, es verdaderamente infernal, pero para Pétain y Nivelle la situación se vuelve tranquilizadora. Acaban de ser informados de la inminente ofensiva francobritánica en el Somme. Joffre, por fin, va a hacerse con la iniciativa para imponer su determinación.
El 1 de julio, 40 divisiones aliadas se lanzan contra las posiciones alemanas.

Primera utilización de los tanques por el ejército británico.

Fuerte de Sourville, 28 de julio.

Ese ataque en el Somme obligará al príncipe heredero a cesar en su ofensiva, pero el enemigo es testarudo. Falkenhayn (que será reemplazado en unos días por el dúo Hindenburg y Ludendorff) decide forzar el destino con un último intento. El 11 de julio, al rayar el alba, tras un bombardeo de una violencia excepcional en el que dominan los obuses tóxicos, los regimientos alemanes se lanzan al asalto una vez más. Al anochecer tienen la impresión de tener Verdún al alcance de la mano. El 12 por la mañana, mientras 150 alemanes se deslizan hacia el fuerte de Souville, un puñado de hombres, cocineros, almaceneros o soldados azul horizonte son los que, reunidos a toda prisa, detienen esa última oleada alemana, que llega agotada a pocos metros de la fortificación.

De haberla superado, hubieran avistado, muy cerca, las ruinas de la ciudad inviolada. A partir de ese momento, a las puertas de Verdún, la voluntad va a cambiar de campo. El Kronprinz recibe la orden de situar a sus tropas a la defensiva y enviar sus cañones y sus hombres hacia ese nuevo foco que es el Somme.

Pero Nivelle y Mangin, su ayudante, no quieren quedarse inmovilizados en posiciones tan incómodas como peligrosas. Pese a contar con medios limitados, van a intentar hacer retroceder las líneas alemanas.

Desde julio a mediados de septiembre, en un pequeño espacio de pocos kilómetros cuadrados, un verdadero campo cerrado testigo de las miserias inhumanas y de actos difíciles de imaginar, se desarrollan incesantes combates sangrientos. Pero esas acciones tan costosas en sangre apenas provocan cambios. Se ha instalado una suerte de equilibrio, que los dos bandos se esfuerzan en vano por romper. Y los combates prosiguen. El 4 de septiembre les toca a los franceses sufrir una catástrofe. El túnel del ferrocarril de Tavannes, de una longitud de 1.400 metros, y transformado por los franceses en puesto de mando, refugio, enfermería y cochera, explota. Entre los escombros aparecen 500 cuerpos.

Artillería pesada sobre una vía férrea.

Pero mientras tanto, ¿qué está pasando en el Somme? Para empezar, la violencia y la dureza de los combates en torno a Verdún han disminuido drásticamente los medios de que dispone Foch. El frente de ataque se ha visto reducido a 30 kilómetros en vez de los 70, y los ejércitos ingleses se han convertido en sus principales actores.

La batalla empezó el 1 de julio, de uno y otro lado del río Somme. Pero la progresión británica no tardó en verse dificultada en numerosos sectores. Las bajas inglesas son terribles, 20.000 muertos ese primer día. Del lado francés, el avance había sido esperanzador, pero el fracaso parcial británico impide a Foch seguir más allá del Somme.

Así pues, la gran batalla no ha evolucionado como preveía Joffre, aunque éste no renuncia, y la batalla se reanuda el 14 de julio. La segunda posición alemana se ve superada, la progresión por la orilla norte ha vencido, pero se ve limitada por la del sur. Sin embargo, divergencias de peso entre los generales franceses retrasan una nueva ofensiva. El 30 de julio el ataque continúa, pero vuelve a estancarse. Entonces, Joffre modifica el mando francés. Se ha empeñado en retomar la ofensiva en un frente más amplio y convencer a los británicos de que hagan lo mismo, pero no consigue montar una batalla conjunta, y la lucha continúa, sangrienta, por medio de ataques parciales. Una nueva acción general prevista para el 1 de septiembre se retrasa al día 10, y luego se adelanta al 4. ¿La razón? Rumanía acaba de declarar la guerra a los Imperios centrales, y quiere demostrar al enemigo la buena coordinación de las operaciones aliadas. Esa tercera fase de la batalla se eterniza durante 3 semanas. El mal tiempo convierte el terreno en un barrizal aterrador y resbaladizo, y

Avión de caza francés abatido

es el momento que eligen los ingleses para usar por primera vez los carros de asalto.
Joffre, pese a las condiciones climáticas adversas quiere perseverar y, para evitar que reservas alemanas acudan a reforzar el frente del Somme, pide a Nivelle que organice una nueva operación en el frente de Verdún. El 1 de octubre, el fuerte de Douaumont vuelve a ser francés, y el 1 de noviembre se recupera el fuerte de Vaux.
Y en el Somme, a lo largo del mes de octubre, Joffre insiste en proseguir la lucha. En noviembre, pese a serios desacuerdos entre los comandantes en jefe de los dos ejércitos, se intentan nuevas operaciones, pero en realidad, la batalla del Somme está viviendo sus últimos sobresaltos. A pesar de la violencia de los combates y la acumulación de medios, ninguna operación militar es decisiva.
Pero ¿cuál es el balance de esa búsqueda laboriosa y costosa de la dislocación del frente enemigo? La batalla del Somme limitó y seguidamente debilitó la embestida alemana sobre Verdún.
El avance aliado que rebasó los 13 kilómetros en la zona ocupada, obligó al enemigo, trinchera tras trinchera, a sufrir a su vez un desgaste tremendo. Alemania tuvo que comprometer un centenar de divisiones; esto es, el conjunto de sus fuerzas presentes en el frente occidental.
Ante Verdún, tras haber arrojado 24 millones de obuses, los soldados del Káiser se han visto obligados a retirarse a sus posiciones de febrero. Pétain, Nivelle, Mangin y otros se han vuelto célebres, mientras que Joffre, y también Foch, han sido duramente criticados.
Pero ¿cómo alejar al receloso comandante de los ejércitos franceses? Ha sido él quien, de acuerdo con los otros jefes militares aliados, ha detenido las operaciones militares del año por venir.
Hábil maniobrero, Briand, presidente del Consejo, para no alarmar a la opinión pública, nombra a Joffre comandante en jefe de los ejércitos franceses. Pero éste tiene que abandonar el mando efectivo de los ejércitos del Norte y del Este, y es el general Nivelle quien es elegido y nombrado en su lugar. Sus métodos eficaces en la recuperación de Douaumont, su personalidad y su afán por complacer a los parlamentarios han marcado la diferencia.
Pero al mismo tiempo, Briand nombra también, como ministro de la Guerra, al autoritario general Lyautey. Se trata de un militar nada acostumbrado a compartir el poder y a aceptar que se discutan sus ideas. Joffre, que se había resignado a ser una suerte de consejero técnico del gobierno no lo aguanta y presenta su dimisión, que se mantiene en secreto. Luego, el 27 de diciembre, un decreto presidencial le asciende a la dignidad de mariscal de Francia. No será él quien se encargue de gestionar la profunda crisis de hastío que va a apoderarse de los ejércitos franceses en los meses venideros.
Y así, en aquel fin de año, tras 29 meses de guerra, los frentes apenas han cambiado. Hecho de derrotas a medias y de victorias a medias, el año 1916 es hermano de 1915, y sin embargo los dos campos se aferran a una victoria decisiva. En el exterior, Rumanía, gran productora de cereales y de petróleo, ha sido vencida rápidamente y se encuentra en manos de los Imperios centrales. En Italia, ninguno de los dos adversarios logra imponerse; en el frente ruso, conforme al programa de Joffre, el general Brussilov ha superado momentáneamente a los austriacos, aunque poco después el frente se ha estancado, y en Oriente todo el mundo está pendiente de lo que pasa y espera el momento de intervenir.
Pero la muerte que ronda, el luto por los caídos, la ansiedad diaria de las familias, las privaciones, las comidas de coco, todo ello está haciendo mella en las certidumbres de primera hora, que ya no se sostienen. Y esto, sobre todo, en la mentalidad de los que viven la existencia de pesadilla del frente.

El dolor, el sacrificio y la muerte no siempre se reconocen y aprecian por quienes mandan y gobiernan. El año 1917 aportará una ilustración profunda y dolorosa de ello.

Cañón francés del 75, para la defensa antiaérea.

En el frente reconquistado de Douaumont, patrulla de la infantería.

Batalla de Verdún francoalemana.
21 de febrero-15 de diciembre de 1916.
Franceses muertos: 162.000
Franceses heridos: 195.000
Alemanes muertos: 143.000
Alemanes heridos: 180.000

Batalla del Somme.
1 de julio-18 de noviembre de 1916
Británicos muertos: 200.000
Británicos heridos: 313.000
Franceses muertos: 66.000
Franceses heridos: 130.000
Alemanes muertos: 270.000
Alemanes heridos: 195.000

JEAN-PIERRE VERNEY

1917

El año de las dudas y de las ocasiones fallidas.

En diciembre de 1916, Alemania, como dueña del juego, siempre poderosa en lo militar y avalada por sus conquistas territoriales en Europa, propone a las potencias enemigas entablar negociaciones para alcanzar la paz. La oferta es juiciosa. Si los aliados aceptan, Berlín espera conseguir una buena paz, y el emperador de Alemania será quien, a los ojos del mundo, habrá puesto fin a la escabechina. Y si los aliados se niegan, el Káiser podrá decir a su pueblo y a sus ejércitos que la Entente sólo quiere la exterminación de Alemania. Podrá entonces justificar la continuación de la guerra, "declinando solemnemente toda responsabilidad ante la humanidad y la Historia". Los jefes de los gobiernos aliados, de inmediato, informan que rehúsan caer en esa trampa.

El 16 de diciembre, sondeado para mediar en el conflicto, Wilson, presidente de los Estados Unidos, invita a todos los beligerantes a dar a conocer sus objetivos en aquella guerra. A principios de enero, los dos bandos responden que sólo harán saber claramente sus pretensiones sentados a la mesa de las negociaciones.

Por su parte, el embajador americano en Berlín considera que los alemanes, si rehúsan su oferta de paz, se aprovecharán de una corriente de opinión favorable para reemprender la guerra submarina total contra la Gran Bretaña, sin temer una reacción hostil por parte de Washington.

En ese momento, en Francia, se consuma la desgracia de Joffre. Nivelle, que le reemplaza, subyuga al país. Todos están a la espera de la batalla decisiva que provocará la dislocación del frente alemán, y por tanto el fin de la guerra. Y todos creen en la palabra del nuevo jefe que, hábilmente, asegura que la victoria es segura. Haig, el comandante de los ejércitos británicos, también se siente fascinado por Nivelle, que presume de sus métodos (ataque repentino, sin larga preparación de artillería), y le convence para que acepte su "plan sorpresa". Pero en Beauvais (el nuevo cuartel general francés), ciertos generales, como Pétain y Lyautey (el ministro de la guerra), acogen con reservas esa estrategia.

Mientras tanto, cuando la euforia reina en los despachos parisinos, Hindenburg y Ludendorff estudian, sobre el frente francés, el repliegue

La meseta del Chemin des Dames.

de los ejércitos alemanes a una nueva línea defensiva, la de Arras-Saint-Quentin-La Fère, línea que fortifican a toda prisa. Esa retirada considerable, hasta 50 kilómetros en algunos sectores, les permitirá un importante acortamiento del frente, así como una excelente economía de tropas en primera línea y una defensa mejor, mientras esperan los resultados benéficos de la terrorífica guerra submarina que andan preconizando.

En efecto, los dos generales, enfrentados a incontables restricciones impuestas por el bloqueo marítimo aliado a las poblaciones civiles, y lo que es más grave todavía, a la economía de guerra, buscan soluciones. Con habilidad, sabrán silenciar las opiniones divergentes de Berlín sobre la guerra submarina. De un lado, por ejemplo, el canciller Bethmann Hollweg es consciente de los efectos devastadores de proseguir la guerra submarina a ultranza, mientras que el almirante von Tirpitz, padre y ferviente defensor del ejército submarino alemán, garantiza la rapidez de resultados.

Defiende la tesis de que la Gran Bretaña se verá obligada a cesar los combates al cabo de seis meses. En sus memorias, Ludendorff escribe: "La guerra submarina a ultranza se había convertido en el último medio de terminar el conflicto victoriosamente en un tiempo más o menos cercano. La pérdida de tonelaje y la disminución de las importaciones acarrearían a Inglaterra dificultades económicas que no le permitirían continuar con la guerra. Yo estaba convencido de poder contar con resultados decisivos al menos en el plazo de un año, y por consiguiente antes de que América hiciera acto de aparición en la arena con sus nuevas formaciones."

Y se da el paso por decisión del emperador. El 15 de enero, una nota alemana informa a los Estados Unidos de la reanudación de la guerra submarina a partir del 1 de febrero. "Todos los navíos aliados y neutrales, que naveguen por el mar del Norte, en el Atlántico hasta España, y en las aguas territoriales británicas se expondrán a ser hundidos sin previo aviso, con la excepción de los trasatlánticos americanos que cubren un itinerario regular." 128 submarinos, algunos de ellos muy modernos, se disponen a comenzar la caza.

La réplica americana es inmediata: es la ruptura de relaciones diplomáticas. Por su parte, Nivelle prepara su brutal y fulgurante puñetazo defendiendo, aún más de lo que hacía el entorno de Joffre, las virtudes de la osadía y de la ofensiva a ultranza. Su plan es sencillo: organizar una serie de ataques an-

glofranceses en el Somme, entre Arras y Bapaume, así como en el norte del Oise, antes de intentar la ruptura del frente del Aisne. La preparación artillera no debe superar los ocho días. Le sigue, de inmediato, un asalto de ruptura que se prolonga durante 48 horas, antes de que empiece la explotación de las brechas conseguidas.

Satisfecho, el mariscal Haig acepta, durante lo que dure la ofensiva, ponerse a las órdenes del generalísimo francés, mientras rusos e italianos aceptan, por su parte, atacar en sus frentes respectivos. Las zonas de ataque se organizan; la artillería se instala; las órdenes circulan; y de pronto, inesperadamente, el 16 de marzo, se inicia el audaz repliegue alemán.

En principio, Nivelle se niega a aceptar la realidad y la importancia del acontecimiento. "No es verosímil que el enemigo se retire sin combatir, renunciando a una de las mejores bazas que tiene en nuestro suelo." Por fin se convence y se entusiasma: "El enemigo se bate en retirada, la guerra llamada de movimiento ha empezado." Pero en la práctica es una catástrofe para el plan Nivelle. Para empezar, el enemigo se retira, sin verse hostigado ni sufrir pérdidas, a posiciones mejor fortificadas. Antes de abandonar el terreno, los alemanes lo han saqueado a conciencia.

Las obras de arte y las vías de comunicación han sido destruidas; los árboles, cortados; los pozos, envenenados; los pueblos, arrasados; las industrias, trasladadas; las poblaciones, desplazadas.

Ese vandalismo, en cambio, se comenta provechosamente por una prensa parisina dispuesta a comunicar las informaciones y las imágenes abundantemente divulgadas por el

Kerenski dirigiéndose a las tropas rusas.

Gran Cuartel general. En cuanto al plan original de ataque, se encuentra totalmente desorganizado, pero Nivelle se resiste a abandonarlo. Tras considerar que los dos frentes principales de sus ofensivas (la región de Arras para los británicos y el Chemin des Dames para las tropas francesas) apenas se han visto alterados tras el retroceso alemán, decide sencillamente adaptar la nueva situación y retrasar las operaciones. Pero algunos se inquietan y se oyen protestas, como la del ministro de la guerra, el general Lyautey. Sin embargo, poco acostumbrado a las prácticas y susceptibilidades parlamentarias, no tarda en dimitir. Pétain, por su parte, opina que el plan es muy temerario y advierte del riesgo nada desdeñable del posible desgaste de todas las reservas. Inquieto a su vez, Poincaré, el 6 de abril, reúne un consejo en Compiègne, pero Nivelle se muestra rotundo, y da por hecho la ruptura y la explotación de la situación resultante. Interrogados, el general Castelnau se muestra más prudente, mientras que los generales Micheler y Franchet d'Espèrey manifiestan sus reservas. Luego, el presidente interroga a Pétain que, sin rodeos, contesta que no cree en el proyecto.

Entonces, ante la revuelta de sus subordinados, Nivelle hace saber que se ve obligado a dimitir. Pero Poincaré interviene, confirma al generalísimo que sigue gozando de la confianza del gobierno, que hay una voluntad política para llevar a cabo el ataque, y que la cuestión militar sólo depende del GCG. Se concede a Nivelle libertad de acción. Así pues, los preparativos pueden continuar. En ese momento, al otro lado del Atlántico, el presidente Wilson, con el acuerdo del Congreso reunido en sesión extraordinaria el 2 de abril, acaba de declarar la guerra a Alemania.

Dos hechos capitales llevan al presidente a ese extremo. Por un lado, la guerra submarina a ultranza, que ha empezado hace dos meses, y por otro el descubrimiento de un telegrama secreto alemán enviado al gobierno mexicano. En el telegrama, Berlín proponía a México una alianza militar y le incitaba a comprometerse en la reconquista de Nuevo México, de California, de Texas y de Arizona. Era una provocación de más. El presidente americano, entonces respaldado por una poderosa corriente de simpatía popular por la causa de la Entente, no tenía otra alternativa que declarar la guerra a Alemania.

Llegada de tropas americanas.

También es cierto que el incremento creciente de las compras aliadas, asociadas a los considerables préstamos efectuados por la Entente a los Estados Unidos, imponía tal dependencia económica que los acreedores americanos no podían por menos de desear la victoria del campo aliado. La entrada de los Estados Unidos en el conflicto provoca un gran alivio y grandes esperanzas en el campo de los aliados. Sin embargo, los acuerdos entre Washington y los gobiernos de la Entente dejan bien claro que los Estados Unidos se suman a la lucha como socios y no como aliados, y es que Wilson abriga la esperanza de reservarse el papel de árbitro. En Rusia, en cambio, la situación no es tan tranquilizadora. A principios de marzo, se han proclamado nuevas restricciones alimentarias, y la capital, Petrogrado, se ha sublevado. Las huelgas han paralizado la economía, pero cuando el zar ordena a sus tropas reestablecer

Racionamiento en París.

el orden, el ejército se pone del lado de los insurgentes. Una parte de los motines busca que la Duma (el parlamento ruso) cumpla con sus responsabilidades. A petición de los diputados, el emperador Nicolás II abdica el 15 de marzo. Luego, los parlamentarios, asistidos por un consejo popular (soviet) de obreros y de soldados, constituyen un gobierno provisional dirigido por un abogado, Kerenski. Pero si bien el gobierno provisional hace saber de inmediato que su intención es respetar fielmente todas las alianzas, el soviet de Petrogrado, por su parte, reclama al mismo tiempo la apertura de negociaciones "con los obreros de los países enemigos".

Un refugio del ejército francés, Verdún, 1917.

Y eso crea una gran inquietud en el bando aliado.

En efecto, aunque la caída de un régimen autócrata y autoritario reemplazado por un gobierno parlamentario, no podía sino consolidar ante las opiniones internacionales los ideales defendidos por la Entente, no debe descartarse el espectro de un ejército fatigado, corroído por las dudas, con tropas decididas a no proseguir el combate. Así, mientras unos sueñan con la paz para hacer la revolución, otros esperan el regreso de la paz para evitarla. Y Suiza está en el centro de esas intrigas y rumores.

Por un lado, Alemania, que desea hacer tambalear un poco más al coloso ruso, acaba de favorecer el regreso clandestino a Rusia de un proscrito.

Se llama Lenin. Él y sus amigos, refugiados en Suiza, todos adeptos a un socialismo extremista, acaban de atravesar el Reich en un vagón sellado. La revolución bolchevique está en marcha. En el otro campo, el príncipe Sixto de Bourbon-Parme, oficial del ejército belga, pero hermano de la emperatriz de Austria, reina de Hungría, acaba de empezar una serie de entrevistas con el emperador Charles. Pero son muchos, en las capitales aliadas, los que consideran que la monarquía austrohúngara es prisionera de las prácticas de un siglo pasado y es uno de los últimos refugios del oscurantismo de Europa.

Así pues, se hará todo lo posible para ahogar las posibilidades de una paz separada con Viena. Y mientras tanto, en Beauvais, en el GCG, sin ni siquiera tener en cuenta los nuevos datos políticos, iniciados por la entrada en guerra de los Estados Unidos y los acontecimientos de Rusia, Nivelle sigue trazando sus planes. Abril será el mes de la victoria. La ofensiva Nivelle, forzando simultáneamente el frente alemán, al oeste en Artois y al este del Oise, en el Aisne, debe obligar a los ejércitos alemanes a replegarse profundamente, liberando así gran parte de los departamentos ocupados. Y la reanudación de la guerra de movimiento favorece a los ejércitos aliados, dado que su superioridad de efectivos juega a su favor. El lunes 9 de abril, víspera de Pascua, los ingleses atacan por una y otra parte de Arras y toman la cresta de Vimy, pero sin romper el dispositivo alemán.

El 12 del mismo mes, el grupo de ejército del Norte, al mando del general Franchet d'Espèrey, ataca a su vez en dirección a Saint-Quentin, pero no tarda en verse detenido por el fuego enemigo.

Ahora bien, para Nivelle, esos dos hechos no presentan sino un interés secundario. El esfuerzo principal está previsto entre Soissons y Reims, con el Chemin des Dames en medio. Debe empezar el 14 de abril. Intelectualmente, la decisión de atacar es pertinente. Romper rápidamente el frente en ese lugar equivale a precipitar la desbandada de los ejércitos alemanes debilitados por el hundimiento de la parte central de su línea defensiva.

Pero sobre el terreno, la cuestión cambia. El relieve se presta admirablemente a la defensiva. Acantilados abruptos, numerosas y profundas canteras subterráneas, defensas de hormigón, un terreno sólidamente organizado, con eso van a tener que vérselas los soldados en su ataque. Y para eso, Nivelle ha reunido la fuerza de tres ejércitos, pero que comprende la totalidad de las reservas francesas disponibles.

Por tanto, se trata de 60 divisiones francesas que van a oponerse a 40 divisiones alemanas. La concentración artillera es la más importante que se ha visto nunca. Sobre 60 kilómetros, 5400 cañones, 2000 de los cuales son de grueso calibre; es decir, que una pieza cada 15 metros va a bombardear durante siete días el dispositivo alemán. La contrapartida de ese diluvio es que el bombardeo echa a perder el efecto sorpresa. Peor aún son las condiciones atmosféricas que impiden el reconocimiento aéreo y terrestre, y obligan a retardar la operación 48 horas.

Soldados franceses en trinchera, 1917.

Por fin, el 16 de abril, a las 6 de la mañana, cuando el tiempo es execrable y glacial, las tropas salen de las trincheras, pero en breve, en el conjunto de los sectores, se topan con unas defensas intactas, líneas de alambradas de púas apenas dañadas y fuego de ametralladoras. Como si les estuvieran

Soldados de permiso de soldados franceses.

esperando. De hecho, la ofensiva no es una sorpresa para el mando alemán. Demasiadas filtraciones, rumores, indicios e incluso artículos en los periódicos vienen dando la alarma desde hace semanas. Y lo que es peor, unos días antes del asalto, a raíz de un pequeño golpe de mano en las líneas francesas, los alemanes se han apoderado de un oficial francés

Tropas rusas en Francia.

que llevaba encima documentos que informaban de las próximas operaciones de los tres cuerpos de ejércitos. Así pues, los alemanes, bien informados de lo que se preparaba, han dispuesto de tiempo para frenar la ofensiva. Cerca de Berry-au-Bac, poco antes de las 7 horas, los tanques franceses entran en liza por primera vez.

Ocho grupos de 16 blindados Schneider, torpes y lentos mastodontes, se dirigen hacia las líneas alemanas. Enseguida, bajo el fuego de la artillería enemiga, alcanzan, a las 11 horas, las inmediaciones de las segundas líneas, que superan a primera hora de la tarde. Pero las tropas de acompañamiento no han seguido a los tanques, que se encuentran bajo el fuego directo de la artillería de campaña alemana. Al caer la tarde, el balance es desastroso. 80 blindados se han perdido, la mayor parte con sus dotaciones. En cuanto a las pérdidas humanas, superan los 20.000 muertos en esa primera jornada. Hay que rendirse ante la evidencia: no se ha alcanzado ninguno de los objetivos.

El ataque ha sido un fiasco total. Para la tropa, la inmensa esperanza que representaba ese tremendo esfuerzo se salda con una desilusión deprimente. Nivelle podría detener la masacre, pero se obstina en seguir adelante. Al día siguiente, incluso dice que "la victoria es cada vez más segura". Y durante tres días, los combates se reanudan y se extienden a los montes de Champaña. Hay algunas avanzadas, prisioneros, trincheras conquistadas, pero todo ello se paga muy caro. Y Nivelle sigue obstinado, olvidándose de su compromiso de Compiègne, cuando manifestó que detendría la operación en 48 horas si la ruptura no era efectiva. El gobierno se inquieta. Unos parlamentarios denuncian las condiciones del ataque, así como su mala preparación. Acusan al servicio de urgencias de graves incumplimientos y subrayan las dificultades surgidas en la evacuación de heridos. Se habían previsto 10.000, pero tienen que retirar a 120.000. Los fallos observados no tardan en compararse a los de un Charleroi convertido en centro sanitario, recordando los peores días de las semanas de agosto de 1914. También se reprocha la utilización de tropas negras. Los tiradores africanos, ateridos de frío, físicamente derrotados por la lluvia y la nieve, se ven impotentes ante las ametralladoras enemigas. De los 10.000 negros que intervinieron, 6.300 cayeron en el campo de batalla.

Las dudas empiezan a hacer mella en la vanguardia y en la retaguardia. Nivelle es convocado y debe explicarse, ya que se prepara una nueva ofensiva para finales de abril. De hecho, como una suerte de regreso a los errores pasados, transforma su batalla de ruptura en batalla de explotación de la situación resultante. Los hechos son lo bastante graves como para que el gobierno reaccione. Nivelle da un primer paso hacia la desgracia cuando le asignan a Pétain como jefe del estado mayor general. ¿Es Pétain el ojo del gobierno en el GQG? Pero para Nivelle, el asunto no está concluido. Intenta, para escurrir el bulto, encontrar culpables, quitándose de encima a algunos de sus tenientes. Más tarde, entre el 30 de abril y el 5 de mayo, ordena nuevas ofensivas parciales en el Chemin des Dames y en los alrededores de Reims. Los ataques se suceden, inútiles y mortíferos, contra objetivos en su mayor parte inatacables.

Algunos generales se empeñan en querer superar las líneas enemigas y provocan matanzas inadmisibles, mientras que otros, dando muestras de sentido común, se oponen a sacrificar sus tropas y lo hacen saber al gobierno. Nivelle se siente ofendido. Protesta, pero su autoridad ha sido minada. Por fin, el 15 de mayo, el Consejo de ministros retira el mando a Nivelle, que es reemplazado por el general Pétain, y nombra a Foch, recuperado tras haber caído en desgracia, como jefe del estado mayor general y consejero militar del gobierno.

El nuevo generalísimo, de inmediato, hace saber que detiene las operaciones de envergadura. Es una decisión sabia, pero que acaba con las últimas esperanzas de quienes esperaban el fin de la guerra.

El ataque en el Chemin des Dames parece haber concluido, pero en realidad, va a sucederle otro enfrentamiento igual de dramático. Las semanas siguientes van a proyectar, en la gran historia de Francia, ese largo y bucólico camino donde, desde hace mucho, ya no pasean las damas. Al mismo tiempo, otro acontecimiento viene a inquietar a las autoridades militares. Se trata de los 20.000 soldados rusos enviados a Francia en 1916, a petición del general Joffre. Instalados al este del Chemin des Dames, sus pérdidas fueron elevadas desde el primer día de la ofensiva Nivelle. Rápidamente, se constituyen comités de soldados y, a últimos de junio, las tropas rusas se desplazan hacia el campo de la Courtine, en el Creuse. Pero la controversia opone violentamente a los partisanos bolcheviques y a las tropas leales, que acaban por refugiarse cerca de Aubusson. A principios de septiembre, el mando de las tropas rusas, en Francia, presenta un ultimátum a los rebeldes y luego, los leales, apoyados por las tropas francesas, abren fuego.

Buques escolta americanos.

Los combates cesan al cabo de dos días, pero si el balance oficial contabiliza diez muertos, la realidad es, probablemente, un número más alto. Ciertas fuentes citan un centenar de víctimas, aun cuando la mordaza de la censura de la época casi ha logrado acallar los acontecimientos.

Pasado octubre, Clemenceau dejará a los rusos elegir entre seguir luchando, convertirse en trabajador civil o ingresar

en unidades disciplinarias en el norte de África. Es de creer que la población, enterada de ello, debió sentir una angustia similar a la provocada por el fracaso de la ofensiva Nivelle.

Esa decepción coincide con una multiplicación de movimientos huelguistas. Los sindicatos, avalados por sus efectivos en aumento debido al desarrollo de las industrias de guerra, se afirman cada vez más radicalmente contra la guerra. En las grandes ciudades, los desfiles son numerosos y diarios.

Muchas mujeres participan en esas manifestaciones, siguiendo a las modistillas de los talleres de costura. Los gritos de "¡Abajo la guerra!" llegan a silenciar los clamores de quienes reclaman aumento de salario. Malvy, ministro del Interior, como en 1914, trata con consideración a la prensa, dialoga y negocia con los sindicalistas, evita la represión. Y eso a pesar de las críticas virulentas de una parte de la clase política. En realidad, la agitación va a disminuir progresivamente, convirtiéndose en un mero recuerdo al inicio del verano.

Entre los socialistas, que siguen fieles a la "Unión sagrada", se levantan voces para reclamar una paz blanca inmediata. Y cuando, a últimos de mayo, el gobierno se niega a

Comilleros británicos.

entregar sus pasaportes a la delegación designada para participar en la conferencia socialista internacional reunida en Estocolmo, resulta que quienes desean la apertura de negociaciones son ahora muy numerosos.

En efecto, a la vista de tantos sacrificios, una parte de Francia se pregunta: "¿Hay que seguir vertiendo sangre en aras de la victoria?" Y al mismo tiempo, estallan una larga serie

de casos de traiciones, de corrupciones, de espionajes y de manipulaciones. Y detrás de muchos de esos casos se descubre la mano y el dinero de los servicios alemanes. Como fue el caso de la compra de Le Journal por parte de los llamados Bolo Pacha, Letellier, Duval y el senador Humbert, y luego otro escándalo con el periódico Le Bonnet Rouge y su director Almeyreda, anarquista que gustaba recordar el anagrama de su nombre "y a la merde" (hay mierda). Sin olvidar a la inquietante Mata Hari, bailarina orientalista manipulada por los servicios secretos alemanes y franceses, que frecuentaba de muy cerca los poderes civil y militar. Ni que decir tiene que las motivaciones de esos pocos casos no tuvieron ninguna repercusión en las intenciones reflexionadas y lúcidas de los que, movidos por una buena intención, querían dejar de asistir a la destrucción de la civilización europea.

Y así, la moral, en retaguardia, oscila entre la paz llamada blanca de los que quieren detener la masacre y la reanudación de la lucha de los que estiman que la gravedad del sacrificio humano prohíbe en lo sucesivo bajar la cabeza antes de la victoria final. Pero volvamos al frente. El fracaso de la ofensiva Nivelle ha puesto en evidencia los errores y fallos de mando, y son muchos los hombres que no confían en sus jefes. Ya en el año 1916, numerosos casos colectivos de desobediencia o de abandono del puesto habían alarmado al mando, pero las perspectivas victoriosas de la ofensiva de primavera habían hecho disminuir los actos de indisciplina.

Hay que esperar al 5 de mayo, el momento de los relevos, para que, a lo largo del Chemin des Dames, hagan su aparición señales claras de desmoralización. Los hombres se oponen, explican, justifican. Y aunque el orden se restablece cada vez, los actos de desobediencia se multiplican.

Dos regimientos quedan particularmente afectados. En el 321 de infantería, casi 150 soldados desaparecen en el momento de volver a la línea. Unas horas después, 33 supuestos cabecillas comparecen ante un consejo de guerra.

Pero éste considera el estado de agotamiento de los hombres y la falta de firmeza de los oficiales. No se pronuncia ninguna sentencia a muerte. Lo que pasa en el 128 regimiento de Infantería es diferente. Trabado en combates inútiles en Champaña, el regimiento es relevado el 15 de mayo y se toma un descanso.

El 20 de mayo, los soldados se enteran de que deben volver a primera línea. Hace calor, se consume gran cantidad de vino y, por la noche, los hombres están muy encendidos. Dos ametralladoras apuntan a los amotinados hasta que se deciden a ponerse en marcha. Poco después, siete de los sublevados son llevados ante la justicia militar y cuatro de ellos son condenados a muerte. Pero uno de ellos, maestro de escuela, consigue enviar una carta conmovedora al escritor Anatole France.

"Condenado (...) a consecuencia, en realidad, de un proceso del pensamiento, desde mi celda me dirijo con fervor al hombre y al escritor cuya noble conciencia y talento incomparables son célebres en el universo (...). Maestro: confío en usted." El gobierno se alarma, una ejecución podría agravar la situación social, y el ministro de la guerra, Painlevé, interceede ante Pétain y Poincaré para obtener el perdón de los condenados. Sin embargo, las insubordinaciones se pro-

Tropas inglesas en Flandes.

pagan por todo el frente y las desobediencias se multiplican. Los hombres aúllan La Internacional, por los campamentos corren gritos sediciosos. Se reúnen regimientos para dirigirse a París.

Un rumor, amplificado de día en día, se extiende por todas las unidades: soldados anamitas han disparado contra obreros parisinos. La verdad no es sino un simple suceso, una pelea callejera que degenera, un disparo desafortunado y una mujer que sucumbe. Pero esa noticia añade otra dosis de amargura en los combatientes. Además, hay otras cosas que enfurecen a las tropas. Los hombres ya no soportan el mantenimiento de una disciplina propia de los cuarteles que no es compatible con las preocupaciones del frente. Critican una comida que a veces es insuficiente y siempre insípida, y sobre todo no aceptan el régimen de permisos, irregular e injusto.

En algunas unidades no se conceden desde hace muchos meses, con motivo de la ofensiva Nivelle. Son muchos los oficiales que, aunque lamentan los actos de indisciplina, reconocen lo bien fundado de las quejas de los hombres. Además, éstos no abandonan las trincheras. A la manera de unos huelguistas del combate, sólo piden que se les respete. Son soldados ciudadanos, y se niegan a ser, exclusivamente, carne de cañón.

Desde entonces, los motines se propagan a lo largo de todo el frente. Cunde el pánico entre el gobierno, y le toca a Pétain resolver la crisis.

Pétain quiere volver a instalar con toda urgencia los tribunales militares de principios de 1914, pero el gobierno se opone. Sin embargo, el recurso de apelación ha sido parcialmente suprimido y, provisionalmente, durante un largo mes, Pétain dispone del poder de decidir ejecuciones sin verse obligado a transmitir las peticiones de clemencia al presidente. Es la época en que el servicio de seguridad de los ejércitos infiltra en las unidades a agentes provocadores. Juegan el papel de agitadores, y animan a los cabecillas antes de denunciarlos. Pétain castiga, pero, al mismo tiempo, busca soluciones y da con remedios para la gran desgracia de los ejércitos. Se restablece el turno de los permisos para un máximo de hombres. Se organizan centros de recepción en las estaciones. Se mejora la alimentación y se ponen en marcha cooperativas militares baratas. Las tropas reciben equipos y efectos nuevos, y se invita a los oficiales de todos los grados a dialogar con sus hombres. Se programan ciclos de conferencias, y el mismo Pétain encuentra tiempo para inspeccionar las cantinas.

Progresivamente, se restablece la confianza. Poco a poco, los soldados notan que sus sacrificios y esfuerzos son reconocidos, que se tiene en cuenta sus reivindicaciones y, sobre todo, que el tiempo de los asaltos inútiles ha quedado atrás. En julio, se restablece el orden, empieza el tiempo de la convalecencia. Y demasiado tarde se informa a Hindenburg de los graves acontecimientos que han trastornado al ejército francés.

Y el prudente Pétain actúa tal como había dicho: "Esperar a los americanos, con sus cañones y sus tanques." En los siguientes meses sólo intentará dos operaciones importantes, pero limitadas: una en julio en Flandes con el ejército británico, y la otra en agosto en el frente de Verdún. Bien calculadas, proporcionan los resultados esperados y devuelven la confianza a las tropas. Pero, como de costumbre, hay que buscar culpables. Para muchos jefes, el origen de los problemas viene de la retaguardia. Acusan en general a la pestilencia parisina, al espíritu pacifista de numerosos profesores, a la propaganda sindicalista, al ministerio del Interior, a una cierta prensa.

Pero la realidad es bien distinta: se ha exigido demasiado de los hombres. Entre 30.000 y 40.000 soldados han participado en esas manifestaciones colectivas de 1917 y el 10% de ellos han ha ido a parar ante un tribunal militar. 3.427 acusados han sido condenados, 554 a muerte, y unos cincuenta de éstos fueron ejecutados. Pero la guerra no se detiene en el Chemin des Dames.

Durante esos períodos cruciales, la guerra submarina ha continuado, poniendo en peligro no sólo la economía de guerra de Inglaterra, sino también la de Francia. Barcos con un total de 800.000 toneladas hundidos en abril, 1.174.000 en mayo, 800.000 en junio, pero luego, progresivamente, las pérdidas se aminoran y disminuyen.

La decepción, para Berlín, es considerable, pero el uso de centenares de patrulleros, la puesta en marcha de convoyes protegidos, la utilización de

cargas de profundidad y la aparición de la detección mediante el sonido reducen en gran medida las posibilidades de los submarinos alemanes.

En junio, a las órdenes del general Pershing, desembarcan los primeros "boys" americanos, pero se trata de un ejército que debe construirse.

En efecto, el cuerpo expedicionario tiene que crear todas las infraestructuras necesarias para esta tropa recién llegada: instalaciones portuarias, campos de acogida y de instrucción, vías férreas, depósitos y toda clase de servicios públicos. Se espera mucho de la potencia industrial americana, pero, para ganar tiempo, es Francia quien debe proporcionar ametralladoras, cañones y

Combate en alta montaña

aviones, y luego, en 1918, tanques. Mientras tanto, Pétain confía a ese ejército, que está por formar, un pequeño sector del frente de Lorena donde, el 3 de noviembre, caen los tres primeros muertos americanos, los soldados Enright, Hay y Gresham.

A finales del año 1917, son menos de 200.000 los "sammies" que se encuentran en Europa. Y durante esos tiempos difíciles, es el ejército británico el que permanece activo y debe aguantar la presión de las tropas del Káiser. Ha recuperado su autonomía y, a partir de junio, inicia una serie de ataques, entre otros en el frente de Flandes.

Haig, por su parte, imagina una operación que cree decisiva: avanzar hasta la base submarina de Ostende, a 50 km del frente. El proyecto es utópico y, al poco tiempo, se estanca. El mal tiempo en general, la tierra convertida en un mar de barro que succiona los cañones y engulle a los hombres. Y para incrementar las penalidades hace su aparición un nuevo gas alemán muy dañino: la iperita.

Una vez más, una batalla muy dolorosa y mortífera opone a los dos bandos. Las aviaciones se enfrentan, y el as francés Guynemer es abatido y desaparece, pulverizado en tierra por un bombardeo que devasta el sector. A principios de noviembre, la toma del pequeño pueblo de Passchendaele marca el avance máximo de los ejércitos británicos. En un espacio de 8 km, las pérdidas son 300.000 en el campo aliado y 260.000 en el alemán. Para Inglaterra y su imperio, es una tragedia comparable a la de la batalla de Verdún para los franceses. A últimos de octubre, cuando Pétain acaba de alcanzar una victoria en el mismo lugar en que se sucedieron los acontecimientos de abril, en el Chemin des Dames, y cuando el primer cañonazo de la segunda revolución bolchevique está a punto de ser disparado, otra mala sorpresa hace tambalearse a la Entente.

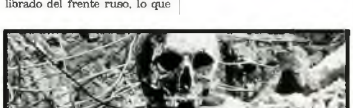
Una ofensiva austroalemana acaba de pulverizar el frente italiano de Caporetto. Tras un avance fulgurante de más de 90 km, los italianos, que están "contra las cuerdas" y se enfrentan a un inminente desastre nacional, se reponen. Se restablece el frente a lo largo del río Piave, con el apoyo de varias divisiones aliadas, enviadas precipitadamente al lugar. En Francia, en el momento más crucial de toda la guerra, con un ejército debilitado, una retaguardia agitada, un aliado inglés sangrante, una Rumanía aplastada, y una Rusia revolucionaria dispuesta a cesar el combate, Poincaré, para convertirse en presidente del Consejo, recurre a un viejo que no le gusta: Clemenceau. Pero el viejo zorro de la política, "el tigre" para los que han conocido sus zarpazos, hace saber de inmediato, con sus 76 años, su programa de acciones que se resume en unas pocas palabras: "Mi objetivo es vencer... No voy a prometerle nada. Haré la guerra, eso es todo."

Y es casi en plan dictador que se hace cargo del destino del país, negándose a comprometerse con todos los que quieran negociar. Pero ya se perfila un año nuevo y, en cada campo, siempre hay razones para confiar. Los imperios centrales se han librado del frente ruso, lo que deja libres a centenares de miles de hombres que van a poder combatir en el frente occidental. Además, en lo sucesivo disponen del inmenso granero de cereales de Rumanía –vital para un futuro próximo–, así como de sus instalaciones petroleras.

En el bando aliado, el cuerpo expedicionario americano sigue reforzándose: se espera, en breve plazo, contar con 42 divisiones, y por otro lado, el ejército francés se ha restablecido.

En Palestina, los británicos acaban de anotarse una importante victoria con la toma de Jerusalén, e Italia, por su parte, parece mantener su nuevo frente. En cuanto a la guerra submarina, Berlín está perdiéndola. A ninguno de los dos campos le interesa una paz de compromiso: ambos se preparan a vencer por medio de las armas. Y en el frente, en la escarcha invernal, aún se puede oír a un soldado tararear La Chanson de Craonne, que fue en su momento la queja desesperada del verano de 1917: "Cuando al cabo de ocho días, se acabe el permiso / Volveremos a las trincheras / Nuestro puesto es tan útil / Que sin nosotros se pierde la batalla / Adiós, vida; adiós amor / Adiós a todas las mujeres."

Frente de Verdún.



Pérdidas francesas
abril-octubre 1917
Muertos y desaparecidos: 167.000

Pérdidas británicas
julio-noviembre 1917
Muertos y desaparecidos: 250.000

Pérdidas italianas
agosto-noviembre 1917
Muertos, desaparecidos y prisioneros: 650.000

Pérdidas alemanas 1917
Muertos, desaparecidos y prisioneros: 300.000

JEAN-PIERRE VERNEY

1918

Combatir hasta la victoria decisiva. A finales de 1917, la guerra europea se ha convertido en un verdadero conflicto mundial, ya que el 7 de diciembre, los Estados Unidos se han decidido por fin a declarar la guerra a Austria-Hungría. Pero se acaba el año, dominado, sobre todo, por las repercusiones de la revolución rusa de octubre. A mediados de noviembre, Lenin ha enviado a todos los pueblos de la Tierra un mensaje por radio, proponiendo una paz universal "sin indemnizaciones ni anexiones".

Alemania y Austria no tardaron en hacer saber que aceptaban aquel principio. A Berlín y Viena, bien enterados de la situación de los ejércitos rusos y de la peligrosa multiplicación de confraternidades en el frente oriental, les interesa una paz negociada. Eso, para empezar, permitiría sofocar la desmoralizadora y acaso mortal propaganda revolucionaria rusa que se infiltra en sus ejércitos, para a continuación liberar un conjunto de fuerzas que les proporcionaría una gran superioridad en el frente occidental, París y Londres, en

cambio, guardan silencio. La Entente parece haber sido sobrepasada por una revolución acogida con satisfacción a principios de 1917, pero que ahora representa un grave peligro. Esperaba un arranque militar que viniera en su ayuda, y se ve enfrentada a la victoria de los bolcheviques y de sus ideas libertarias y pacifistas. A continuación, una paz en el frente ruso, que viene a significar la disolución del pacto de solidaridad entre los aliados firmado en 1914, y encima un incremento de unidades alemanas y austriacas en el frente francés. ¿Y si, en Francia, las noticias procedentes de Rusia despertaran las veleidades revolucionarias y pacifistas?

Pero la firmeza de Clemenceau empieza a cosechar frutos: ha dominado a los opositores y a los pacifistas, organiza la caza de los traidores y la pregona

Tiene a los civiles bajo su férula. Y mientras Rusia se disgrega, el refuerzo de los efectivos americanos en Europa se convierte en una prioridad para el gobierno francés.

Hay que entender que Francia, en ese momento, ya ha perdido 2.600.000 hombres, entre muertos, desaparecidos, mutilados y prisioneros.

Desde el 25 de noviembre, Pétain viene pidiendo al coronel House, encargado de misión del presidente Wilson, el envío rápido de un millón de hombres, seguido de otro millón poco después. Y más teniendo en cuenta que el 21 de noviembre, los gobiernos aliados se enteran de que el Consejo de comisarios del pueblo de Rusia abre negociaciones inmediatas con los Imperios centrales. A los aliados también se les invita a participar.

La respuesta es clara: es una violación de los acuerdos de 1914. Pero los bolcheviques no se dejan impresionar y, el 26, una petición de armisticio llega a los mandos supremos alemanes y austriacos. El alto el fuego es casi inmediato. El 15 de diciembre se firma una tregua provisional en Brest-Litovsk, y el 20, se inician las negociaciones de paz. Son laboriosas. Más tarde, en enero, el teórico y astuto Trotsky, comisario de Asuntos exteriores, toma el mando de la delegación rusa. Y mientras los imperios centrales se esfuerzan por arreglar problemas concretos, Trotsky les responde con sus ideas singulares de un nuevo derecho de los pueblos y de la dictadura del proletariado, lo que desestabiliza y acaba por irritar a sus interlocutores alemanes y austriacos. Éstos, sin embargo, y para gran satisfacción del emperador de Austria, Charles, tratan con la joven república de Ucrania, que firma un tratado de paz por separado. Esa firma debilita los intereses de la revolución bolchevique, de lo que Trotsky es consciente. Entonces, con el aplomo que le caracteriza, declara, a principios de febrero, que Rusia considera el estado de guerra terminado con Alemania y que va a dar la orden de la desmovilización de sus ejércitos.

Pero Ludendorff, que necesita, al

Este, un tratado conforme a una victoria clásica por medio de las armas, ordena la reanudación de las hostilidades.

De esa manera, espera también aislar a Ucrania de las influencias revolucionarias. Para él, y para muchos otros en Alemania, el bolchevismo es contrario al orden social: es un ideal dañino a los intereses del Reich y, sobre todo, representa un obstáculo de envergadura a su plan vital de reanudación de la guerra en el Oeste.

El 18 de febrero, ante el avance de los ejércitos alemanes, y para salvar como sea el régimen revolucionario, Lenin acepta firmar la paz. Trotsky vuelve, el 2 de marzo, a Brest-Litovsk, y rubrica un texto que se niega a leer. Además de Ucrania, Rusia abandona a los imperios centrales la parte rusa de Polonia, las provincias bálticas y reconoce la independencia de Finlandia. Pero a Lenin le importa bien poco esa amputación del territorio, pues su objetivo es salvar la revolución.

Tras el hundimiento del régimen zarista, la alianza franco-rrusa ha llegado a su fin. ¿Pero qué pasará con los 16 millardos de francos oro prestados por los ahorradores franceses? Otro acontecimiento repercute en enero. En catorce puntos, el presidente Wilson presenta al Congreso sus grandes principios para una organización mundial cuando se establezca la paz. El coronel House, su consejero y emisario personal, también tenía

Uno de los cuatro regimientos americanos de combatientes negros.

Tropas de asalto alemanas.

que ver con aquella resonante ofensiva diplomática que apuntaba a modelar el mundo de la posguerra.

Encargado de coordinar los esfuerzos económicos y militares de los países aliados y asociados, le había al presidente de su decepción por no haber encontrado una unidad diplomática en el seno de los países de la Entente. A raíz de esta constatación, el idealista Wilson, enfrentado desde hace meses a una multiplicación de tentativas de negociación, y tras haber declarado que la presencia del emperador de Alemania es un obstáculo a la paz, toma la iniciativa de informar al mundo y de manera precisa, los objetivos de la guerra de la nación americana. Su declaración afirma no solamente la necesidad de acabar con las diplomacias secretas, sino que también concierne a la libertad de comercio, la absoluta libertad de navegación en todos los mares, la reducción del armamento (a cambio de garantías), el reglamento de las reivindicaciones coloniales, la evacuación por parte de Alemania de los territorios ocupados, comprendidas Alsacia y Lorena, el reajuste de las fronteras italianas según el principio de las nacionalidades, la autonomía de los pueblos de Austria-Hungría, la evacuación de Rumanía, de Serbia y de Montenegro, la soberanía de las partes turcas del imperio otomano y garantías de seguridad y de desarrollo autónomos para las nacionalidades no turcas, la apertura a la libre circulación del estrecho de los Dardanelos, la constitución de un Estado polaco independiente, y para terminar una asociación general de las Naciones que se encargue de procurar y garantizar tanto a los grandes Estados como a las pequeñas naciones las mismas garantías de independencia política y de integridad territorial. Y abriga la esperanza de que su loable intención sirva de base a una paz justa y duradera. Mediante esa declaración tan idealista, Wilson, que no pide nada específico para los Estados Unidos, se impone como un elemento a tener en cuenta en las negociaciones por venir. Aunque dando ciertas satisfacciones a las ambiciones de los pueblos árabes y eslavos, no apuñala a los imperios turco y austrohúngaro. El coronel House, por su parte, ya trabaja reuniendo informaciones y documentos útiles para una futura conferencia de paz. Influenciado por la diplomacia inglesa, siempre obsesionado por la negativa de Berlín a participar en la reunión de crisis propuesta en julio de 1914 (lo que los diplomáticos ingleses consideran entonces como una de las causas directas de la entrada en guerra de las naciones europeas), el coronel House no tarda en convertirse en un ardiente defensor de una organización de Naciones, capacitada para seguir y solucionar los desacuerdos internacionales. Para ello, se sirve de los trabajos de una comisión de sabios británicos que, desde principios de 1918, trabaja en cómo librar el universo de las desgracias de las guerras.

Esas reflexiones, conducidas secretamente pero seguidas por House, van a servir de base al programa que Wilson presentará en diciembre de 1918, durante las primeras reuniones de la Conferencia de paz. La idea se apoyará sobre un principio sencillo: dar al mundo un código y unos jueces, y aplicar a las Naciones la moral de los individuos. Pero volvamos a enero de 1918. En París, el invierno es muy duro: -14° C el 5 de enero. Las vías navegables se han helado,

En las líneas inglesas.

impidiendo parte del avituallamiento, y el carbón, ya estrictamente racionado, escasea.

Las colas de espera, ante las tiendas, se multiplican; hay que matar a los caballos por falta de forraje; la ración de pan nacional (su fabricación ahorra harina) se limita a 300 gramos por adulto y se ha prohibido la venta de carne los lunes y martes. Y pese a la congelación de los precios, el cambio en las etiquetas es diario. Mientras que el salario de una obrera varía de 1 a 2 francos la hora, el litro de leche, que valía 17 céntimos en 1914, en 1918 alcanza los 2 francos; el kilo de pan ha pasado de 43 céntimos a 2 francos; el kilo de patatas, de 20 céntimos a 12 francos, y sólo hay de dos a tres días de reserva en los depósitos de la capital. Pero si hay malestar en la población, la cosa no puede compararse a lo que sucede al otro lado del Rin. Al cabo de tres años de bloqueo, la población civil sobrevive con dificultad. La hambruna afecta a cada hogar, y Hindenburg, al igual que Ludendorff, desde entonces los dueños absolutos del poder y de la economía de guerra, sacrifican cada día un poco más a las poblaciones civiles en beneficio de los ejércitos. El nabo se ha convertido en el alimento básico del pueblo, porque la carne y las materias grasas se han vuelto escasas y están muy racionadas (unas decenas de gramos por semana). Los sucedáneos alimentarios reemplazan al azúcar, al café y a la mantequilla. La harina del pan se ha reemplazado, en parte, por fécula de patata, virutas de maíz o incluso serrín de madera. Ese pan llamado KK lleva un nombre muy adecuado...

El incluso utilizando los tickets de racionamiento, se hace difícil encontrar comida. Y con cada mes que pasa disminuyen las cantidades concedidas a los civiles. Ludendorff economiza y raciona sin contar, para poder satisfacer las necesidades de la fulgurante ofensiva que prepara en el mayor de los secretos. Los aliados, enfrentados a una inquietante crisis de efectivos, temen ese ataque. Pétain sólo quiere presentar batalla en plan defensivo, a la espera de 1919, año en el que cree se darán las condiciones favorables a una victoria militar. Los ingleses opinan lo mismo, pero reclaman la intensificación de las operaciones en Oriente Medio. Foch,

Ametralladoras alemanas.

Tanque francés Saint Chamond.

por su parte, desea que los aliados entablen, ese año, la batalla decisiva. Duro dilema para los miembros del Comité militar permanente de los aliados, que se supone tienen que definir una armonización imperativa de la unidad de mando. Mientras tanto, las armas y pertrechos cruzan el Atlántico en cantidades muy inferiores a las necesitadas. Y al ritmo actual de los desembarcos de tropas, los aliados comprenden que al ejército americano le será imposible enviar dos millones de combatientes en diciembre de 1918, tal como había sido previsto.

La razón es la debilidad de las comunicaciones marítimas. Habrá que esperar los momentos difíciles del mes de abril para que la situación evolucione: en ese momento, Gran Bretaña enviará todos sus buques disponibles, y los Estados Unidos requisarán una buena cantidad de navíos neutrales. También en enero, Pershing decide poner a disposición de Pétain cuatro regimientos americanos, compuestos esencialmente de negros, dirigidos por oficiales blancos. ¿Por qué ese gesto cuando se sabe que Pershing defiende celosamente la independencia de un ejército americano autónomo que combate bajo su propia bandera?

De hecho, tras ese comportamiento se esconde la embarazosa cuestión de la segregación que es obligatoria en numerosos Estados, y de ahí la inquietud provocada por la utilización de tropas negras de combate. Se trata de un fenómeno que interroga y divide tanto a la población americana como a los mandos del ejército. Los dirigentes de la comunidad negra se han apuntado a la guerra con la esperanza de obtener una mejora de las condiciones de los suyos, con dos objetivos en perspectiva: que el negro no quede relegado a las tareas de la retaguardia, sino que actúe como combatiente, aunque sea en unidades diferentes de las blancas, y que puedan ascender a oficiales. Y también que cambien en los Estados Unidos los comportamientos y prejuicios raciales en su contra. Así pues, se trataba de hacer un gesto. Pero los responsables militares no se ponen de acuerdo. Unos defienden que los negros tienen cualidades más físicas que morales y que son buenos combatientes. Otros sostienen su falta de valor y de combatividad, su incapacidad de resistir bajo el fuego enemigo. Sin embargo, se reconoce que son buenos conductores de tiros de caballos y de vehículos. La oposición al nombramiento de oficiales negros es aún más enconada.

A continuación una serie de argumentos empleados: "Las exigencias militares obligan a inclinarse ante las necesidades políticas, se exige menos conocimientos a los aspirantes a oficiales negros."; "La raza negra no tiene la costumbre del mando, y por tanto no puede proporcionar jefes"; "El soldado negro solo sabe obedecer a su dueño habitual, el blanco"; y por último: "Su presencia bajo las banderas es ante todo un medio para avanzar en la causa racial más que defender valores generosos o patrióticos."

Argumentos que coinciden con las opiniones de una gran parte de la población americana, que temen que los antiguos combatientes negros, conscientes de sus derechos adquiridos por la sangre y por saber servirse de las armas, reclamen a su vez la abolición de la segregación y la libertad política, lo que significaría todo un cambio radical de la sociedad americana. Ante este delicado problema, Pershing intenta la experiencia de servirse de regimientos negros, aun cuando tiene, y no lo oculta, muchas reservas en cuanto al valor de los oficiales "de color". Los cuatro regimientos negros, cedidos al ejército francés, equipados y armados con material francés, van a combatir valerosamente y recibirán numerosas condecoraciones. Pero a medida que pasa el invierno, los jefes militares aliados se inquietan por la falta de un plan y, a principios de febrero, se reúne en Versalles un gran consejo del Comité militar permanente. Se apuesta por los argumentos de Foch, y se decide la constitución de una "reserva general aliada", que estará a disposición de un Comité ejecutivo presidido por el mismo Foch. Pero será imposible formar esa reserva general, pues los poderes del Comité ejecutivo están lejos de alcanzar esa indispensable armonización de un mando aliado. Ahora bien, Clemenceau, tan rápido en reaccionar, parece contentarse con aquel sistema cojo. Confía en Pétain, y, multiplicando sus visitas tan populares en la zona de los ejércitos, se ha convencido de que el soldado francés ha recuperado la moral. ¿Pero bastará con eso? El 21 de marzo, un trueno estalla entre Arras y el Oise: unas sesenta divisiones alemanas, instruidas con nuevas tácticas ofensivas, se lanzan contra las posiciones británicas, y los ingleses, desbordados, empiezan a replegarse.

El enemigo, al dirigirse rápidamente a Amiens, pretende separar las fuerzas británicas de las fuerzas francesas. Los dos generales en jefe, Haig y Pétain, ¿llegarán a entenderse para evitar esa dislocación? Pero los intereses son demasiado contradictorios. En vez de defender Amiens, Haig sólo piensa en salvar sus comunicaciones con los puertos de la Mancha, y Pétain sólo se preocupa de proteger París, negándose incluso a retirar refuerzos de sus ejércitos para apoyar a los británicos. Otra sorpresa: el 23 de marzo por la mañana, los parisinos descubren que la capital se encuentra bajo el fuego de la artillería alemana. No tardan en saber que se trata de dos cañones situados cerca de Laon, a más de 120 km. Ese primer día se lanzan 27 obuses, 18 de los cuales alcanzan la ciudad, causando las primeras víctimas. El 29 de marzo, en pleno oficio

París bombardeado por los Gothas.

Avión de caza inglés.

del Viernes Santo, un proyectil cae sobre la iglesia de Saint-Gervais, provocando la muerte de 91 personas, aunque, en contra del efecto buscado, esos disparos de terror levantaron una ola de reprobación por parte de los países aliados y neutrales, e incluso iba a reforzar la determinación de la población parisina. Los últimos obuses caen el 9 de agosto. Bertha (apodo popular de los cañones alemanes de Gran potencia) ha provocado la muerte de 250 parisinos y habitantes de las afueras, además de 625 heridos, es decir muchos menos que los bombardeos aéreos en la región parisina, bombardeos que se han vuelto casi cotidianos desde principios de 1918. Pero volvamos al mes de marzo. Desde los primeros días, la región parisina conoce un resurgimiento de movimientos huelguistas, cuyos motivos, más que reivindicaciones salariales, parecen ser políticos. El alcance social de la revolución rusa empieza a despertar al mundo obrero.

Persecución de alemanes por tropas francesas.

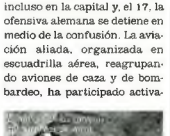
En ese momento, la situación militar es lo bastante grave como para que, el 24, Clemenceau se inquiete por una eventual escapada del gobierno a Burdeos, mientras que Foch insiste sobre la puesta en práctica de una unidad de mando. Haig, por su parte, hace saber que, a falta del apoyo francés, va a iniciar la retirada hacia el Paso de Calais. En Londres, es tal la angustia que el gabinete envía a Francia a uno de sus miembros con poderes importantes. El 25, Clemenceau, Foch, Pétain y el enviado especial inglés se reúnen en Compiègne, y parece ser que Londres, que desea conseguir el apoyo de los ejércitos franceses, está dispuesto a consentir con un gesto que significa una renuncia de amor propio: se tiene previsto un jefe francés a la cabeza de un mando único, y los ingleses apuestan porque Foch se convierta en el generalísimo de los ejércitos aliados. Al día siguiente, mientras rugen los cañones, un gabinete de crisis se reúne en el ayuntamiento de Doullens. Foch, invitado a explicarse, afirma que la defensa de Amiens es imperativa para impedir la ruptura entre los dos ejércitos y concluye con energía: "No hay que retroceder." La tensión es mucha y, tras numerosos conciliábulos, se toma una decisión. "Los gobiernos británico y francés ponen a disposición del general Foch coordinar la acción de los ejércitos aliados en el frente del Oeste. Para ello, contará con la colaboración de los otros generales, que le suministrarán todos los informes necesarios." Y en las siguientes horas, Foch se implica en la batalla. Renace la confianza, y el mismo Pershing toma la iniciativa de poner sus divisiones a disposición del nuevo jefe.

Los alemanes se esfuerzan al máximo por agrandar la brecha, pero la resistencia es tenaz. A partir del 30 de abril, la ofensiva alemana pierde fuelle y acaba por detenerse. Los alemanes han avanzado 70 km y han hecho casi 100.000 prisioneros, pero, desde el punto de vista estratégico, "la paz por la victoria" que esperaba Ludendorff ha fracasado.

Sin embargo, los alemanes no se dan por vencidos, pues en los meses de abril, mayo, junio y julio, van a lanzar nuevas

Ataque en la retaguardia de las líneas americanas.

ofensivas. Foch, mientras, se ha convertido en el jefe indiscutible: limita u obstaculiza los ataques germanos y, el 16 de mayo, recibe el título de "general en jefe de los ejércitos aliados." El 27 de mayo, las tropas de choque alemanas se lanzan sobre el Chemin des Dames. El éxito es inmediato. En cuatro días, el ejército alemán, como en 1914, alcanza el Marne. París vuelve a estar amenazado. Foch ha sido engañado. Pese a las reticencias de Pétain, había llevado a su masa de reserva hacia el norte. Clemenceau tiene que interponerse con fuerza para oponerse a todos cuantos buscan la desgracia de ciertos jefes, como Pétain, y salva al generalísimo. Y Foch lanza a la batalla a todos los refuerzos que puede reunir. Las divisiones americanas se incorporan a la batalla y la resistencia se organiza. El 4 de junio, la ofensiva ha sido frenada. Una y otra vez se repite la misma situación. Considerables refuerzos, alertados a toda prisa, dificultan el avance enemigo y, debilitados por tanto esfuerzo, los alemanes se encuentran inmovilizados ante un nuevo frente reconstituido. Sin embargo, las debilidades de sus ejércitos, ahora evidentes, obligan a Ludendorff a perseverar en mantener la iniciativa, pues el espíritu ofensivo puede, todavía por algún tiempo, ocultar la verdadera situación de sus tropas. Sabe que las unidades combatientes dan muestras de señales de relajación. La disciplina se afloja, los pillajes se multiplican, las deserciones aumentan, el soldado alemán empieza a sentir los efectos de una alimentación racionada y poco apropiada a los esfuerzos exigidos. Decide atacar en un sector que le parece relativamente poco ocupado: la Campaña a ambos lados de Reims. Ese esfuerzo supremo debe ser "la avalancha hacia la paz". Pero, desde el 10 de julio, Foch está informado de las intenciones del adversario y se dirige hacia la Campaña con todas las reservas disponibles y solicita al general Mangin que prepare una contraofensiva en dirección a Soissons. Por su lado, Pétain pone en práctica uno de sus métodos llamado de defensa elástica en profundidad. Consiste en ocupar muy ligeramente primeras líneas sobre las que el enemigo se desgasta y esperar al resto de las tropas de asalto alemanas en posiciones muy sólidas mucho más atrás, que se encuentran fuera del alcance de la mayor parte de la artillería enemiga. El 14 por la noche, todo está listo. Y cuando se presenta Guillermo II para seguir la batalla de la que depende la suerte del Imperio, la artillería francesa abre fuego. El ruido del cañón se puede oír incluso en la capital y, el 17, la ofensiva alemana se detiene en medio de la confusión. La aviación aliada, organizada en escuadrilla aérea, reagrupando aviones de caza y de bombardeo, ha participado activa-



Durante la retirada alemana.

mente en el éxito. Con la ofensiva alemana paralizada, Foch pasa a la ofensiva. El 18 de julio, al alba, desde el bosque de Villers-Cotterêts, la infantería francesa se lanza al ataque, apoyada por 321 carros de combate Renault.

La sorpresa es completa: el enemigo retrocede, pero ese éxito, llamado impropiamente "Segunda batalla del Marne", no se explota como debería ser. Foch prepara una nueva batalla, aun cuando no cree que pueda resultar decisiva, pero sí sabe que la posibilidad de victoria cambia de campo. El 24 de julio, reúne a los generales Pétain, Haig y Pershing, informándoles de que "ha llegado el momento de abandonar la actitud defensiva, obligatoria hasta ahora debido a la inferioridad numérica, y tomar la ofensiva".

Su plan prevé cinco operaciones locales con miras a liberar las vías férreas indispensables para asegurar el éxito de una ofensiva general antes del otoño. Foch no quiere dar descanso al enemigo, pero todavía no prepara la batalla definitiva, que planea para 1919. El 7 de agosto le hacen entrega del bastón de mariscal de Francia, para que esté a la misma altura que Douglas Haig, field-marshall desde hace varios meses.

Al día siguiente, 8 de agosto, un ataque francobritánico, apoyado por 456 tanques, al abrigo de una bruma artificial, avanza por la región de Montdidier. El frente alemán se ha hundido: se han destruido seis divisiones, y el desgaste material y moral del ejército germano es evidente. Ludendorff puede escribir, en su diario, que ese 8 de agosto es un "día de duelo" para el ejército alemán. Otro general alemán declara que "no es el genio de Foch quien nos vence, sino sencillamente el general tanque".

El estado mayor alemán, que no creía en aquel barco terrestre, descubre y comprende cuando es demasiado tarde su verdadera potencia. A partir de entonces, los aliados se olvidan de sus intentos de separar a Austria-Hungría de Berlín. La Entente da su apoyo pleno a todos los pueblos que reclaman su independencia, como los checos, los polacos, los eslovenos o los croatas. El gobierno francés forma y equipa divisiones de refugiados y voluntarios polacos y checos. Desde entonces está claro que una victoria aliada significaría el hundimiento del Imperio austrohúngaro. Mientras, Ludendorff, prisionero de la desmoralización de sus tropas, solo ve una solución: retirarse de la posición en dirección al Rin, pero manteniendo a los ejércitos alemanes en suelo francés, para poder imponer, en las negociaciones futuras, los intereses de Berlín.

El 13 de agosto, el emperador de Alemania aprueba el plan de Ludendorff, pero se niega a suscribir negociaciones con los aliados. A partir del 20 de agosto, las tropas aliadas empiezan a avanzar. A principios de septiembre, los alemanes han vuelto a perder todo el terreno conquistado en los últimos cuatro meses. El 13 de septiembre, ceden ante las divisiones americanas que, en lo sucesivo reagrupadas en dos ejércitos autónomos, reducen el Saillant de Saint-Mihiel al este de Verdún.

El 26, el ejército americano ataca asimismo en Argonne, donde Pershing cree poder impedir la retirada alemana, apoderándose de Mézières y Sedán. Pero ante la inexperiencia de los estados mayores y la mala organización de los servicios de retaguardia, lo que provoca es un desorden impresionante y peligroso y la ofensiva sólo alcanza un resultado limitado: la conquista del pueblo y de la colina de Montfaucon. Pero, en otras partes, el avance aliado es fulgurante. Por doquier el enemigo se retira. Foch no le da tiempo a recuperarse y Clemenceau hace saber que la capitulación alemana no será negociable. Sin embargo, el 28 de septiembre, Ludendorff, de acuerdo con Hindenburg, intercede ante el canciller alemán para que proponga la paz. Entonces se toma la decisión de enviar un mensaje al presidente Wilson a fin de conseguir la paz sobre la base de sus 14 puntos, con el Káiser aceptando la instalación de una representación parlamentaria. Pero el 14 de octubre, el presidente americano sostiene que la presencia de Guillermo II significa un obstáculo para la paz. Y mientras los aliados multiplican los comunicados victoriosos y los franceses consideran la reconquista del suelo nacional, acontecimientos importantes se suceden en los Balcanes y en el Imperio otomano. El 15 de septiembre, Franchet d'Espèrey, nuevo comandante de los ejércitos aliados de Salónica, ha pasado a la ofensiva. Las fuerzas francesas, inglesas, serbias, italianas y griegas rompen las líneas búlgaras y, tras una maniobra inverosímil, la caballería francesa se apodera de Usikub. Ante un desastre que puede costarle el trono, el rey Fernando de Bulgaria se desolidariza de sus aliados e invita a su generalísimo a pedir el armisticio, siendo el último que acepta las condiciones impuestas por el general Franchet.

Los búlgaros deben evacuar por completo los territorios griego y serbio, y los aliados pueden ocupar numerosos puntos estratégicos en Bulgaria. El 30 de septiembre se firma el armisticio. En el lugar, el mariscal alemán Mackensen no puede creer que los aliados puedan seguir su avance hacia el norte, pero los serbios, ansiosos por recuperar sus hogares, se lanzan hacia ellos y las tropas austroalemanas tienen que renunciar a mantenerse en Serbia. El 20 de octubre, Belgrado es liberado. Se trata de un acontecimiento capital, que abruma a los dirigentes alemanes y austrohúngaros, puesto que no disponen de fuerzas para impedir que las tropas aliadas puedan cruzar el Danubio, invadir Hungría y doblegar la resistencia alemana por el sudeste.

La derrota parece inevitable. Y Franchet persiste. Envía dos divisiones francesas a Rumania para constituir un "ejército francés del Danubio", encargado de establecer un nuevo frente en la retaguardia húngara. El ejército de Oriente ha conseguido, en pocas semanas, la ruptura tan buscada en vano en el frente occidental. Esa victoria hunde a Austria y precipita la derrota alemana. En el frente turco, la situación es igualmente desesperada. Desde el 19 de septiembre, las fuerzas británicas, apoyadas por fuertes contingentes árabes,

Claro de Rethondes, la delegación aliada capitaneada por el mariscal Foch.

desbordan a las defensas otomanas. En Palestina, a principios del mes de octubre, el ejército turco, al mando del general alemán Liman von Sanders, es aniquilado, mientras que otras divisiones británicas se dirigen a marchas forzadas hacia Constantinopla. Pero Londres reivindica la victoria. "Turquía es asunto del ejército británico. Empezamos a derrotarlos y acabaremos haciéndolo." Y, precipitadamente, el 31 de octubre, se firma un armisticio con los únicos parlamentarios ingleses. Recordemos que los Estados Unidos no han declarado la guerra a Turquía. Sólo el frente italiano permanece en calma. Foch pidió, en agosto, que las fuerzas italianas tomaran la ofensiva, pero sin conseguirlo. Hay que esperar al 24 de octubre para que la ofensiva italiana sea un hecho. Para entonces, Austria está en plena descomposición. El emperador Charles había publicado el 17 de octubre un manifiesto invitando a "sus fieles pueblos" a crear un Estado federal, pero la respuesta americana ha sido hiriente: "una autonomía no es suficiente." La revolución ruge en Praga, se proclama la república en Budapest, los polacos se apoderan de Cracovia, los regimientos se amotinan o huyen. El 3 de noviembre, el emperador Charles, dueño únicamente de jirones de territorio, y al que ya no obedecen, firma un armisticio antes de escapar a Hungría, donde no se le permite quedarse.

Se ha acabado la antigua dinastía de los Habsburgo. Queda Alemania, donde, el 17 de octubre, Ludendorff ha dimitido.

El 5 de noviembre, Hindenburg decide retirar el conjunto de sus ejércitos para evitar la destrucción, pero se ha quedado sin margen de maniobra. Pide al poder civil que solicite y asuma un armisticio inmediato. Se envía un mensajero al generalísimo Foch, diciéndole que precise las modalidades de recepción de una delegación de plenipotenciarios. ¿Qué harán los aliados? ¿Seguir hasta la derrota completa de Alemania mediante la destrucción de su ejército en territorio germano o aceptar el armisticio?

Foch, que prepara, para el 14 de noviembre, una gran ofensiva en Lorena, en dirección de Metz, cuenta con obtener el aplastamiento definitivo de las últimas fuerzas alemanas. Mientras tanto, en Kiel, los marinos y los obreros de los arsenales se sublevan; se constituyen en las grandes ciudades consejos de obreros y de soldados, a imitación de los soviets rusos; se proclama la república en Munich, y en Berlín la agitación es extrema. Alemania es presa de la revolución. El 5 de noviembre, cuando los gobiernos de la Entente se ponen de acuerdo sobre las condiciones del armisticio, Wilson informa a Berlín que Foch será su único interlocutor. El 7 de noviembre, el gran estado mayor alemán exige una suspensión de armas "en interés de la humanidad", comunica el nombre de los plenipotenciarios y pregunta por el lugar dónde deberán encontrarse. El 8, el tren de los representantes alemanes se detiene en un claro aislado del bosque de Compiègne, y Foch comunica a la delegación alemana las condiciones del armisticio. Disponen de 72 horas para aceptar o rehusar.

Las cláusulas no son modificables y, mientras tanto, las hostilidades se reanudan. En Berlín, el canciller Max de Bade está convencido de que solo la abdicación del emperador puede todavía evitar la revolución. Pero Guillermo II se opone. Entonces, el 9, cuando los sublevados levantan barricadas, el canciller, sin estar autorizado, declara que el emperador y el príncipe imperial renuncian al trono. Minutos más tarde, se proclama la república. Al día siguiente, el emperador se refugia en Holanda y el nuevo gobierno informa a los plenipotenciarios que firma el armisticio dentro del plazo, lo que hace el 11 de noviembre, a las 5 de la madrugada, teniendo que cesar las hostilidades a las 11 horas. Desde las 10, con el rumor en marcha, una muchedumbre alborozada empieza a invadir las calles de la capital. La pesadilla parece haber terminado.

Sin embargo, en las Ardenas, los combates continúan y, pese al anuncio del armisticio, la lucha es violenta. A las 10h 50, un agente de enlace recibe la orden de llevar a su compañía las consignas relativas al suministro de comidas calientes después de las 11 horas. Corre a toda velocidad en dirección al pueblo de Vrigne-Meuse y cae, mortalmente herido. Es el último muerto francés antes de que el clarín toque el "alto el fuego".

Tenía 40 años y se llamaba Auguste Trébuchon.

JEAN-PIERRE VERNEY

1919

El claro de Rethondes, llamado del Armisticio.

La llama bajo el Arco de Triunfo.

Se ha firmado el armisticio, pero ¿es la paz?

Mientras en ese 11 de noviembre de 1918 las poblaciones se liberan en un júbilo general, con bailes y abrazos tras 1.561 días de angustia, de dolor y de duelos, en el frente, los combatientes, desconcertados por el súbito silencio que reina se enteran poco a poco de que sus sufrimientos han terminado.

Esa excitación legítima, al igual que ese alivio pesado mitigan durante unas horas los duelos, los padecimientos y los sacrificios que las poblaciones han sufrido. Todavía no es momento de calcular la extensión de los trastornos provocados, ni tampoco de imaginar las consecuencias por venir del mortal azote que ha hecho tambalearse a ese joven siglo XX. Sin embargo, muy pronto, al clarín que en 1914 había convocado, en nombre de la defensa legítima, a los pueblos para que se enfrentaran unos a otros, le iban a contestar en 1919 las fúnebres y lúgubres campanas doblando por los diez millones de vidas perdidas.

Pero en esos primeros días tras el armisticio, cuando los ejércitos alemanes retroceden rápidamente con armas y bagajes hacia las fronteras del imperio deshecho, hay quien piensa que la marcha victoriosa de los aliados se ha detenido demasiado pronto y que había que seguirla en terreno enemigo, ya que la firma de Rethondes ha evitado a los alemanes una derrota militar inevitable y abrumadora.

El 11 de noviembre 1918 en Port...

Pero para muchos otros, ante los resultados obtenidos y pese a ciertas consideraciones políticas y militares procedentes, era muy duro infligir nuevos sufrimientos y exigir más sacrificios a unos supervivientes que ya habían dado tanto. La opinión pública, por su parte, reclamaba el fin de la pesadilla.

Llegada de las tropas francesas a Estrasburgo.

Sin embargo, aunque los aliados están de acuerdo en proseguir la ofensiva a las 48 horas, si ello era necesario, ya se han tomado disposiciones para una pronta repatriación de los contingentes americanos.

En abril de 1919, más de un millón de "Sammies" habrán vuelto a cruzar el Atlántico. Pero ahora, con los cañones apenas enfriados, los gobiernos aliados se preocupan por el posible contagio de los principios revolucionarios del poder bolchevique en Rusia. Las tropas de los imperios centrales han sido las primeras en sucumbir a la propaganda revolucionaria. En Bélgica y en Portugal han brotado tentativas bolcheviques. Y los prisioneros que vuelven en gran número de Alemania propagan las inquietantes ideas revolucionarias oídas en Alemania, como la abolición del odio entre las naciones, la reconciliación de los pueblos y la introducción del bolchevismo en los Estados. En Francia, para algunos, el peligro boche va a ser sustituido por el peligro rojo.

La misma Suiza va a conocer importantes sublevaciones populares y una huelga general. La Alemania vencida, en lo sucesivo en manos de los comisarios del pueblo (socialistas), y éstos vigilados a su vez por el "comité ejecutivo de los obreros y soldados", está en plena descomposición. Y sin embargo tiene que satisfacer de inmediato las cláusulas principales del armisticio. Devolver a los aliados sus aviones, cañones y ametralladoras ya es difícil, pero entregar 5.000 camiones, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones es imposible. Los alemanes protestan y aseguran que entregar tales cantidades desorganizaría completamente la economía e impediría el abastecimiento de las poblaciones.

En cambio, es espectacular la rendición de la flota alemana en alta mar. Escoltada por el conjunto de escuadras de la marina inglesa, se dirige al norte de Escocia, a la bahía de Scapa-Flow. Allí será desarmada, pero nadie imagina que será el último viaje de esa marina moderna que había hecho peligrar la hegemonía marítima de la Gran Bretaña.

Más sorprendente aún es el impresionante desfile militar organizado en Berlín en enero de 1919 para saludar el regreso de los 155 supervivientes de las tropas coloniales invictas en África y de su en adelante heroico jefe, el general von Lettow Vorbeck. Y la declaración im-

El 11 de noviembre 1918 en Nueva York.

prudente del presidente Hébert: "¡Os saludo a vosotros, a quienes ningún enemigo ha vencido en los campos de batalla!", dirigido en esta ocasión a las tropas, y según la cual el ejército no había sido derrotado, mientras acusaba a los movimientos revolucionarios, fingiendo ignorar que la derrota militar era un hecho seguro e inminente.

Ahora bien, en Berlín la situación es confusa y, a últimos del año 1918, el grupo extremista llamado Spartakus, dirigido por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, y respaldado por obreros, marineros, soldados y desertores, se apodera de la ciudad. Los espartaquistas, a favor de una revolución radical "a lo ruso", se enfrentan a los socialdemócratas. Barricadas, combates callejeros, represalias, oponen a revolucionarios y partisanos del orden, pero a mediados del mes de enero, tropas fieles y voluntarios llegan a Berlín y se ponen a las órdenes del gobierno socialdemócrata. Mejor armados y más disciplinados que los rojos, los grupos francos ahogan en sangre la revolución. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg son capturados y ejecutados. El orden vuelve a reinar en Berlín.

Un nuevo gobierno formado por los demócratas, los socialdemócratas y el centro abraza la misión de acabar con la revolución que amenaza la unidad de Alemania, y también intentar negociar con los aliados las condiciones del tratado de paz.

Al este, en Rusia, una guerra fratricida enfrenta a blancos y rojos. ¿Que harán los aliados?

En lo referente a los ejércitos blancos, los británicos se han congregado en Arkhangelsk y en Mourmansk; los americanos y japoneses ocupan Vladivostok; una legión checa controla una porción del ferrocarril transiberiano; y tropas francesas acaban de llegar a Odessa, pero los aliados no confían mucho en los jefes de los ejércitos blancos. ¿Habrá que intervenir mediante la fuerza? Es una posibilidad no exenta de riesgos, sobre todo teniendo en cuenta que en abril una alerta grave trastorna al mando aliado. Los marinos franceses enviados al mar Negro se han amotinado.

Consiguen su propósito de regresar con la escuadra francesa al Mediterráneo, pero el resultado de su rebelión les llevará al norte de África, donde les esperan los trabajos forzados y la cárcel.

Así pues, los aliados van a contentarse con establecer una suerte de cordón sanitario alrededor de Rusia. Lo que les obligará a interponerse en Hungría, en Polonia, en Rumanía y en los países bálticos. En realidad, son muchos los Estados, en ese principio del año 1919, los que se enfrentan a acciones revolucionarias o poderosas manifestaciones populares. La inflación, las penurias, las restricciones y el paro son factores que alimentan las movilizaciones obreras, estimulan las acciones sindicales y promueven huelgas de una amplitud desconocida hasta entonces. Y mientras tanto, en Versalles y en París, los aliados, de hecho los "Cuatro Grandes", Wilson, Clemenceau, Lloyd George y el italiano Orlando, en nombre de los 27 coaligados –Rusia ausente, pese a ser invitada–, van a debatir acerca del final de la guerra y las condiciones de paz que van a imponer a Alemania. De manera que será un consejo de cuatro el que va a decidir sobre el porvenir del mundo y de las naciones. Es la primera traición a los "Catorce puntos" del programa del presidente Wilson, y aunque se han puesto de acuerdo en publicar su programa íntegramente, han dejado claro que los debates entre los cuatro permanecerán secretos. Era la condición esencial e indispensable para proteger los cambios por venir.

Los mismos parlamentos permanecían al margen de las transacciones, de las negociaciones y de las concesiones discutidas entre los cuatro responsables. Es cierto que los puntos de vista eran diversos y, más de una vez, contradictorios. Para Wilson, se precisa un nuevo orden mundial y una paz universal y perpetua entre todas las naciones. Y para garantizarlo, formando parte integrante del futuro tratado de paz, hay que crear una Sociedad de Naciones, encargada de procurar principios a la humanidad y derechos garantizados a los Estados. Pero Clemenceau no cree en ese proyecto. Para él, lo que cuenta es establecer formalmente la culpabilidad alemana, obtener la destrucción del militarismo prusiano, negociar la neutralidad o la anexión de la orilla izquierda del Rin y recibir el montante de las reparaciones exigidas: ¿Cuánto pagará el boche? ¿Cuándo? ¿Cómo? Eso es lo que esperan los franceses. Los ingleses desean mantener el equilibrio europeo, y para ello quieren un tratado que limite las causas de exasperación, sin artículos contrarios al derecho y a la justicia, pero que trabajen en el desmantelamiento de la marina alemana.

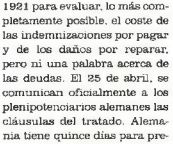
En cuanto a los italianos, exigen el respeto de los compromisos no cumplidos aunque inscritos en el tratado de Londres de 1915, promesas territoriales suscritas a Italia por parte de Francia, Rusia e Inglaterra en agradecimiento de su retirada de la alianza con Alemania y de su incorporación al campo de los aliados. Pero los principales artículos de ese tratado, que les

Hébert, el presidente alemán saludando al regreso de las tropas invictas en África.

Otoño 1918. hambruna en Berlín.

En el norte, lo que queda de una hacienda.

concedían numerosos territorios, algunos de ellos esclavos, van ahora en contra del principio de las nacionalidades defendido por Wilson. Para establecer el reglamento de intereses más monumental que ha conocido el mundo, los intereses protagonistas no van a dejar ningún sitio para los enemigos y poco espacio a las delegaciones de las "pequeñas naciones". De hecho, los delegados iban a encontrarse, muy a menudo, ante la imposibilidad de debatir y criticar; tuvieron que contentarse con escuchar y asentir. En cambio, el espinoso expediente de las reparaciones se esquiva rápidamente, y para conciliar los diferentes y complejos puntos de vista, se establece una comisión de reparaciones permanente. Dispone hasta mayo de 1921 para evaluar, lo más completamente posible, el coste de las indemnizaciones por pagar y de los daños por reparar, pero ni una palabra acerca de las deudas. El 25 de abril, se comunican oficialmente a los plenipotenciarios alemanes las cláusulas del tratado. Alemania tiene quince días para presentar sus objeciones. ¿Puede aceptar ese tratado sin reaccionar? Cuando los alemanes se enteran del contenido de los artículos y las condiciones



Submarinos alemanes desarmados.

impuestas, se sienten indignados y estupefactos. El gabinete las juzga insoportables, inaplicables, y por último inaceptables. En efecto, ¿cómo admitir reconocerse culpable, sin tener derecho a defenderse y sin tener comunicación alguna con la comisión que acaba de establecer las responsabilidades de la guerra? Los parlamentarios alemanes que subrayan con justicia las evidentes contradicciones que aparecen en los catorce puntos enunciados por Wilson (en su mayoría aceptados por Berlín antes de la firma del armisticio), y las principales disposiciones expuestas en el texto presentado, debaten acaloradamente, antes de presentar a la comisión aliada unas contraproposiciones. Pero son sistemáticamente eliminadas, salvo unas excepciones secundarias. Los alemanes protestan contra lo que ya llaman un humillante "Diktat". Pero los aliados amenazan, y para demostrar su determinación, piden al mariscal Foch que reúna a sus tropas y se disponga a dirigirse a Berlín. El 22 de junio, tras rudas deliberaciones, la asamblea de Weimar autoriza una ratificación, pero persiste sobre dos condiciones: los parlamentarios alemanes piden la supresión del artículo que afirma que Alemania (y sus aliados) son los responsables de la guerra, y rehúsan entregar a los considerados como "criminales de guerra". Son las últimas exigencias alemanas, que los aliados se niegan a aceptar. Luego, noticias inquietantes llegan a Weimar... Por orden de su jefe, la totalidad de la flota alemana, detenida en el mar de Escocia, se ha barrenado. En Berlín, las banderas francesas capturadas en 1870, y que según uno de los artículos debían devolverse a Francia, son quemadas por oficiales pertenecientes al regimiento de la Guardia, y, última amenaza, cien divisiones aliadas están preparadas para reanudar el combate a la hora de haber sido rehusadas las condiciones del armisticio. Interrogado, el general Groener, comandante de los ejércitos alemanes, confirma que lo que queda de las tropas del Imperio no podrá resistir eficazmente más allá de unos pocos días. La Asamblea no tiene más remedio que inclinarse. El 28 de junio, los plenipotenciarios alemanes, con su ministro de Asuntos Exteriores a la cabeza, actuando "en nombre del Imperio alemán y en nombre de todos los Estados que lo componían y de cada uno de ellos en particular" firman lo que iba a conocerse como el tratado de Versalles. Sólo China, descontenta por considerar que no se le ha hecho justicia, se niega a firmar un tratado que ha transferido al Japón los derechos adquiridos por los alemanes en 1898 en la provincia de Shantung. La prensa y las actualidades cinematográficas de los cinco continentes difunden las imágenes de la extraña, histórica, solemne e inolvidable ceremonia. El estado de guerra ha finalizado, pero ¿quién se arriesgaría a hablar de reconciliación? Además, es preciso que todos los parlamentos concernidos ratifiquen el tratado. ¿Y quién iba a imaginar que el senado americano, en cuestión de semanas, iría a desaprobar a su presidente Wilson, rehusando ratificar el documento que se creía garante de un mundo nuevo? Consecuentemente, el

Barricada en las calles de Berlín

Reims en 1919.

Devastación en los territorios del Norte

senado americano impedirá a los Estados Unidos participar en la Sociedad de Naciones y de imponerse en aquella asamblea que muy pronto se volverá ilusoria. Las principales razones: el tratado, para algunos senadores, será juzgado excesivamente duro para Alemania, y además rompe con la política de aislamiento seguida tradicionalmente por Washington. Habrá que esperar a 1921 para que los Estados Unidos firmen un tratado separado con Alemania, el de Berlín. Mientras tanto, el 14 de julio de 1919, en París, una gran ceremonia militar celebra la firma de la "Gran Paz". Capitaneada por una cohorte de un millar de grandes mutilados, un inmenso desfile que asocia a los destacamentos de todos los países aliados pasa bajo el Arco de Triunfo. Dura horas y la impresionante revista retumba como la apoteosis de los ejércitos de la República. Pero algunos calcularon que un imposible cortejo macabro del espantoso ejército de muertos franceses hubiera durado doce días y doce noches sin interrupción. En cuanto a todos aquellos que han perdido a un ser querido en aquella "guerra de Derecho", han podido recogerse al pie de un grandioso y provisional cenotafio levantado bajo el Arco de Triunfo,

14 de julio 1919, soldados encabezando un desfile

dedicado a los muertos por la Patria. De momento, el soldado desconocido sigue siendo un "espíritu errante", perdido en alguna parte de la sangrienta trinchera que une el mar del Norte con Suiza. Será necesario esperar a 1920 para que se abra camino el proyecto de una tumba simbólica del soldado desconocido, y que los restos mortales de un combatiente francés de "raza blanca", sin identificar, sea elegido y transferido solemnemente bajo el arco que domina los Campos Elíseos. En 1923, una pequeña llama, reavivada cada noche por asociaciones de antiguos combatientes, se añadirá al ritual familiar y republicano. La paz es también el momento de la liberación para centenares de miles de jóvenes reclutas franceses de menos de 32 años y que siguen en el ejército, mientras que los hombres de las clases antiguas (de 32 a 48 años) ya han sido licenciados y han vuelto con sus familias. Pero el regreso no es nada simple. Algunos regresaron ya desde 1913, y todos ellos sufren para readaptarse a la vida civil. Ya no son los mismos, por lo general son más duros, y reanudar la vida en común, reconstruir la intimidad no les resulta fácil. Muchos de los compañeros no volverán nunca (los 940.000 jóvenes movilizados de las clases de los años 1912, 1913, 1914 y 1915 han perdido a 308.000 de los suyos, "Muertos por Francia"). ¿Y cómo hacer compartir los sufrimientos, los miedos y todas las grandes y pequeñas miserias sufridas a lo largo de la terrible prueba? Miles de heridos siguen en los hospitales. Cada día sucumben nuevas víctimas, con los pulmones quemados por los gases, o de septicemia, o de gangrena, o de tuberculosis o sencillamente de puro agotamiento, reventados, conmocionados. Las viudas, vestidas de luto, están en todas partes, como una suerte de reflejo acusador de una desnatalidad que va a penalizar al país durante varios decenios. Por otro lado, aunque Francia acaba de recuperar la Alsacia y la Lorena, cuenta con 580.000 habitantes menos que en 1914. En las escuelas, son las mujeres las que dan clase, pues la mitad de los profesores no han vuelto. ¿Y cómo evaluar todas esas fuerzas vivas brutalmente suprimidas, los talentos desaparecidos sin haber podido realizarse, las luces apagadas antes de poder alumbrar? Toda una elite ha sido exterminada.

Paso de una mina destruido durante la retirada alemana

elite que no podrá intervenir y oponerse a los diferentes peligros que surgirán en los años por venir. Sin embargo, por el momento, los jóvenes antiguos combatientes se reúnen en

numerosas asociaciones categoriales para que el Estado reconozca sus derechos, y para que otorgue justas reparaciones a las viudas, huérfanos, heridos y mutilados. Y mientras tanto, los negociadores escriben los últimos párrafos de los cuatro tratados que van a completar al de Versalles. Para empezar, el tratado de Saint-Germain con la república de Austria. En realidad, "liquida" al Imperio austro-húngaro a beneficio de varios Estados sucesores. La gran potencia pierde 21 millones de habitantes de los 28 que tenía, y 217.000 km² de sus 300.000, así como su acceso directo al mar. Hungría también sale malparada en el tratado de Trianon, que disloca su milenaria unidad geográfica e histórica. Por el tratado de Neuilly-sur-Seine, Bulgaria ve su espacio ampliamente picoteado por sus vecinos y adversarios, rumanos, serbios y griegos. Hoy día sabemos que esos tratados, llamados secundarios, al desmembrar el imperio de Francisco José en ocho Estados sucesores, han dado pábulo a numerosas irritaciones y tensiones, y hasta enfrentamientos. Situaciones peligrosas latentes, que los redactores de 1919 no tuvieron en cuenta. Luego, en 1920, los turcos, bajo la presión de los cañones aliados, acabarán por firmar el tratado de Sèvres, que no responde en absoluto a la nueva situación instalada por Mustapha Kemal y su Partido nacional, claramente opuesto a los aliados. Pero mientras las comisiones aliadas resuelven sobre la adjudicación de mandatos franceses (Siria y Cilicia), italianos (Adalia y Cáucaso), inglés (Mesopotamia), y buscan a quien quiera ocuparse de Armenia, los turcos reanudan los combates y tras batallas numerosas y victoriosas, el tratado que no fue ratificado se considera caduco: se firmará uno nuevo en Lausanne en 1923, que oficializará las fronteras de la Turquía moderna. Queda por calcular, todo lo ajustado que sea posible, el balance de esos cinco años que acaban de abrir verdaderamente el siglo XX. Europa, después

de cuatro años, tres meses y nueve días de excitación y locura, ¿puede esperar recuperar su supremacía de preguerra? ¿Y cuál será el nuevo orden europeo? Para muchos, y en especial para los combatientes que han sobrevivido, ha de quedar claro que la guerra que acaban de vivir debe ser "la última guerra". En eso coinciden con el presidente de los Estados Unidos y su sociedad ideal

Versalles, 28 de junio 1919, firma del tratado de paz

El convoite el pie del Arco de Triunfo

de las Naciones, ese organismo que se supone ha de mantener la paz evitando los conflictos entre Estados. ¿Ha llegado por fin la hora de un mundo mejor? Sin embargo, los padecimientos, las frustraciones y las puertas abiertas por los cuatro años que acaban de transcurrir provocan al principio de la posguerra un gran apetito de placeres, una necesidad de disfrutar y un cierto rechazo al orden establecido. La mujer ha descubierto la independencia, y el hombre que regresa está profundo y afectivamente marcado por la espantosa experiencia sufrida: los años locos están en marcha. Pero las mujeres no pueden borrar el peso de la hecatombe que acaba de santificar el siglo XX. Francia, que ha movilizado a 8.410.000 hombres, 540.000 de ellos de las colonias, llora a 1.400.000 muertos, 3.600.000 heridos, 600.000 mutilados, de los cuales 60.000 amputados. En 1914, se aceptó que las colonias proporcionaran importantes contingentes indígenas. En 1919, 70.000 muertos, 35.000 de ellos norteafricanos, dan fe de que han adquirido derechos, pero tendrá que pasar tiempo antes de que el imperio estalle, a falta de verdaderas reformas. Después de las pérdidas humanas, hay que considerar los daños causados y la destrucción general. En Francia, además de una amputación de casi 30% de la fortuna nacional, es precisamente la parte más industrial la que ha resultado devastada. 1.699 municipios han desaparecido. 2.400 más deben ser reconstruidos en gran parte. 320.000 casas han desaparecido y 313.000 han sido parcialmente dañadas. 20.600 fábricas han sido devastadas o saqueadas. 8.000 kilómetros de vías férreas y 52.000 kilómetros de carreteras deben ser reconstruidos. 4.900 puentes han sido derribados y el suelo trastocado atañe a 2.126.000 hectáreas de tierras laborables, 430.000 de pastos, 600.000 de bosques y 112.000 hectáreas de terrenos edificados. Sin olvidar que el enemigo ha confiscado 840.000 reses de ganado bovino, 380.000 caballos, 900.000 ovejas y 330.000 cerdos. Tal es la visión desmoralizadora y propia de una pesadilla que agobia a cientos de miles de refugiados que, lentamente, a medida que son licenciados, regresan a sus hogares, pero muchos siguen convencidos de que Alemania pagará. Ninguno de los dirigentes que durante cincuenta y dos meses solo han pensado en la victoria, tiene la menor idea de los trastornos por venir y de las dramáticas repercusiones provocadas por el tratado de Versalles. En diciembre de 1919, el periodista Henri Béraud y los escritores Francis Carco y Roland Dorgelès conceden el premio al peor libro del año. Es el tratado de Versalles.

Si exceptuamos las inmensas pérdidas de vidas humanas causadas por la epidemia de gripe de 1918, también conocida como gripe española, que acaso es responsable de 30 millones de muertos –plaga que concluyó a finales del año 1919–, los distintos Estados beligerantes que movilizaron a más de 74 millones de individuos a lo largo de la guerra mundial contabilizaron:

10 millones de muertos
19 millones de heridos
10 millones de mutilados
9 millones de huérfanos
5 millones de viudas
10 millones de refugiados

UN POCO DE VOCABULARIO DE LAS TRINCHERAS

A

Abeille (abeja) = bala, esquirla de obús
Aiguille à tricoter (aguja de hacer punto) = bayoneta
Alboche = alemán
Anastasia = la censura
Angliche = inglés
Arrosoir (regadera) = cañón francés de 75 mm
As de carreau (as de rombos) = mochila (por su forma)

B

Bafouille (farfulladora) = la carta
Barda (petate) = lo que el soldado lleva consigo
Baveux (borroso) = el periódico
Becqueter (picotear) = comer
Bouthéon, bouteillon (marmita) = recipiente colectivo que puede contener la ración de 4 soldados
Brutal = un cañón
Boche = soldado alemán
Bourrage de crâne (comida de coco) = mentira, propaganda
Bourrin (penco) = un caballo
British = soldado británico
Brosse à dents (cepillo de dientes) = el bigote

C

Clarinette = el fusil Lebel
Cambuse (cuchitril) = lugar donde se hace la cocina
Canción de Craonne = canción antibélica escrita en 1917 por los soldados franceses amotinados tras la ofensiva del Chemin des Dames.
Canne à pêche (caña de pescar) = el fusil
Capiston (capi) = el capitán
Casque à pointe (casco con punta) = soldado alemán
Chemin des Dames (Camino de las Damas) = camino situado en el departamento de Aisne en la región de Picardía, al norte de Francia.
Cigare (puro) = globo cautivo de observación también llamado salchicha
Cogne (madero) = el gendarme
Colle (cola) = el arroz cocido
Corde à linge (cuerda de tender) = alambre de púas
Court tout seul (corre por sí solo) = el queso
Crème de menthe (nata con menta) = carro de asalto británico
Cure-dents (mondadientes) = la bayoneta

D

Dragée (peladilla) = una bala, un obús
Doughboy = soldado americano

E

Embusqué (emboscado) = hombre no movilizado en el frente o que trabaja en un despacho.
Épilé (depilado) = Soldado joven, opuesto a poilu (peludo)

F

Feldgrau = soldado alemán
Feuillée (fosa) = letrinas
Ficelles (cordeles) = los galones
Filleul (ahijado) = hombre que recibe de una mujer de retaguardia correspondencia y paquetes.
Filon (filón, chocho) = una buena recomendación
Flambante (llameante) = la cerilla
Fourchette (tenedor) = la bayoneta
Fraise (jeta) = la cabeza
Fritz = soldado alemán

G

Godillots = zapatos, es también la marca del fabricante.
Gourbi (choza) = Refugio (Argot militar de las tropas coloniales procedentes del norte de África).
Gratte-cul (rascaculos) = Trozo de madera tallada por los poilus, de uso individual, que servía para limpiarse el trasero.
Groin (hocico) = la máscara de gas
Gros noir (gran negro) = Obús grande
Guillermo = Guillermo II, emperador de Alemania y Rey de Prusia

H

Hun (huno) = soldado alemán

J

Jass = soldado belga
Joséphine (Josefina) = la bayoneta en el ejército colonial
Jus (zumo) = el café
Juteuse (jugosa) = la pipa

K

Kébour, kébroc = el quepis
KK = pan de guerra alemán

L

Les légumes (las legumbres) = los peces gordos

M

Machine à coudre ou à découdre (máquina de coser o de descoser) = la ametralladora
Marraine (madrina) = mujer que asume la carga moral de un soldado sin familia u originario de las provincias invadidas.
Marie-Louise (María Luisa) = nombre dado a los jóvenes soldados de la clase 1915.
Marrons (castañas) = balas o golpes
Moineaux (gorriones) = obuses
Moulin à café ou à poivre (molino de café o de pimienta) = la ametralladora
Musique (música) = el bombardeo

N

Nez de boeuf (nariz de buey) = calificativo entre soldados
Nougat (turrón) = el fusil

P

Pâle (pálido) = estar enfermo.
Pantruchard = parisino
Pantruche = París
Paquebot (paquebote) = la ambulancia
P.C.D.F. Pauvre con du front = Pobre cabrón del frente
Piote = soldado belga
Pigeon = proyectil alemán o soldado novato
Poilu (peludo) = soldado francés
Pot de fleurs (maceta) = el quepis
Poulailler (gallinero) = vehículo de transporte de soldados
Pruneau (peladilla) = proyectil, bala
Prusco = soldado prusiano, o alemán en general
Puant (apestoso) = gas asfixiante

R

Raide (rígido) = estar enfermo
Raisiné (mosto) = la sangre
Raquette (raqueta) = granada de mano con mango
Rata = el rancho
Rigolo (cachondo) = el revólver
Riz-pain-sel (arroz-pan-sal) = soldado de la intendencia
Rosalie (Rosalía) = la bayoneta (sigue al hombre como una novia).
Roulante = cocina móvil de campaña

S

Sammy = soldado americano
Sardines (sardinas) = galones de suboficial
Saucisse (salchicha) = globo cautivo de observación
Séchoir (tendedero) = red de alambre de espino
Somme = departamento de la región de Picardía, al norte de Francia

T

Tommy = soldado inglés
Tonquinés = nativo del antiguo protectorado francés de Tonquín, actualmente parte de Vietnam
Toriaux = miembros del Regimiento de Infantería Territorial Francés
Tourne-broche, tourne-boche, Tire-boche, Tire-bouchon (sacacorchos, sacaboches) = la bayoneta
Tourniquet (torniquete) = consejo de guerra
Troufion (guripa) = soldado raso

U

U-boat = submarino militar alemán

V

Vide boche (vacíaboches) = la bayoneta
Le Vieux (el Viejo) = el capitán o el coronel

La Primera Guerra Mundial supuso un antes y un después en la concepción de las guerras y en la historia de la humanidad. Nunca antes tanto territorio, población civil o efectivos militares se habían visto afectados por un enfrentamiento bélico. **Jacques Tardi** y **Jean Pierre Verney** nos proponen pisar esos humedales, mesetas y bosques de la Francia invadida y ser testigos, a través de sus detallados dibujos y su narración ricamente documentada, de la atrocidad, el terror y el absurdo de la Gran Guerra.

1914
1915
1916
1917
1918
1919

NORMA Editorial

www.NormaEditorial.com